

1.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.



ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL

FOR

ALBERTO BLEST GANA.



VALPARAISO:

IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO

de S. Tornero y Ca.

1858.

Al Guillermo Matta

Dedica este trabajo, en prenda
de sincera amistad, su afectísimo

ALBERTO BLEST GANA.

Mayo de 1855.

I.

El 6 de enero de 1844, a las cinco y media de la mañana, envuelto en los pliegues de una gran capa y con una gorra sumida hasta las cejas, flotaba yo en uno de esos terribles vehículos que llamamos birlochos de posta, saliendo por la calle de San Diego con direccion al camino del sur. En aquel tiempo, es decir, diez años há, la moda de emigrar al campo principiaba a jeneralizarse entre las clases acomodadas de nuestra capital: Peñafior, San Antonio, el Algarrobo, el Monte, eran algunos de los puntos donde el calor o el capricho conducian a nuestras familias santiaguinas, que a trueque de pasar el verano en el campo se resignaban heróicamente a las incomodidades que trae consigo un viaje en nuestro pais y a la absoluta carencia de comodidades que de ordinario reina en los puntos elejidos para paseos campestres. Esta moda, no llegada aun como hemos dicho a clasificarse entre las necesidades, era, sin embargo, bastante jeneral

en aquellos años, para que cediendo a su influjo abandonasen los jóvenes las calles de nuestro soñoliento Santiago, para continuar esa eterna persecucion que emprende el hombre llevado por el iman de su corazon donde quiera que haya mujeres.

Vivir! amar! ¿no es este el programa del porvenir a veinte años? A la edad en que el corazon usurpa el dominio de la voluntad, cuando el alma, semejante a un valle que repite las voces de la naturaleza, devuelve su sonido a todo lo que habla de amor, cuando en torno nuestro todo, hasta la pena, respira poesia: correr tras una vision del cerebro, verla ajitarse en el horizonte, llegar para encontrarla desvanecida como esas nubes de la mañana que el fresco céfiro disipa, y divisarla de nuevo, mas bella, mas fantástica, mas ilusoria ¿no es esa la fiebre de la juventud? los entusiastas embates del corazon? hasta que mas frios años, mas desengañadas impresiones, mas fastidiosas ideas se desploman sobre el alma cansada de correr tras un irrealizable devaneo? Llevados, pues, de ese incesante anhelo, que casi todos ven convertirse en nada, los jóvenes de Santiago, dejando las des pobladas calles, se lanzaban tras sus deidades para continuar a la sombra del agreste follaje los dulces amores nacidos bajo la luz de la lámpara y un tanto contrariados por la incómoda etiqueta de los salones.

No era esto, empero, lo que me impedia a dejar tan de mañana mis viejos lares para emprender un viaje solitario sin mas emocion

por el momento que el miedo de ver volcarse mi birlocho enviándome a rodar, envuelto en mi capa, sobre las sucias piedras del infernal empedrado de la calle: no corría yo tras un ántel terrestre ni me esponía a un golpe por recibir una dulce mirada de recompensa. El deseo de ver a un viejo amigo, de quien varias invitaciones habia recibido, y mas que todo, esa necesidad de locomocion que a veces se apodera del hombre, eran los dos principales móviles que tenia para emprender un viaje a Rancagua.

Como he dicho, salia por la calle de San Diego con direccion al camino del sur. El sol que rayaba, disipando las nieblas de mi espíritu junto con las del alba, me comunicaba con sus tibios rayos el aliento que el frio de la mañana me robára. Pasando entonces a lo largo de la calle, busqué una distraccion en los disparatados letreros de las esquinas y ventas que por aquellos años principiaban a ostentarse sobre las paredes o en toscas y mal labradas tablas, escritos con arrogante menosprecio de nuestra ortografia, y amenizados con viñetas que jamás soñáran ni Jhannot ni Bertall. Luego al atravesar la villa Alegre o de Belen, este receptáculo de las inmundicias santiaguinas, pensé en esa poblacion que principiaba a moverse como las abejas que comienzan su tarea, preguntándome, al contemplar aquella aglomeracion de ranchos viejos, destrozados e inmundos, si aquella poblacion, compuesta de peones honrados, de miserables familias, de bandidos

holgazanes, de horribles mujeres, de súcios niños y de escuálidos perros no era una amenaza de epidemia colocada en las puertas de nuestra pobre capital. Al ver aquellos semblantes, casi todos con el sello de la mas pesada estupidez, contraída en una embriaguez consuetudinaria; al mirar aquellos tipos, mezcla chocante de español y de indíjena, donde el fisiologista no alcanzaria a divisar una sola virtud, el menor signo de intelijencia, la mas lijera muestra de la esencia superior que Dios nos ha dado sobre los demas seres de la creacion: al contemplar todo esto, digo, pensé en nuestra orgullosa civilizacion, que, por ser artificial, concentra sus rayos y su calor en el foco que la sustenta, sin estender, como el sol su luz por todas partes fecundizando el suelo con su lumbre. Y despues al descubrir en aquella poblacion peor que salvaje, al ver en aquel recinto de beodos, rateros y prostitutas, algunos de esos rostros de niña del campo, suaves y tiernos como los paisajes de nuestra naturaleza, frescos y rosados a despecho de las inclemencias del cielo, puros e intelijentes en medio de la corrupcion y estupidez; verdaderas perlas ocultas en un lodazal, pensé en la comunicacion de tan distintas personas, en el amor enfermizo y contrahecho que debia nacer en aquel paraje horrible, diciéndome cuánto la caridad, la filantropía, el amor al prójimo, podian ejercer sus evanjélicas virtudes, hacer sentir su bienhechora influencia, en aquel confuso amalgama de vicios contagiosos y de virtudes desconocidas.

De cuando en cuando divisaba, entre las masas de proletarios, contemplando la salida del sol sobre su caballo, o sentado bajo alguna ramada, a uno de esos infelices que el pueblo llama *pacos*, condecorado entonces por el maligno populacho con el mas significativo apodo de *asoleados*; pero que antes y ahora se han granjeado la enemistad de las poblaciones que custodian, por ese instinto de todo pueblo contra cualquiera espresion de la lei. Añadiendo a todo esto el discordante ruido de las carretas, las nubes de polvo que las tropas de mulas arrastran consigo, el llanto de los muchachos casi desnudos, el ahullido de los perros hambrientos, las descompasadas voces de los vendedores ambulantes de frutas y legumbres, ví que me hallaba en medio de un cuadro eminentemente característico, fecundo manantial de curiosos estudios, en el que algun venidero investigador hallará un precioso depósito de tipos y costumbres no explotados aun en nuestra jóven existencia literaria.

Estos arrabales o basurales, si damos a las localidades el nombre que por su aspecto les conviene, circundan a la capital con su ancha faja de miserables ranchos, donde van a albergarse las costumbres salvajes que la civilizacion arroja paulatinamente del seno de Santiago. Es la barbárie, luchando a porfia y cediendo el terreno al elemento civilizador que con cada nueva idea que cae estiendo su circunferencia como las aguas de un estanque movidas por una piedra arrojan a su fondo.

Pasado que hubé en la de Belen, mis pul-

mones se ensancharon con placer al respirar el aire libre que venia del campo, vestido con la verde pompa del verano, cortado en distintas direcciones por hermosas alamedas, poblado de pacíficas vacas, de alegres y bulliciosas aves. Todo ese lujo de la naturaleza, el encantado influjo del verdor de los prados sobre el alma ajitada del habitante de las ciudades, esa fiesta del aire, de las hojas, de las nubes y del sol, todo me produjo esa deliciosa alegría del que abandonando sus aspiraciones olvida el pasado y el porvenir. Nadie al salir al campo, despues de una larga ausencia ha dejado de entonar, aunque no sea poeta, alguna oda mental por el estilo de la de Fr. Luis de Leon *Qué descansada vida*, o el *beatus ille qui procul negotiis* del poeta latino. El campo es para todos un viejo amigo que siempre vemos con placer y al que confiamos las escenas de nuestra vida pasada, pues hallamos que rie complaciente al relato de una historia placentera o se reviste de sentimiento cuando le referimos nuestros pesares. La vida ordinaria, con sus cálculos, sus placeres finjidos, con sus dolores y decepciones, nos hace hasta cierto punto indiferentes a las galas de la naturaleza; mas siempre, al volverla a ver el corazon se lanza hácia ella con infantil entusiasmo: diríase que el alma vuelve a su patria abandonada y cada árbol que se mece al compas de los vientos, cada bosquecillo donde resuenan armoniosos conciertos, parece contarnos algun incidente feliz de nuestra niñez, la única edad en que el alma estando pura siente un placer indecible

en comunicarse con el alma de los bosques.

Tal era la deliciosa impresion que yo recibia al divisar los verdes paisajes que huian de mi vista, con sus festivos arbustos, sus chozas campestres, sus risueñas y cristalinas corrientes. Mis ojos lo seguian con amor hasta perderlos en el horizonte enviándoles una mirada melancólica: el adios del alma a los objetos queridos.

Nada hai que nos invite tanto a la meditacion, que nos recoja en nosotros mismos concentrando nuestras ideas, como el movimiento de un carruaje en su marcha: mi tránsito pues hasta Rancagua fué una de esas correrias que hacemos al tiempo pasado, viajes aéreos de donde siempre traemos melancolia y desaliento para el porvenir. Todo hombre es poeta cuando abandona su imaginacion a los dias que fueron: llegar como un viajero fatigado, llamando a las puertas de un mundo muerto ya; divisar a la brillante luz de los recuerdos los floridos campos de la infancia; revestirlos con tanta mas dulzura e inocencia cuanta es mayor la pena que nos abruma; sentarse al hogar paterno para escuchar las sabrosas historias de inocentes veladas; ver a lo léjos los sueños alados de la niñez; aspirar de nuevo el grato perfume de ese májico ramo de venturas que la esperanza nos brinda en las puertas de una juventud entusiasta; llorar, pensando en los afectos que el destino nos arrebató para siempre; sentirse así, hombre, niño, adolescente, feliz y desgraciado a la vez ¿no es esta la fuente de la poesia de nuestra vida? no

es esa la enervante sensacion que los llamados poetas alcanzan a espresar, pero que todos sienten algun dia?

Aquel viaje, emprendido casi sin objeto me abria tan vasto campo de olvidadas memorias, que, contra la jeneralidad de los viajeros, sentí al divisar los tejados de la poblacion, como si me arrancasen de un hermoso sueño para ponerme enfrente a una realidad enojosa. Las viejas casas donde respira la monótona vida de las provincias, las paredes cubiertas con esos indescifrables jeroglíficos que los muchachos del pueblo se complacen en grabar por donde pasan, los grandes patios donde crecia el pasto como ostentando la feracidad de nuestro suelo, el aspecto de los provincianos, los rosados rebozos de castilla gallardamente estendidos sobre los mostradores de las esquinas al lado de algunos mazos de tabaco Zaña, todas aquellas peculiaridades de las poblaciones pequeñas, selladas con la marca del provincialismo, estendieron en torno de mi alma la melancolia que debe sentir el que pisa el suelo del destierro con los palpitantes recuerdos de su pais natal.

A las cinco de la tarde bajaba yo de mi birlocho en casa del amigo de quien he hablado, el que vino a recibirme haciéndome una de esas cordiales acogidas capaces de borrar la mas desagradable impresion que pudiéramos llevar en el alma.

—Aquí, me dijo Marcos (este era el nombre de mi huésped) llevamos una vida que Vdes. los santiaguinos no conocen ya, porque so pre-

testo de civilizacion desprecian nuestras buenas y añejas costumbres que han buscado un asilo en las provincias.

—Creo que mui pocos te envidiarían esa vida, le dije.

—¡Tú la conoces y prefieres vivir en Santiago! me dijo él; ya se vé, nada hai escrito sobre gustos, y estos cambian tanto segun las edades. . . . , añadió como herido por algun recuerdo desagradable.

—Por mi parte no creo cambiar tan pronto.

—Ah, quién sabe, replicó Marcos. Yo prefiero nuestra vida casera, nuestras francas y sencillas amistades. Veamos ¿qué haces en Santiago? dijo poniéndose enfrente de mí y arrojando el humo de su cigarro con la destreza de un colejial: pasemos sobre las ocupaciones, la única diversion que por allá puede tranquilamente disfrutarse: en la noche te vistas y te vas a hacer una visita, oyes las noticias del dia, que son las de ayer, las de la semana pasada; sabes que Fulana fué al teatro con un vestido blanco, mientras que en la tarde habia lucido uno verde en la Alameda; te cuentan rumores de un baile que D. Zutano piensa dar cuando lleguen los muebles que encargó a Europa; oyes disertar sobre los jéneros llegados a tal tienda, conversas mil veces de asuntos que te fastidian y tienes que reirte de cosas que te dan ganas de bostezar. Por fin, los dueños de casa principian a saludarte durmiéndose, tomas tu sombrero y. . . . buenas noches, hasta mañana, para comenzar de nuevo la misma danza.—¿Y aqui? ¿qué va-

riacion! qué movimiento!—Oh, aquí es mui distinto: se llega a cualquiera hora seguro de encontrar, si no la incómoda etiquieta que llaman *buen tono*, al menos la acogida de personas que te reciben como a un amigo con esa sonrisa que te dice: «está V. en su propia casa,» y no «se halla V. en mi salon». El buen tono es una planta exótica que no puede brotar en nuestros suelos naturales, que no han recibido aun el abono del artificio. Llegas con tu sombrero de paja mas cómodo y ménos ridículo que el de pelo, te preocupas mui poco de tu frac, pues aquí las mujeres no han aprendido a rendir homenaje a la tijera de un sastre; hablas a tu gusto, te sientes libre, te acercas y conversas a tu antojo con la mujer que te agrada, no sufres la impertinente fatuidad de algun insolente que a fuer de rico te mira como protejiéndote desde la altura de sus pesetas. Nuestros salones, si así pueden llamarse, son una especie de República sencilla, donde de ordinario te admiten sin tasarte en el seno de una familia con tal que seas honrado; aquí no existen los patricios de sangre ni los aristocráticos de dinero. Ya ves que no habiendo lugar para herir el amor propio de nadie, se tienen elementos de felicidad, si ménos ruidosos que los de ustedes, mas fáciles de alcanzar y acaso de mas larga duracion.

—Mui bien, le dije, sonriéndome, veo que como un principiante en pintura, me muestras tu cuadro por donde la sombra oculta sus defectos: has salvado los escollos para mostrarte en campo raso: vamos, sé franco.

—Voi a ello, me contestó mi detractor de la capital, paseándose a lo largo de la pieza. ¿Cuál es el gran argumento de los santiaguinos contra las provincias? preguntó, después de una lijera pausa y volviéndose a parar delante de mí: los chismes, la falta de independencia en la vida doméstica: eh! las heridas, amigo, deben considerarse, no por su número sino por su gravedad y el lugar donde se hacen; los comadrazgos entre nosotros son un pálido remedo de una buena y bien labrada maledicencia de las que corren entre Vds. como noticia de incendio; aquí las reputaciones, la santidad de ciertos sentimientos no van a rodar por el barro arrojado desde un salon donde se toma el té, por la sencilla razon que en un pueblo pequeño casi todos, por sus relaciones, son solidarios de la conducta de los otros. La censura social no puede, entre jentes que viven sin emulacion, cobrar las proporciones epidémicas que alcanza en los puntos donde el lujo es la manzana de la discordia. Aquí no habiendo arena no hai fieras ni víctimas para divertir a la turba. No tenemos en nuestra sociedad el llamado elegante, leon o fashionable, especie de pavo real que por todo atractivo posee el vistoso plumaje que confecciona el sastre de voga: aquí ni se ha soñado en el fátuo, seductor de título, máquina de conquistas femeninas, y que al oírlo algun inocente, cuando refiere sus multiplicadas proezas, se pone a creer de mui buena fé que las mujeres todas son unas mesalinas de buen tono, deseosas de someterse

a su perfumado yugo. Estamos a mil leguas de poseer la mujer a la moda, creacion venida de allende los mares, importada por las novelas francesas; meteoro refulgente, propio para enamorar poetas de veinte años; bellas mariposas, que elevadas en alas de la hermosura y el amor propio creen revolotear a la luz de la admiracion y caen tostadas por la llama de la envidia: la mujer a la moda, amigo, es una criatura que huye los placeres del hogar doméstico, que renuncia al beso nocturno de sus hijos para lanzarse con asombroso entusiasmo en esa lucha que agota sus fuerzas morales sin que le quede ni una fresca y risueña memoria, ni un solo recuerdo casto en que reposarse en la vejez: no hablemos de las flores que al pasar agosta con su pié, de las silenciosas pasiones que pisotea con orgullo, de las pobres existencias de muchacho que nubla en su aurora; estos son los arbustos que a orillas del torrente van cariñosos a besar su superficie, y se ven arrastrados hácia el mar por sus ondas impetuosas. Por otra parte, si nuestras mujeres son modestas, si no llevan en la frente la aureola del lujo, no inspiran en cambio esas pasiones especulativas que hacen nacer las grandes fortunas; si no gozan de grandes triunfos, no sufren tampoco la desgracia de tener asentada la cuota de su patrimonio en el registro de los mozos que desean no casarse, sino buena y ventajosamente establecerse. Hai la diferencia de la vida privada a la vida pública, de la modestia a la ambicion, del callado hogar de una familia pobre al bullicioso

estruendo de un sarao. Por mi parte prefiero las provincias, dijo haciendo un movimiento de cabeza como una persona que se aplaude de su eleccion.

—Predicas admirablemente y te has vuelto un terrible filósofo, le dije cuando se hubo sentado; francamente yo te creia haciendo plata para venirme a Santiago.

—Nó, jamas he pensado en eso. Ven conmigo, añadió levantándose, vamos a gozar de la luna a la Alameda.

Y ambos nos pusimos en marcha.

Marcos era un jóven que habiéndose educado en el Instituto, y despues de haber vivido algunos años con la renta de un empleo y frecuentando la sociedad se habia retirado de Santiago para enterrarse, como decimos, en Rancagua, viviendo al lado de una hermana casada con un propietario del departamento. Muchos de sus amigos pretendian que unas calabazas (término consagrado y que no exige esplicacion) recibidas en su primer amor al salir del colejio, eran la causa que le habia hecho abandonar su empleo y despedirse de la capital. Contaban que cuando Marcos se creia el mas feliz de los hombres (estilo amoroso) otro candidato se habia presentado a la familia de la niña revestido con el irresistible título de hombre rico, y que el pobre empleado, divisando entonces el reverso de la dorada medalla, habia renunciado a todo para irse al campo a cultivar sus cereales y su melancolia.

En 1844 Marcos contaba 27 años y una modesta fortuna de jóven trabajador que lo

hacia uno de los mejores partidos de Rancagua. Sus facciones aunque bastante regulares no podian granjearle el título de buen mozo: negros y abundantes cabellos limitaban una frente pequeña dándole ese aspecto de fria perseverancia que caracteriza a los hombres porfiados; sus ojos pardos nada decian, a no ser por el ceño de sus pobladas cejas que contribuian a marcar mas fuertemente el aspecto de porfia que reinaba en todo su semblante. Sus labios eran finos y sarcásticos. Toda su persona llevaba el sello de esos hombses indiferentes, pero que al menor choque moral que llegue al corazon se doblegan como el mas débil, acaso por esa misma indiferencia que los habitua a la tranquilidad del alma. De moderadas pasiones hasta entonces, Marcos poseia un jérmen de sensibilidad que desarrollado a tiempo y cultivado con destreza, debia tarde o temprano operar en él una de esas trasformaciones susceptibles de bellos y fecundos resultados. Era una de esas organizaciones comunes mui poco estudiadas por los moralistas: tímidas y feroces a la vez, indiferentes por cálculo y egoismo, que huyen las grandes pasiones, riéndose de ellas, cuando darian su vida por inspirarlas y sentirlas; y que no aparentan, sin embargo, ese afectado menosprecio por las mujeres que los misántropos de ahora quieren ostentar en su vida. Por lo demas, llevado a la crítica por gusto, de franco carácter y voluntad independiente, alegre a veces, ácre y quejoso en otras ocasiones, tenia la suficiente agudeza de espíritu

para agradar y la necesaria enerjía para vivir bien en las circunstancias ordinarias de la vida.

A las ocho de la noche nos hallábamnos Marcos y yo sentados en uno de los bancos de la Alameda de Rancagua, imitacion de la de Santiago, plantada a las puertas de la poblacion del lado del norte. La luna brillaba con la diáfana claridad que ostenta en nuestro pais, cuyo cielo limpio y apacible en las noches de estío merece tanto entusiasmo como el que anima a todos los viajeros por el cielo de Italia: la brisa tibia que templaba apenas el calor de la noche, mecía las hojas de los álamos haciéndolos producir ese dulce murmullo querido de los poetas. La quietud y soledad del lugar; el ruido del agua que corria cerca de nosotros; y las sombras de los álamos variables al capricho del viento, me habian hecho caer en una de esas meditaciones sin objeto que suben a la imaginacion desde ese fondo de melancolia que todos tenemos en nuestro carácter. Marcos me sacó de aquel estado tomando la palabra con aquella verbosidad que le era natural.

—Aquí me vengo todas las noches, me dijo, y aunque mui ajeno de achaques poéticos, la luna y la soledad me hacen muchas veces pensar horas enteras: frecuentemente me he sorprendido diciéndome que yo podria haber abrazado otra vida que la que actualmente llevo: ademas no he nacido para la inaccion; así es que la tranquilidad de este lugar me abrumba de tal modo que a no desear casarme estaria mui lejos de este pueblo.

—Tú casarte! le dije admirado; te creía mui distante de pensar en ello.

—Y por qué nó? exclamó él. Como te he dicho, me siento hastiado del jénero de vida que hasta aquí llevo en práctica, y principio a convencerme tambien que necesitamos de algun afecto sólido para calmar la inquietud que de ordinario nos trae preocupados y descontentos. Luego, te lo confesaré, en dias pasados me vino la fantasia de tener hijos: quiero darme esa satisfaccion y por supuesto lejítima. Mis oidos necesitan oír llamarme «papá.» ¿Qué quieres? es un capricho, una verdadera debilidad.

—¿No es verdadero amor? le pregunté, viendo que solo me hacia a medias su confianza.

—Nó; tengo por mi querida, o mas justamente hablando, mi elejida, un afecto duradero y tranquilo, cifrado sobre el alto aprecio que de sus prendas morales he formado. Esta noche la verás. No vayas a creer que siento por ella una de esas pasiones impetuosas, como dicen casi todos haber sentido en su vida; nó, mi amor es dulce como su carácter. Elisa es una niña modesta, criada a la sombra de saludables principios, sin aspiraciones, sin envidia, dócil y obediente como una buena cristiana. Educada en Santiago, aprendió a tocar y bailar primorosamente; pero aquí solo a vivir haciendo frente a los afanes y necesidades de la vida, a ser dueño de casa, en fin. Por esto puedes ver que es uno de esos tipos, perdidos casi en Santiago, donde las niñas lo

aprenden todo, menos aquello para lo cual han nacido. En provincia se cultivan aun los principios de economía doméstica con relacion a la fortuna de cada uno; mas no creas por esto que Elisa me traiga en dote una buena y gruesa ignorancia ante la que se estrella todo esfuerzo; ha tomado de la educacion santiaguina lo mejor, apartando las frivolidades. A estas prendas debes añadir una figura, si no perfecta, al menos de bastante belleza para inspirar pasiones.

—Bravo, le dije, te has hecho un famoso panejirista y me permitirás tener mis dudas sobre la poca turbulencia de tu amor.

—Nó, me dijo Marcos, mas bien es aficion que lo que se llama amor, y voi a probártelo: tengo mis sospechas de que Elisa está enamorada de otro, o al menos cree estarlo. Temo que haya concebido por un jóven llamado Ismael S. . . . , residente aquí mas de seis meses, una de esas pasiones contemplativas que se anidan a veces en el alma de ciertas niñas que han visto pocos hombres: a mi juicio es uno de esos caprichos femeninos nacidos en un corazon modesto, bajo la influencia del punto de vista en que las circunstancias colocan a algunos jóvenes. Estos amores, especies de plantas parásitas, se marchitan a la soledad cuando les falta el aire de la correspondencia, ese aliento vital que se comunican dos almas estrechamente unidas que resuenan en la misma gama de sentimiento. Confiado en este principio aguardo a que el capricho haya cesado, persuadido de que no puede por largo

tiempo alimentarse por sí solo. Elisa viene casi todas las noches a casa de Clara, mi hermana, traída allí por sus venerables padres que despues de la pasion por su hija tienen la manía de la malilla, pasion que en la vejez y en provincia llega a ser una necesidad indispensable a la vida. Mientras juegan sus padres y mi cuñado, Elisa conversa con mi hermana. En la juventud las mujeres son altamente expansivas y las confidencias estrechan su intimidad con la rapidez del vapor, como diria un progresista. Clara es, pues, depositaria de los secretos de Elisa; de modo que yo he podido seguir los pasos de este amor, acompañándolo en todas las fases de su desarrollo. Elisa vió a Ismael en casa por la primera vez, donde habia venido despues de mil instancias de mi parte. Ismael es uno de esos hombres sombríos sin afectacion, tristes al parecer por naturaleza, que inspiran un profundo interes, sobre todo a las mujeres cuando poseen como él una figura interesantísima. No ha hablado con Elisa sino mui raras veces y siempre de asuntos insignificantes, y tuvo la orijinalidad de suspender sus visitas cuando creyó notar el amor que habia inspirado: lo que me prueba que Elisa solo vive de esperanzas en la actualidad, y como sabes, esta fruta se hace soberanamente insípida cuando no la acompaña ningun resultado. Si segun mis cálculos el amor se evapora por falta de pábulo, como parece natural, la ofreceré mi mano con la persuasion de unirme a una mujer que me hará feliz.

Media hora despues estábamos de vuelta en casa de Clara, la hermana de Marcos, y era yo introducido en una pieza donde se hallaban ya reunidas las personas de que me habia hablado mi amigo.

II.

Aquella estancia, amueblada con rijida modestia, acusaba la mano cuidadosa de algun ser diligente que, en fuerza de incesantes cuidados, habia conseguido dar a los muebles viejos ese agradable aspecto de limpieza que constituyo el lujo de las jentes pobres. Dos gruesos sofaes de crin negro, de los que aun quedan entre nosotros algunas muestras para atestiguarnos que nuestros padres eran ménos exigentes en materia de comodidades, de aquellos sofaes duros y severos que parecen oponerse a todo hábito social, fabricados antes de la invencion de los resortes elásticos, se hallaban el uno en frente del otro, como para estimularse con la rivalidad a no desamparar cobardemente el puesto que por tan largo tiempo habian ocupado con honra de sus fabricantes y crédito de ellos mismos. Algunas sillas flacas y mezquinas, haciendo juego con los sofaes, alineadas estrictamente por delante de la pared blanqueada, parecian mas bien una defensa de ésta que querer brindarse a la comodidad del visitante. Dos mesas de arrimo se hallaban colocadas al lado de la ventana que daba sobre el primer patio de la casa. Sobre una de ellas habia una de esas obras de escultura, que pue-

den, en defecto de otra voz, llamarse estatuas, representando un San Antonio, rodeado de toscas y descoloridas flores artificiales que parecían los primeros esfuerzos de ese arte, llegado en el día a su apojeo de perfección: el santo, vestido con lujo, mostraba una cara gorda y lustrosa, alegre y retozona en medio de su aureola de flores. El artista, autor de aquel esfuerzo, queriendo sin duda mostrar en el exterior el contento y tranquilidad que debemos suponer en el alma de todo bienaventurado, parecía haber puesto particular empeño en dar al rostro aquel aspecto de gloriosa salud que caracteriza a todas las imágenes de esa especie. Sobre la otra mesa había dos candelabros de estaño, esmeradamente limpios, y dos mates con sus respetables bombillas de carrizo, indicando los gustos de las personas de la casa, así como en la otra mesa se acreditaban sus devotas creencias.

Aquella pieza recordaba muy bien nuestras viejas costumbres, ahuyentadas de la capital por el lujo europeo. Allí todo respiraba la vida sencilla y sin aspiraciones, los goces pacíficos y naturales de la jente de provincia. Todo estaba en armonía con el aspecto del amueblado. Al lado de una mesa cubierta con su tapiz de lana, se hallaban sentados dos hombres y una señora de alguna edad, ocupados en la clásica malilla: sus rostros serenos tenían el sello de la vida inocente del campo; vida sin amargas ni angustiosas tribulaciones, si bien privada de la brillante ostentación de las grandes sociedades. Clara se encontraba con otra

jóven al lado de una mesita con dos velas de sebo, cosiendo y conversando a la vez. A nuestra entrada, Clara me hizo mui cordial acogida, pidiéndome una larga permanencia en su casa.

—Esta es Elisa, me dijo al oído Marcos, mostrándome la jóven que yo habia visto junto a su hermana.

La niña revelaba, en efecto, por la espresion de su rostro las prendas morales con que Marcos la habia pintado al describírmela; era pequeña y delicada, de hermosos cabellos castaños, con ojos de un azul claro de indecible dulzura: su tez algo morena, tenia ese colorido meridional tan apreciado en Europa. El pecho bien torneado hacia valer la figura de su talle, dócil, delgado y redondo: las cejas algo pobladas y cierta dureza en la espresion de sus rosados lábios desmentian hasta cierto punto la anjelical dulzura de sus ojos, dándola un aire de resolucion adorable por la delicadeza de su persona. Dos gruesas y largas trenzas caian sobre sus espaldas, ostentando ese lujo de cabellos tan jeneral en las mujeres chilenas. La frente espaciosa y tersa tenia el contorno que acusa una intelijencia despejada y rápida; cubierta a veces por una nube de melancolia, fijaba la vista del observador al alzarse llena de noble majestad. Vestida sin elegancia y con las modas siempre atrasadas de las provincias, Elisa me pareció una de esas piedras preciosas que recrean la vista a despecho de un engaste antiguo y de mal gusto.

Clara, despues de haber hablado conmigo

largo rato y haberme preguntado por sus amigos de Santiago, se dirigió a su hermano diciéndole:

—Marcos ¿qué hai de Ismael?

Este nombre de Ismael se presentaba por segunda vez a mi curiosidad rodeado de cierto interes, tal vez el de ser desconocido. Al oírlo, Elisa pareció fuertemente ajitada y sus mejillas palidieron. Marcos se mostró contrariado por el efecto de aquel nombre: al parecer sus teorías de indiferencia no pasaban al campo de la práctica.

—No sé, no le he visto hoi, contestó, apresurándose a dirigir la palabra a Elisa sobre otro asunto.

—Quién es Ismael, pregunté a Clara valiéndome de la confianza que me daba nuestra antigua amistad.

—Sin duda lo ha conocido V. en el colegio, me respondió ella.

—No recuerdo, repliqué; mas la puedo asegurar que por varias palabras de Marcos y la pregunta de V. ahora, siento curiosidad por saber algo de este personaje, que a lo que creo es un enigma para muchos.

—Ismael es un jóven que ha venido aquí hace seis meses, se cree enfermo y tiene mucho cuidado con su salud. Aquí tenemos mucha amistad por él, pues tiene cierto aire de sufrimiento que a todos inspira interes. Por lo demas es de carácter dulce, siempre pensativo, cuando no triste y abatido.

—V. aumenta mi curiosidad, la dije, y ya tengo mil deseos de conocer a su amigo.

—Hace ya algun tiempo que no viene aquí, me dijo Clara.

—Marcos me ha dicho el motivo, dije, y esto es lo que mas me llama la atencion sobre él.

—Es un paso que dice mucho en favor de su delicadeza, replicó ella; ha visto que inspiraba un amor al cual no podrá corresponder, y se ha retirado.

—Su amigo me está pareciendo un rabioso misántropo, exclamé.

—No enteramente, pues no huye la sociedad.

—¿Y por qué evita el amor?

—Ah, ese no es secreto mio, dijo Clara.

—¿Hai secreto? pregunté yo admirado.

—Sí, un secreto, del cual yo sola he sospechado una parte.

—Veo que V. me vá a regalar una curiosísima historia.

—No ahora, dijo ella, porque estoi en marcha de descubrimientos; pero si me parece que será pronto.

—Tanto mejor, porque mi curiosidad sube de punto, la dije despidiéndome para retirarme.

En la noche me acosté naturalmente preocupado con la idea de aquel jóven, cuyo solo nombre encerraba ya para mí todo un drama que, en la ignorancia completa en que me hallaba de sus antecedentes, mi imaginacion quedaba libre de arreglar a su antojo. Desde esa noche conté con uno de esos episodios sombríos de la vida social, ocultos bajo la tranquila superficie de la vida de provincia; alentán-

dome para amenizar mi permanencia en aquel pueblo, la idea de haber encontrado un hombre que todos rodeaban de misterio, que en todos los corazones despertaba simpatías, vi viendo solo en medio de una poblacion tan ajena de romanticismo.

Al dia siguiente Marcos me condujo a visitar a un amigo de ambos, y que yo habia manifestado deseo de ver. — Aquí encontrarás tambien a Ismael, me dijo; es primo de la familia y a estas horas casi siempre se le halla en la casa. — En efecto, al entrar divisé reclinado en un sofá a un jóven que mas bien parecia una bella estátua que un ser viviente; a nuestra vista se inclinó saludándonos con indecible majestad. Despues de nuestras primeras conversaciones mis ojos examinaron con curiosidad a Ismael.

Era un jóven de 25 años que llevaba en todas sus facciones el sello de prolongados sufrimientos. Sus grandes ojos negros, de largas y crespas pestañas, rodeados de una sombra oscura, revelaban amargos contrastes, combatidos acaso con la fuerza de una alma de héroe. Largos y sedosos cabellos negros caian por detras de sus pequeñas orejas, despejando una frente majestuosa y prestando a su rostro de estremada palidez, el aire sombrío de un héroe de Byron: sobre esa frente hermosísima, marcada por precoces arrugas, se leia todo un poema de dolor. Imposible parecia al verlo, al observar la melancolia de su mirada, que aquel jóven no fuese uno de esos seres que gozan el triste privilejio de sentir en mayor grado

que el comun de los hombres, y de guardar en el alma el rastro profundo que graba el sentimiento. Toda su persona ademas se hallaba en perfecta armonia con la ideal belleza de su rostro. Manos blancas y pequeñas, pié delgado, hermoso porte, voz sentida y melodiosa, todo parecia haberse reunido a porfia para formar de Ismael uno de esos hombres que atraen las miradas donde quiera que pasan. Fuera de esto el fisiolojista nada podia descubrir del verdadero individuo, pues era casi imposible suponer por un momento en aquel melancólico semblante, la paz de la indiferencia, ni la rosada alegria de los años de la adolescencia. El dolor, como el jénio del mal, parecia haberse propuesto la destruccion de tan acabada obra del Creador, como si aquel poético rostro le recordára los ángeles, sus enemigos del cielo.

—Aquí me tienen Vds., nos dijo nuestro amigo, trabajando por hacer distraerse a este caballaro; pero no he visto, añadió mirando con cariño a Ismael, ser mas caprichoso que un misántropo y que por demas se cree enfermo.

Ismael se sonrió con tristeza.

—Dáme buena salud y me verás alegre, dijo con el acento de una persona que cree llevar en sí el jérmen de una muerte temprana. Vds., dijo volviéndose a nosotros y levantándose de su asiento, Vds. que abandonan hoy una esperanza para saludar mañana otra mas risueña tal vez; que esperan algo del porvenir cuando lo analizan sin temblar, no compren-

derán la tristeza del que vé escapársele la vida cuando quisiera asirse a ella con todas sus fuerzas. Hai mucha diferencia de un hombre que, confiado en su buena salud, forma proyectos para la vejez, a otro que se cree atacado por un mal incurable, y que por único deseo, por único problema, busca el modo de prolongar su existencia. X

Aquellas palabras, pronunciadas con el acento mas sencillo, resonaron en nuestros oidos como el eco de una campana fúnebre. No obstante su aparente tranquilidad, habia en el timbre de la voz algo del que siente su vida agostada casi en flor, cuando la naturaleza parecia haberlo dotado para una completa y larga felicidad en la tierra. Mi imaginacion se preguntaba en vano la causa que podia haber amagado tan rica naturaleza: un hombre que podia hacer palidecer a las mujeres al presentarse en un salon.

—Yo tengo para mí, dijo Marcos, que el que divisa un fin cercano debe gozar del cuarto de hora que la suerte le abandona y combatir cuerpo a cuerpo con el placer: enamórate, y nuevas ideas te dejarán, lo aseguro, libre de tu mal imaginario.

—Cuenta a un infeliz condenado a muerte las bellezas del dia siguiente a su suplicio, dijo dirijiéndose a Marcos. Me hablas del placer: ¿en dónde se halla? ¡El amor! añadió despues de una pausa e imprimiendo a su labio inferior el sello del mas amargo desencanto; he pasado ya los veinte años, y en lugar de sonetos solo podria inspirarme una elejia fúnebre: es una

bella planta que se vicia en ciertas almas, esterilizando el terreno que la sustenta.

Hai imbéciles, los que el cielo maldice dotándolos de una sensibilidad exajerada, que juegan sobre una sola carta el tesoro de toda su vida. Colocad vuestro amor todo sobre un corazon de mujer, y hoi creeréis que vuestro caudal se ha aumentado con el inmenso tesoro que esa mujer os vuelve: entónces negais la mujer para cantar el ángel. Mañana cambia el naipe y os hallais arruinado, retorciéndoos bajo el peso de un dolor espantoso; una de esas pérdidas morales que nos privan para siempre de los medios de rehacernos, y en la que ni tan solo queda el recurso de quejarse de su miseria; debiendo considerarnos aun bastante felices cuando podemos en este naufragio salvar el orgullo. Lo que hai de terrible en estas verdades, es que por su frecuencia han llegado a hacerse triviales, y que en esta lucha, en la que a su vez las mujeres pueden decir otro tanto, no toman en cuenta el fondo de conformidad con que el cielo las ha dotado a profusion. Un hombre que fracasa en su primer amor, cuando éste se ha apoderado bien de toda su alma, lo que por desgracia sucede casi siempre en la juventud, no es despues mas que un triste depósito de recuerdos, un pobre loco que acaricia siempre una quimera de dolor que le bebe la sangre adormeciéndolo. Algunas miradas, cuyo fuego se conserva en el fondo del pecho; ciertas frases incoherentes que hablan de un amor desvanecido; el eco de una voz querida, vibrando a todas horas en los

jiros del viento; el hastío y el desconsuelo por todas partes: hé ahí las tristes reliquias de los brillantes arrebatamientos de la juventud, el legado que la realidad nos deja cuando se encarga de realizar las magníficas promesas de la esperanza.

—¿Y en caso de no ser engañado? preguntó Marcos a Ismael.

—En ese caso se es feliz todo el tiempo que se puede.

—Ademas, señores, tengo para mí que la mujer que en nuestro primer amor nos engaña, nos hace un verdadero bien, dijo Marcos con su filosófica sonrisa.

—Ah! ah! dijimos nosotros esperando aquel raciocinio.

—Precisamente, prosiguió él. Vds. saben que todos los objetos fabricados con tierra necesitan, para servir despues, estar sometidos a una operacion preliminar que llaman cura, voz ignorada por la Academia; pues bien, el corazon fabricado con la misma materia necesita esa primera picadura del dolor para prepararse a la vida, al movimiento y a los contrastes. Sin esta cura moral se rompería a cada contratiempo. Ademas la mujer tiene un lado escusable.

—¿Cuál? preguntamos todos a la vez.

—Ignora la profundidad del mal y no se figura que por tan trivial incidente un hombre haya de convertirse en Magdalena.

—Y, seamos francos, dijo el dueño de casa, en los tiempos que alcanzamos las penas de amor no van mas allá de una noche de insomnio.

Con esta observacion Ismael palideció en extremo, dibujándose en sus labios una sonrisa de ironía; su frente como abatida por el pesar, se inclinó cual una flor agostada por el estío; mas levantóla mui pronto, pareciendo vergonzoso haber cedido a un sentimiento profundo.

—Es cierto, dijo pensativo, en el dia nadie se muere de amor: el consuelo, palabra casi fabulosa para ciertas organizaciones que jamás cicatrizan de una herida, es un fruto al alcance de la mano del que quiera tomarlo.

—Y si así no fuese, ¡pobre humanidad! exclamó Marcos con aire malicioso.

—Para suplir la impotencia de sentimiento, continuó Ismael, se ha inventado el escepticismo amoroso, que resuelve con risa los casos que no alcanza a comprender.

—Eso nó, dijo Marcos; creo que todos pueden comprender hasta la quinta esencia de la pasion, pero por fortuna solo en teoría.

—Por ejemplo, uno de esos infelices de que hablaba hace un instante haria escepcion a tu regla, replicó Ismael: es cierto que si al despertarse con la realidad, despues de haber soñado en el amor toda una vida de delirantes trasportes, viniese a contarnos que hai sufrimientos morales que consumen como una calentura, se espondria a que se riesen en sus barbas.

—Por supuesto, exclamó Marcos.

—El señor, dijo Ismael, mostrando a nuestro incrédulo amigo, es el modelo de la época, el patron a que debian modelarse todos los que ambicionan ser felices.

—Y ¿por qué? preguntó el dueño de casa.

—Porque sabe poner en práctica esa vieja máxima que coloca la obligacion ántes que la devocion. Para él el amor es una especie de asociacion para el porvenir; quiere poner su capital en una especulacion segura para que el tiempo le vuelva crecidos intereses de felicidad: lo toma como una de esas viejas pesetas españolas que es preciso mirar por todos lados ántes de recibirla.

—Cierto, exclamó Marcos. Pero tú que estás dogmatizando sobre esta materia ¿cómo has sentido el amor?

—¿Yó? exclamó Ismael como una persona herida de improviso, no sé, no he tenido nunca una pasion!

—Sin duda, dije a Marcos cuando nos hallamos de vuelta en su casa, algun desgraciado acontecimiento ha destruido la felicidad de ese pobre jóven: no creo que solo una enfermedad pueda dar a sus palabras la amargura del descontento.

—En cuanto a la enfermedad física, creo que no es sino una fuerte aprehension; mas, creo tambien como tú que hai algun pesar profundo que lo consume: ¿cuál es? lo ignoro, pues no conozco su vida, y todos se hallan en el mismo caso respecto a él por su inalterable reserva. Sé solamente que hace cerca de un año que ha vuelto de Europa, donde fué, segun él, por mejorar su salud: mui poco o nada nos ha dicho de sus viajes, limitándose, aun en el seno de la confianza, a ese círculo de noticias que dan todos los viajeros. Su pa-

dre, que hace cinco años era mui pobre, posee ahora una brillante fortuna con una herencia que ha recibido, y mas que todo, con varias especulaciones arriesgadas de aquellas que son un disparate cuando se yerran y un rasgo de jenio cuando llegan a buen fin: es el caso de Waterloo que sin Blucher era un esfuerzo sublime y que el malvado prusiano convirtió en chambonada. Ademas Ismael y una jóven hermana suya componen todos los herederos de la fortuna del padre....

En la noche de aquel dia nos hallábamnos reunidos en casa de Clara las mismas personas del dia anterior. Los jugadores de malilla ocupaban sus puestos en las mismas actitudes con esa regularidad que hace de la vida de provincia una existencia sistemada y sujeta a un réjimen tan invariable como los trabajos de una oficina. Preguntándome el secreto de aquella jente que no conoce el fastidio y que sin embargo divisan para el dia siguiente las mismas emociones, iguales tareas y pasatiempos que el dia anterior, me convencí de que el hombre es como ha dicho no recuerdo quién: «un animal de hábito»: y que acaso nuestra pretendida tristeza, nuestro continuo descontento, provienen solo del modo vicioso como abrazamos la vida, lanzándonos en busca de imaginarias felicidades, corriendo desatinadamente tras mil creaciones quiméricas de nuestro mal guiado espíritu, en vez de conformarnos a jirar en el círculo de la mediocridad, formando del hábito una segunda naturaleza. Rousseau habria sin duda citado como ejem-

plo, ciertas peculiaridades de nuestras antiguas e ignorantes costumbres, para rebatir a sus adversarios en la controversia sobre la civilizacion y la ignorancia, si, salvando las excepciones que en todo jénero de cosas figuran, hubiese podido estudiar la patriarcal sencillez de nuestros padres.

En aquella sala, no obstante, tan tranquila en apariencia; allí donde las escenas se sucedian iguales y monótonas, cubiertas con el velo de una paz monacal, jermínaban, desarrollándose lentamente, las pasiones que no conocen valla que las impida apoderarse del corazon. El amor, al que pueden aplicarse los hermosos versos de Malherbe sobre la muerte, habia plantado tambien allí su pendon invasor, infundiendo cierta agitacion sorda a los callados episodios de aquel hogar doméstico. Elisa, la suave criatura, cuyo tipo meridional acusaba la fogosa impetuosidad de las pasiones, desarrolladas en su alma con la casta espontaneidad que revelaba por sus ojos, era uno de los personajes de aquel grupo de familia, que vivia ajitado en medio de la calma, pesaroso en medio del contento bienaventurado de la pequeña sociedad. Su corazon, abierto a las caricias melancólicas de un amor secreto, envuelto en esa atmósfera de poéticos desvíos que los caprichos del primer amor esparcen en torno de la mujer, cuando con la poesia de su esencia responde a la poesia del sentimiento que la ajita, su corazon, decimos, como una arpa eólica vibraba melodiosamente a influjos de una esperanza, tan pronto acari-

ciada como un sueño venturoso, rechazada después como una voz engañadora, cuya perfidia se conoce. El nombre de Ismael, resonando en sus oídos, despertaba, a juzgar por su semblante, infinitas emociones, diversos y encontrados sentimientos, que, ora cubrían de encarnado el moreno color de su fresca mejilla, ora, perdida la esperanza, sucedía la tímida palidez del desaliento a la rosada tinta de un contento fugaz. Este amor, nacido bajo el único poder de la simpatía, como las flores del campo brotan lozanas sin más riego que el agua del cielo; pasión solitaria, profunda, que no había echado raíces en su pecho por la fuerza de una galantería brillante, sino que se alzaba irresistible por el imperio de un poder misterioso, hacía de la joven una de esas criaturas divinas de sentimental belleza.

Marcos, por otra parte, aunque de aquellos hombres que en apariencia sienten el amor con plena libertad de espíritu, que analizan y dominan sus sentimientos, guiándose, no por el corazón sino por la voluntad, sentíase herido en su orgullo de hombre, no obstante sus pretensiones a la indiferencia, mostrándose incómodo con la impresión que el solo nombre de Ismael parecía producir en la joven Elisa.

Fácil me fué hacer estas observaciones durante aquella noche en que, simple espectador de los preliminares de un drama que se preparaba, me entregué al examen de los héroes que debían figurar en él.

—He visto a su amigo Ismael, dije a Clara,

mientras Elisa y Marcos conversaban distante de nosotros.

—¿Y qué le ha parecido?

—Realmente mui digno de interes, le contesté.

—Marcos, todos sus amigos y yo hemos trabajado mucho por alegrarlo, sin obtener mas que una tranquilidad aparente, desmentida por su invencible tristeza.

—Creo, dije, que en él la enfermedad no es mas que un pretesto para justificar su tristeza a los ojos de los otros y ahuyentar a los curiosos.

—Quién sabe! murmuró Clara pensativa.

—Al verlo, y sobre todo, despues de oirlo hablar, he pensado que era imposible que no hubiese en la historia de su vida algun acontecimiento desgraciado, orijen de su melancolia.

—¿Como cuál? me preguntó Clara.

—Un amor, por ejemplo, contesté.

—Soi tambien de su opinion, dijo ella, y le diré a V. por qué. Estando en el colejio, tuve, como todas, una amiga de predileccion, la que siempre he querido con la mas sincera amistad: Laura, este es el nombre de mi amiga, era de mi edad, y a los diez y siete años de una belleza admirable: nada en mi vida he visto de mas acabado ni mas perfecto que su fisonomía, sus facciones y su porte. Salimos del colejio al mismo tiempo y principiamos juntas a figurar en la sociedad. Con semejante belleza bien podrá V. hacerse idea del ruido que hizo Laura en todas partes: en el teatro, en

los bailes y paseos, los hombres se agrupaban en torno suyo, colmándola de esas atenciones que siempre halagan el corazón de una mujer; y sin embargo de sus triunfos, fuese por su juventud, fuese por natural indiferencia de carácter, Laura no tuvo notable preferencia por ninguno de los jóvenes que la solicitaban. Yo que fui su mejor amiga, recibía diariamente la confianza de sus impresiones, y puedo asegurar que su corazón hasta entonces no sintió una sola palpitation que saliese del curso ordinario. Esta vida de brillante embriaguez fué para Laura de mui corta duracion: sus padres, de mui escasa fortuna, la casaron a la edad de diez y ocho años con un hombre rico por el cual ella no sentia la menor inclinacion. Dos meses despues me casé yo tambien y vine a establecerme en Rancagua, desde donde siempre he tenido noticias tuyas. Un año despues de haberse casado, Laura enviudó, quedándole un hijo de su matrimonio, y desde esa época tuve menos noticias tuyas; porque de Valparaiso viajaba continuamente a Constitucion, donde se hallaba su familia. Finalmente, hace un año, Laura me escribió que venia a establecerse aqui al lado de una tia suya. Desde entonces nuestra antigua amistad volvió a renovarse con mas ardor que ántes, sobre todo de parte mia; porque en mui poco tiempo noté en Laura una tristeza que no he podido desechár de ella por mas que me haya empeñado, ni logrado averiguar tampoco los motivos de aquel cambio, pues antes la habia conocido de un carácter alegre y confiado. Al dia siguiente

de la llegada de Ismael, noté en ella un trastorno repentino que no pudo menos que llamar mi atención. Por momentos una extraña alegría se notaba en su rostro y todas sus palabras parecían las de una persona que espera una gran felicidad. Pero esto duró muy poco: volvió de nuevo a caer bajo el imperio de su tristeza, negándose a salir a ninguna parte y obstinándose en no volver a casa desde que supo las visitas de Ismael.

—Todo esto me confirma en mi opinión, la dije. Pero después, ¿nada ha podido V. descubrir sobre esta misteriosa relación entre ella y nuestro amigo?

—Muy poco, me contestó Clara, y parece imposible llegar a ello, pues ámbos se empeñan en evitarse y guardan por supuesto el más profundo silencio. Solo he notado una diferencia entre ellos en el modo como reciben sus impresiones el uno sobre el otro: una sola vez he hablado con Ismael sobre Laura y estas fueron muy pocas palabras. Apenas oyó su nombre tembló de pies a cabeza, y me dijo con tono suplicante: «Clara, le pido que jamás me hable nada concerniente a esa señorita.» V. comprenderá que con tal advertencia no he vuelto a tocar ese punto. Laura, por el contrario, parece sentir un placer infinito cada vez que oye hablar de Ismael; sus ojos se animan, su semblante se despeja de la nube de melancolía que constantemente lo cubre. En días pasados la hice concebir la esperanza de una entrevista con él, y al momento me estrechó entre sus brazos diciéndome:—«Ah, me volvie-

ras la vida!» Como ella se ha callado siempre, nada quise preguntarla, de manera que todo lo que de cierto puedo decir es que se han amado.

—No hai duda, dije yo; pero por qué esa aversion de parte de Ismael? qué abismo los separa de tal modo, que pareciendo amarse con delirio se huyan como si se mirasen con horror? Vd., Clara, que es amiga de ambos, debe hacer cuanto esté a su alcance por volverlos a la felicidad: estoi persuadido que algun tiempo de dicha bastaria para traer la salud a Ismael.

—Mucho he pensado en eso, me dijo Clara, y he formado por fin un plan.

—¿Cuál?

—Vd. sabe que muchas veces en amor una sola mirada suele destruir mil obstáculos, con tal que las circunstancias favorezcan esa mirada: los dos amantes, jimiendo el uno por el otro, y separados tal vez por un capricho o un orgullo mal entendido, salvarán la barrera que ellos mismos se han interpuesto, volviendo a la felicidad sin mas auxilio muchas veces que una entrevista casual. Yo me he propuesto servir en este caso de Providencia, por temor de que ésta se haga esperar demasiado, y el 1.º del mes entrante, dia de mi marido, daré una reunion a la que asistirán Laura e Ismael.

—Encuentro mui acertado su proyecto, la dije, y creo que bien tomadas las medidas no será dificil llevarlo a buen fin; a menos, añadí, que el motivo de su separacion sea insuperable.

—Yo espero que nó, dijo Clara, y sin embargo no desconozco las dificultades.

—¿Marcos conoce su plan?

—No, y debe ignorarlo; tal vez influiria en el ánimo de Ismael y todo estaba perdido: el proyecto queda entre Vd. y yo.

—¿Y Elisa?

—Poco importa que llegue a saberlo, pues se guardará mui bien de decirlo a nadie.

—Marcos me ha asegurado que su amor no es mas que un capricho, dije yo.

—Oh! no, exclamó Clara, Elisa vive bajo el imperio de una de esas pasiones profundas que raras veces las mujeres experimentan a su edad: imposible parece al verla que esa constitucion física tan delicada se halle movida por una enerjia moral tan sorprendente: tiene solo diez y seis años, y siente como una mujer de veinte y cinco; la pasion es en ella absoluta; pero felizmente a la impetuosidad de su amor reúne la mas anjelical resignacion; una mirada es para ella un mundo de felicidad. ¿No encuentra Vd., exclamó Clara, que una mujer que se somete silenciosa a un amor sin esperanza es el ser mas sublime que pisa la tierra? Vd. no tiene idea, añadió, de los arranques de alegría que se apoderaban de Elisa a la llegada de Ismael. Cuando estaba sentada a mi lado, se asia de mi brazo como si temiese arrojarse a su cuello, arrebatada por una fuerza irresistible.

—Es bello como un ánjel, exclamaba con las lágrimas en los ojos, en sus horas de confianza. ¡Pobre Elisa, tiene demasiada sensibilidad para alcanzar jamas a ser feliz!

—Segun veo, dije yo, la escena que preparamos la hará sufrir mucho.

—Qué hacer? dijo Clara; pero eso mismo puede curarla de su pasion, añadió despues de reflexionar un instante. Ella ignora, como todos, la posicion de Laura e Ismael; acaso conociéndola, su corazon renuncie por orgullo, si no por falta de esperanzas.

III.

Algunos dias despues de esta conversacion nos hallábamnos Ismael y yo en un pié de amistad que si no bien llegado aun a la íntima confianza, es sin embargo su precursor, pues se halla basado sobre la mútua estimacion. Mi interes por mi nuevo amigo aumentaba a cada entrevista: sus maneras; su amargo y melancólico lenguaje; algunas vagas palabras sobre su misteriosa historia, que de cuando en cuando dejaba escapar en un momento de olvido; todo me hacia cobrarle nuevo cariño cada dia y esperar que tal vez pudiese curarlo de su profundo mal.

De vasta y osada imajinacion, enervada un tanto por el contemplativo *farniente* de su alma de poeta; de educacion esmerada y libre de las serviles máximas de particular escuela; de juicio recto y pronto; de abundante y vigorosa sensibilidad, Ismael era uno de esos hombres nacidos para brillar en las altas esferas sociales, donde podia presentarse rodeado de la doble aureola de la belleza y el mérito personal. Indiferente, al parecer, a las pasiones

que inspiraba; ignorante de sus aventajadas prendas, mi nuevo amigo era sin duda un curiosísimo objeto de estudio, al que la casualidad me permitía entregarme con todo el interés que en ciertos espíritus infunde lo imprevisto.

Frecuentemente salíamos juntos en la tarde y prolongábamos nuestros paseos hasta fuera de la población, buscando siempre los puntos de vista desde donde pudiésemos descubrir un horizonte y un paisaje mas estensos. Durante aquellos paseos, Ismael, que cada día se mostraba mas afectuoso y comunicativo, me hacia relacion de sus viajes, hablándome de ciencias, artes, monumentos, antigüedades, con esa facilidad que caracteriza a ciertas personas que, a una educacion esmerada, unen el tacto fino y justa apreciacion que dan los viajes en el mundo europeo. Empero, siempre observaba el mas estricto silencio sobre su vida e impresiones personales: jamás una palabra salida de sus lábios me reveló ninguno de sus recuerdos, nada que hablase de un pasado borrascoso; nunca tampoco ningun nombre de mujer habia figurado en sus relaciones; y si por medio de algun disfraz queria yo sondear sus recuerdos refiriéndole algun acontecimiento análogo a mis suposiciones, su bella frente se cubria de melancólicas sombras y sus ojos jiraban en derredor, como si buscase en el campo algun objeto que alejara de su memoria el recuerdo que yo habia despertado.

Una tarde, pocos dias antes del fijado por Clara para la ejecucion de su proyecto, Ismael

hablaba de la familia de Marcos y de las personas que iban a la casa: la conversacion se fijó naturalmente sobre Elisa.

—He tenido la desgracia de inspirar ese amor, dijo Ismael respondiendo a una pregunta mia. Sin quererlo, he vertido mil amarguras en el alma de esa pobre niña, que ricamente dotada por la naturaleza y fijándose en otro menos egoista que yo, podria formar un paraiso en la vida del hombre que supiese comprenderla. Yo que sigo un fantasma de consuelo sin acertar a alcanzarlo, seria un insípido amante, o un fastidiosísimo marido para una mujer llena de vida y de poesia. Al notar, no ha mucho tiempo, el amor de Elisa, sentí en mí una impresion mui dolorosa, pensando con amargura que Dios ponía en mis manos la felicidad de otra existencia y me privaba de los medios de alejar de la mia el horrible pesar que la consume. No dudo que si pudiese amarla como ella merece; si a mi egoista indiferencia pudiese sustituir mi corazon de otros dias, no dudo que podria llegar a una felicidad completa. En poco tiempo pude apreciar la estension sublime de su amor de virjen. Un dia, preguntándola la causa de su tristeza, me contestó con los ojos llenos de lágrimas: «Vd. lo sabe, Ismael, tan bien como yo: contra mi voluntad he dejado espresar a mis ojos lo que de viva voz no me hubiese antes atrevido a decir; ¿tendré necesidad de jurarle que para Vd. no tengo voluntad?»—Cinco años há, prosiguió Ismael, habria pagado estas palabras a costa de mi sangre: ahora no han hecho mas que re-

sonar dolorosamente en mi alma, sin despertar en ella mas eco, amigo, que el de una profunda simpatia. Por otra parte, Elisa es una niña resignada y dócil, como una de esas vírgenes que el paganismo ofrecia en holocausto a sus sanguinarias divinidades; pero alentada por una esperanza, sostenida por una mirada de amor, es capaz de pisotear toda consideracion social, acaso por su misma inocencia y la intachable rectitud de todas sus acciones.

—Semejante mujer es una joya, le dije, y con ella, no lo dudo, serias mui feliz.

—Cierto que unido a ella podria serlo, si puede llamarse felicidad ese estado pasivo del alma, en que la tranquilidad de la vida suple por la uniformidad de sus placeres, a ese borrascoso mundo de la pasion que todos buscamos en la juventud.....

Nuestros paseos y conversaciones se renovaron varias veces despues sin que jamas Ismael me dejase penetrar en la historia de su pasado, ni en nada que recordase sus relaciones con Laura, a cuyo nombre temblaba, cambiando bruscamente de conversacion y pasando largo rato sin poder serenarse. Entre tanto el dia de la proyectada reunion en casa de Clara se aproximaba ya, sin que Ismael hubiese fijamente prometido asistir. A veces, pareciendo sospechar nuestro plan, se negaba abiertamente, alegando el sentimiento que toda fiesta le causaba. «La música de un baile, me decia, resuena en mi oido como un canto fúnebre. Al ver esa jente alegre y formando proyectos de felicidad, pienso en mi vida tan pronto disi-

pada, en mi alegría de niño, única edad en que haya contado con el porvenir ; y este goce, borrado del reducido número de mis esperanzas, en esos instantes sobre todo, me infunde una desesperante melancolía. Al oír el alegre murmullo de los otros, al ver las miradas de las mujeres fijarse en mí, como queriendo indagar mi mal, me despido tristemente de la vida, de la juventud, del brillante cortejo de esperanzas que ciertos ojos de mujer despierdan en el alma : y cuando me encuentro solo me arrepiento de haber asistido a esas fiestas.»

No obstante, en otras ocasiones mostrábase mas animado, cediendo a mis consejos y prometiéndome asistir «y lo que es mas, te prometo divertirme» me decia. En tales indecisiones llegó por fin el dia fijado para la fiesta, y Clara me previno que Laura asistiría tambien a su casa aquella noche.

IV.

Las jentes de provincia, sencillas en sus hábitos sociales e ignorantes del capricho que bajo el nombre *buen tono* rije con despótico imperio a las grandes sociedades, abrazan con placer las pocas diversiones que se presentan para distraer la monotonía de la vida casera. Para ellas una reunion, ocasionada por un dia de dias, por el óleo de un niño o por otra causa cualquiera, es la promesa de una noche feliz, la seguridad de un placer tanto mas precioso cuanto que es raro y pasajero. Sin esclavizarse por el vano deseo de llamar la aten-

cion, todas acuden desde temprano a la casa de la fiesta, que les abre sus puertas convidándolas a la alegría. Por esta razon, las ocho daban apenas en aquella noche, cuando la casa de Clara se hallaba llena de convidados francos y alegres, si bien hubieran dado márjen a picantísimas observaciones por esa misma sencillez que quieren cubrir con una afectada etiqueta.

Realzaban la suavidad de aquella fiesta de familia, los modestos trajes de las niñas, sus sencillos adornos, sus peinados naturales, ajenos de afectacion y coquetería, la espresion tranquila de sus rosados semblantes y el fuego natural de sus ojos serenos. Era, sin duda, un cuadro fresco y puro, de aquellos que hacen bien al alma, reconciliándola con la vida social; un tierno espectáculo de los que trasmiten al corazon el plácido bienestar que reina en su atmósfera. Al contemplarlo, la imaginacion no puede menos que traspasar el objeto presente y esplayarse complacida en la contemplacion de aquella existencia de cándida paz, sintiéndose dulcemente arrullada por una embriaguez semejante a la que nos infunden algunos de los paisajes del Poussin, tan llenos de agreste inocencia.

Apenas entré en la sala, Clara se dirigió a mí, diciéndome: — Voi a presentarlo a mi amiga. — Yo me dejé conducir animado de la curiosidad que desde mi llegada me preocupaba por aquella mujer misteriosa, en cuya historia me hallaba yo tan interesado. Despues de la presentacion me encontré al lado de Lanra,

sin hallar frase alguna con que entablar la conversacion : ella vino felizmente en mi auxilio, preguntándome :

—¿ Piensa Vd. pasar aquí algun tiempo ?

— Señorita, la contesté, no he venido por tiempo determinado. Pensaba permanecer aquí dos semanas solamente ; pero los habitantes de este buen pueblo son tan afectuosos y cordiales en su hospitalidad, que he resuelto prolongar el tiempo sin fijarme un término preciso.

Yo me callé y ella permaneció pensativa.

Laura, por la delicada finura de sus facciones, por el fresco tinte de sus pálidas y blancas mejillas, por la pureza de la parte inferior de su rostro, parecia contar 20 años a lo mas. Su traje digno y modesto cuadraba mui bien con la melancólica espresion de sus ojos verdes, de suaves y transparentes párpados, velados por largas y crespas pestañas. La intensa contraccion de su mirada, como perdida en lo infinito de algun recuerdo ; la blanca palidez de su noble frente, circundada de negros y ondeantes cabellos ; la anjelical espresion de su boca, de finos y rosados lábios, la daban el aspecto de la vírjen de la melancolía, creada por el jénio sombrío de algun pesaroso artista. La elegante simplicidad de su vestido ponía, además, en realce la lujosa riqueza de una musculacion magnífica, un seno inquieto de primorosa armonía, vigorosas líneas de delicada juventud, que traían a la memoria la arrogante majestad de la Venus de Milo. Alzando al cielo sus ojos parecia un ánjel animado del

fuego divino: bajándolos era una mujer enamorada. Rodeada, por otra parte, de ese misterio grato a la imaginación, que la prestaba la poesía del dolor, atribuyéndola en su vida algo de triste que se ignora pero que se presiente, Laura, en medio de aquella reunión, parecía una reina asistiendo a una fiesta de aldea con todos los cuidados y sinsabores de la grandeza. Al verla, y por lo que sobre ella me había hablado Clara, pensé que Ismael debía hallarse ligado a ella por uno de esos amores fatales que nacen en la flor de los años para tronchar las brillantes promesas de la fortuna: una de esas pasiones funestas que se arraigan porfiadamente en el pecho y que solo ciertas mujeres tienen el poder de inspirar. Admirando la figura de sus torneadas manos, la graciosa curva del cuello, la perfección ideal de toda su persona, me preguntaba por qué oculto misterio Laura e Ismael, igualmente jóvenes y bellos, dos seres creados para confundirse en un amor único de indefinida ventura, parecían hallarse separados por el abismo de un pasado borrascoso? Fácil me fué adivinar la preocupación de Laura al ver que sus ojos se dirigían continuamente hacia la puerta por donde llegaban los convidados; y no queriendo romper el silencio que entre ambos reinaba, rocorrí con la vista las personas que se hallaban en la sala, deteniéndola sobre Elisa, que sin disputa era la segunda belleza entre las mujeres de la concurrencia. En aquel momento la pobre niña parecía más bien asistir a un suplicio que a una fiesta, pues a la

bondadosa espresion de su semblante habia sucedido la dureza de algun sentimiento que comprimia sus contristadas facciones. Todo un drama de celos y desesperacion parecia desarrollarse en su alma en aquel instante, embotando las facultades de su espiritu y privándola de ese disimulo que parece inherente al organismo femenino. La deslumbrante belleza de Laura hacia sin duda palidecer las esperanzas que para esa noche abrigára, y sus ojos, atraídos por una fuerza irresistible, se fijaban obstinados en el semblante de aquella, con esa espresion de crítico análisis a que involuntariamente ceden las mujeres cuando observan a otra, sobre todo si ésta las disputa los afectos del corazon; lucha en la cual el jenio femenino despliega sus alas con prodijiosa enerjía.

Mas, de este porfiado exámen a que Elisa parecia entregada, sin cuidarse de lo que la rodeaba; de aquella concentrada investigacion a la que aplicaba todas sus facultades, bajaban a su alma las heladas sombras de un profundo desaliento, evaporando sus proyectos; y desde el fondo de su pecho, combatido por los turbulentos combates de los celos, subian a sus ojos dos gruesas lágrimas mal comprimidas, triste tributo que su pobre corazon pagaba en aras de un amor desventurado.

Laura, entre tanto, sin cuidarse de las miradas de la mayor parte de los concurrentes que se hallaban fijas en ella, seguia con ansiedad mirando hácia la puerta de entrada. De súbito su semblante palideció en extremo, y sus bellos ojos parecieron nublarse con una espres-

sion indecible de ansiedad, y trató, por un movimiento involuntario, de ocultarse, retirando hácia atrás la silla que ocupaba, sin pensar que allí nada podría ponerla a cubierto de ser vista. En el mismo instante ví aparecer a Ismael en el umbral de la puerta. Su hermoso rostro coloreado por una febril ajitacion, sus grandes ojos distraidos y pensativos, los rizos de sus cabellos de ébano, en armonía con su negro traje, que caian abundantes sobre su cuello, todo lo revestia de esa bellezâ ideal, propia del héroe sombrío de alguna leyenda fantástica.

Clara se adelantó hacia él saludándolo con marcada deferencia: él respondió a sus palabras dejando vagar sobre sus labios descoloridos una triste sonrisa que hacia creer que aquella boca habia perdido por mucho tiempo toda espresion de contento: luego, como cediendo a una fuerza superior a su voluntad, tendió la vista en derredor suyo, mas con esa muestra de fria indiferencia, propia de las personas melancólicas.

Para un espectador impuesto de los antecedentes de aquel estraño episodio, tan natural en apariencia, el cuadro formado por los personajes tenia todo el interes dramático de una escena de la vida privada, puesta al alcance de su curiosidad. Las demas personas dividian su atencion entre Laura e Ismael, admirando la belleza de ambos; pero sin sospechar que en ese mismo instante pasaba ante sus ojos un terrible acontecimiento para varios de los concurrentes.

Al fin, los ojos de Ismael se detuvieron so-

bre Laura, la que bajó su vista sobrecojida de espanto. Por el contrario, las mejillas de Ismael se animaron con un tinte encarnado, y sus ojos despidieron mil rayos de desesperacion: habia en el ceño de su frente, en la movilidad de su pecho, en la soberbia altanería de sus lábios, tal sello de amargo reproche, tan marcada e indefinida muestra de un amor loco, combatido por el torcedor aguijon de algun recuerdo fatal, que varias personas adivinaron al instante, que entre aquellos dos jóvenes mediaba algun lazo de odio o de amor despedazado. Aquella mirada de Ismael, lanzada como un rayo esterminador, hizo conmoverse a todas las mujeres que sobre él fijaban sus ojos ávidos de curiosidad: todas ellas buscaron sobre su hermosa y pálida frente, la causa del dolor que acusaban sus facciones, y sintieron todas, con la penetracion de su sexo, que el amor habia pasado por aquel pecho, destrozando sus flores con devastadora saña.

Aquello duró solo un momento: la danza dió principio y la atencion pudo desviarse de Ismael.

—Ya ves que he cumplido mi promesa, me dijo cuando estavimos juntos, y espero que nada tendrás que reprocharme.

—Nada, a fé mia, le contesté, y encuentro que has hecho muy bien; aquí si no te diviertes mucho, puedes al menos distraerte.

—¡ Es verdad, puedo distraerme ! exclamó con amargura, y atravesando la sala fué a colocarse al lado de Elisa, que permanecia sin tomar parte en la diversion jeneral.

Al acercarse Ismael, las facciones de Elisa se cubrieron de alegría, sus ojos se fijaron en los del jóven, enviándole una de esas largas miradas de amor que las mujeres encuentran cuando quieren comunicar a otro el fuego de la pasión que las domina. Ismael la habló entonces y sus mejillas se ruborizaron de placer, recorriendo la sala con la vista, como si la presencia de tantas personas la fuese importuna para gozar de aquella felicidad; mas, bien pronto palideció de nuevo su semblante, cubrieron sus párpados el fuego de sus ojos y sus labios temblaron bajo las miradas de Laura, tratando en vano de articular una respuesta. El cambio fué súbito y la serenidad acudió lentamente. La danza que terminaba hizo que Ismael volviese a mi lado.

—Creo, le dije mostrando a Laura, que es la mas bella mujer que he visto en mi vida.

—Valdria la pena de consagrarle su existencia ¿no es verdad? dijo Ismael.

—Oh! y ciegamente.

—Bah! añadió él con acento desesperado, la mayor parte de estas bellas obras del Creador son imperfectas en la parte moral. ¿No seria un espantoso sarcasmo si esa mujer no tuviese corazón? me preguntó apretando convulsivamente mi brazo.

—Imposible, exclamé mirando la intensa pasión con que los ojos de Laura buscaban los de Ismael, que parecia ignorar que ella se hallase en la sala.

—Por qué imposible, dijo él, ¿acaso el alma se retrata toda en el semblante?

—Casi siempre, contesté.

—¡Cómo! ese magnetismo de los ojos que hace soñar en lo infinito de la pasión ¿no puede ser el fuego de la luz en el organismo ocular? La frente tan serena, que parece que nunca un pensamiento enojoso ha empañado su alba tranquilidad ¿no puede ser como esos lagos de tranquila superficie y con tanto cieno en el fondo? Todo ese conjunto, en fin, de fascinante armonía ¿no puede ser un amargo capricho de la naturaleza? una bella estatua animada por el fuego de la vida y a la que falta la vitalidad del sentimiento?

—Imposible, repetí, cada vez mas convencido de mi opinión; esa criatura tan hermosa no puede ser como tú pretendes: además, ¿quién me asegura que su corazón no ha sufrido ya alguna espantosa borrasca? Hai en su persona ese aire de intensa melancolía, esa indefinida tristeza, que revela la resignada expresión de sus ojos y que dice claramente que ha llorado durante largos días: créeme, Ismael, esa mujer es demasiado bella para haber podido vivir tranquila.

—Es lo que dicen las mujeres bonitas, dijo Ismael. No hallando de qué quejarse se quejan de su belleza.

—«Ai! infeliz de la que nace hermosa!» dijo Marcos, que durante esta conversacion se habia acercado a nosotros. Ismael, repuso, tengo para tí un empeño.

—¿Cuál? de quién?

—De varias personas.

—Y..... ¿para qué? preguntó Ismael serenándose.

—Para que cantes.

—Oh! tú sabes que tengo la voz malísima y ya casi nunca canto.

—El casi excluye toda excusa, exclamó Marcos.

—Imposible, no estoy preparado, objetó Ismael.

—Si no es a mí, cederás a otro, dijo Marcos. Clara, exclamó llamando a su hermana, que notando sin duda la negativa de Ismael venia a unirse a Marcos, llegas a tiempo para hacer decidirse a este caballero.

—Espero que Vd. me hará justicia, dijo Ismael dirijiéndose a Clara; Marcos exige que yo cante, cuando no he entonado una nota desde tanto tiempo.

—Y yo me uniré a Marcos, respondió Clara; he prometido a varias personas que Vd. cantaria, y espero que no me haga faltar a mi promesa. ¿Qué cantará Vd.? preguntó antes que Ismael hubiese podido responderla.

Ambos se alejaron aproximándose al piano.

Al cabo de algunos instantes Clara preludiaba la introduccion del sentido romance de *L'Eclair*

Quad de la nuit l'epais nuage

Couvrait mes yeux de son bandeau, etc.,

melodía sencilla, suave y delicada, como una queja amorosa. La voz de Ismael se oyó entonces llena de melancólica armonía, identificándose con el refinado sentimiento de la

composicion: cada nota de su voz despertaba en el alma la vibracion de un pesar adormecido ya. Hubiérase dicho el eco de los recuerdos evocando las pasadas memorias envueltas en un penoso olvido; haciéndolas acudir palpitantes, con ese poder que ciertas voces de tenor poseen, mas melodiosas que cualquiera instrumento y que arrullan los corazones con mil ensueños de indefinible beatitud. El jóven parecia estar en ese momento bajo el imperio de algun recuerdo tristísimo; porque su voz tomaba las modulaciones de una amarga queja y sus ojos brillaban atrevidos, cual si una mano invisible le sacara de su habitual indiferencia.

Todas las miradas estaban de tal modo fijas en el cantor, que mui pocos notaron que a la primera estrofa Laura habia dejado su asiento y entrado en la pieza inmediata, huyendo al parecer la dolorosa impresion comunicada por la voz del jóven. Ismael entre tanto seguia cantando, y llegando a los hermosos versos:

J'ai condanné ta vie entiére

A la douleur, au desespoir.....

su voz cobrando nuevo vigor y como si fuesen palabras de otro romance, cantó cambiando de sentido y con el acento de la mas terrible verdad:

Tu condannas ma vie entiére

A la douleur, au desespoir.

La vibracion de la última palabra resoraba aun en los oidos de todos, cuando se oyó en la sala inmediata un grito ahogado y lastima,

so como respondiendo al duro reproche de aquellos versos. El espanto y la admiracion se pintaron en el rostro de todos, y varias personas acudieron hácia donde se habia oido aquel grito, entre las cuales una de las primeras era Clara que, dejando precipitadamente el piano, habia corrido por entre las demas. Al entrar, todos vieron a Laura lívida y sin sentido, apoyando su cabeza en el pecho de Elisa, que entrada una de las primeras la habia recibido en sus brazos. La jenerosa niña, olvidando sus celos y rivalidades, con los ojos anegados en lágrimas miraba los apagados ojos de Laura, y apoyaba en su seno la frente de su rival, con la solicitud de una madre que contempla el cadáver de su hija. El grupo que ambas formaban habria inmortalizado al artista que hubiese podido reproducirlo con fidelidad. Laura bellísima en su desmayo; Elisa retratando en su rostro cuanto el corazon encierra de noble y jeneroso, nos aparecian como las deidades de esos lindos sueños que jermanan en el cerebro de los muchachos. Los demas permanecian inmóviles como respetando el dolor que presumian habia hecho estallar la sensibilidad de Laura.

Clara rogó a los asistentes que la dejaran sola, asegurándoles que solo era una indisposicion pasajera.

— Mui desgraciados somos con nuestro plan, me dijo al oido mirando con tristeza a su amiga.

Al salir, ví a Ismael que permanecia aun contemplando el inanimado cuerpo de Laura con ajitada respiracion, y apoyando la mano

derecha sobre el pecho para comprimir sus acelerados latidos.

—Vamos, le dije, acercándome a él.

Su mirada fué como preguntándome el derecho que me asistia para turbarlo en su meditacion; mas luego bajó resignado la cabeza, siguiéndome sin pronunciar una sola palabra.

Salimos de la casa, y a la una de la mañana nos hallábamos en la de Ismael, que permaneciendo sombrío durante todo el camino se habia sentado en un sofá, absorto, al parecer, en contemplar los jiros de la luz que alumbraba la estancia. Yo me levanté para retirarme.

—Todo esto, me dijo Ismael, es bien estraño, ¿no es verdad?

—Te confesaré, respondí, que a nadie puede haber parecido natural esta escena y que estarán mui léjos de atribuirle a un simple desmayo.

—Qué hacer!.... mañana, mas tranquilo, podré decirte lo que hasta aqui he callado, me dijo; ahora me seria imposible.

Estrechó mi mano y salió prometiéndome ser puntual a tan interesante cita.

V.

Al siguiente dia, a las once de la mañana, me hallaba con Ismael, esperando la relacion prometida.

—Para enterarte de todo y ponerte en estado de apreciar debidamente un suceso al que se halla ligada mi vida entera, dijo Ismael, necesito hablarte de los antecedentes que lo

precedieron y del estado de mi ánimo en aquella época.—En diciembre de 1840 terminé mis estudios profesionales para entrar a la práctica de la carrera forense. Por aquel tiempo mi padre habia embarcado su pequeña fortuna en arriesgadas especulaciones, con peligro de una ruina completa, llevado del aliciente de doblarla, o tal vez, decia él, de triplicarla. La profesion era pues para mí el único puerto seguro, y acaso en ella divisaba no solo mi subsistencia personal sino tambien un futuro apoyo de mi pobre padre, que, cansado de luchar contra la mala suerte, se hallaba amenazado de un terrible golpe si fallaban sus combinaciones especulativas. Esto me hizo abrazar mis estudios con ese ardor febril que nos alienta en nuestros primeros pasos de hombres, cuando el corazon late acelerado a impulsos del entusiasmo: todo sacrificio me parecia pequeño ante mi noble fin; todo esfuerzo mui débil ante la magnitud de mis aspiraciones. Conformándome con mi oscuro destino, me replegué con altanera filosofía en mi orgullo de jóven estudioso, para brillar despues con todo el poder de mis laboriosas tareas, como el que quiere saltar reclusa para tomar distancia y poder lanzarse con mas fuerza. Hasta allí, todo fué mui bien. Poco a poco principiaron a venir en la tarde varios de mis compañeros de colejio, los que so pretesto de *pasar*, término consagrado, se reunian allí a contarse mútuamente sus diversiones y a formar nuevos planes para nuevos placeres. Entre ellos se pasaban en revista los acontecimientos

del día; se hacían minuciosos comentarios sobre la crónica casera y se hablaba de las bellezas a la moda con esa petulante libertad que caracteriza a los estudiantes que aspiran a figurar como hombres. Después se retiraban todos alegres, bulliciosos, sin cuidarse de nada ni de nadie, dejándome en mi modesto cuarto, rodeado de mis libros, a los que después de esta diaria visita arrojaba yo siempre una mirada perezosa.

En aquellas horas, dudando del porvenir; sintiendo en mi pecho esa imperiosa necesidad de amar que nos avasalla a los veinte años; maldiciendo la necesidad que me aconsejaba aquellos sacrificios, pedía cuenta a Dios de mi pobreza, de mis largas horas de infructuoso estudio, de mi juventud que se agotaba en inútiles afanes, sin pensar que entraba apenas en la vida y olvidando mi piedad religiosa con esa arrogante indiferencia de la edad en que no se piensa jamás en la muerte. Luego, para calmar mi agitación y como para vengarme de una sociedad de la que voluntariamente me había segregado, tomaba uno de esos libros burlescos que se ríen del mundo y escarnecen todo sentimiento noble, y después de devorar sus páginas con salvaje alegría, después de tocar con mano vengativa las llagas de ese mundo vedado, sentía renacer en mi alma esa bonanza plácida, ese contento vago, melancólico y misterioso que debía sobrecojer el alma de los antiguos cenobitas después de sus penitentes maceraciones.

Entonces volvía con nuevo empeño a mis

interrumpidos estudios, pidiéndoles las esperanzas que mi posición me negaba, ansioso del saber que debía darme gloria y dinero. Mas, mil veces al recorrer los libros y sus áridos preceptos; al querer inculcar en mi memoria sus confusos sistemas, cruzaba por mi acalorado cerebro una de esas blancas visiones que enjendra la fiebre, aéreas formas de mujer que fascinan el alma, sueños de mi fantasía combatida por mil furiosas pasiones.

Esta lucha entre el deber y el deseo, en la que siempre se hacía oír la voz del corazón; joven, loco por sus placeres soñados, delirando por un mundo fantástico embellecido por los ensueños quiméricos de mis largas veladas; esta fatigosa contienda de dos poderes absolutos, que, ora avasallaban mi voluntad, ora la robustecían con nuevos apoyos, había debilitado considerablemente mi salud, haciendo que al robusto encarnado de mis mejillas, sucediese la enfermiza palidez de un mal misterioso que a pasos de gigante me minaba.— ¿Qué podía, en efecto, yo, pobre niño de veinte años, contra esa turba de ideas desordenadas que destrozaban mi corazón ulcerado ya por la abstinencia de sentimiento? ¿Qué belleza científica, qué portento filosófico, qué religión podían saciar en mi alma la sed de realizar uno solo de los poemas que en mi corazón forjaba la nunca lograda ventura de amar y ser amado?— ¡Confiado en mis fuerzas, e ignorando la enormidad de la empresa, me había entregado al insensato propósito de vivir como un viejo sábio con una cabeza de muchacho li-

bertino! Mi virtud vencía, pero mis fuerzas se agotaban.

Rendidos mis exámenes, me fuí donde mi padre presentándole mi diploma de bachiller en leyes. «Pobre Ismael, me dijo sentándome sobre sus rodillas y mostrándome a mi madre que, con los ojos henchidos de lágrimas, me miraba llena de ternura; pobre Ismael, mui pálido estás y es necesario que te vayas de aquí durante las recreaciones.»

Al entrar a mi cuarto lloré de ternura por que apreciaba en su justo valor el sacrificio que mi padre se imponía para proporcionarme el placer de un viaje. Despues dije adios a mis libros, compañeros silenciosos de una larga soledad, sintiendo ensancharse mis pulmones con la sola idea de respirar el aire libre de los campos, de ver árboles, prados y bosques donde mi alma, sujeta siempre a melancólicos devaneos, volaba de antemano a celebrar esas fiestas poéticas de la soledad en las que nuestro ser se identifica con la naturaleza para revestirla con sus caprichos multiformes.

Al sacudir la pesada capa de mi trabajoso estudio, me sentí niño y entusiasta otra vez y comprimí apenas los latidos de mi corazón, que despertaba de nuevo aspirando a la paz de los campos como en los años felices de la adolescencia. Mis delirantes sueños de amor, mi adoracion por las ardientes creaciones de mi espíritu, los desesperados arranques de mi continuo afán, todo, en fin, cuanto turbaba mi cerebro, todo desapareció ante la nueva esperanza, con la misma velocidad con que los ni-

ños dejan una idea para halagar otra que con igual prontitud abandonan despues en un instante.

Olvidando los sicolójicos preceptos que habia aprendido por deber, y sin embargo de no analizar la relacion de mis numerosas sensaciones, sentí que dotado de prodijiosa vehemencia en mis goces como en mis pesares, el cielo me habia dado un corazon que fácilmente estallaria al choque de cualquiera contrariedad: abandonar mi viaje en aquel momento hubiera sido sumirme en la mas espantosa desesperacion.

Dos dias despues me puse en marcha para Constitucion, donde residia un tio materno, establecido allí desde muchos años atras. Llegué a Talca despues de tres dias de penosa marcha, y sin querer detenerme en la ciudad me fuí a alojar al punto llamado los Morros, a orillas del Maule, donde se toman las lanchas que llevan al puerto. Al amanecer del dia siguiente dimos la vela, y despues de diez horas de navegacion me hallé en tierra, contento como si viera despues de muchos años de ausencia, mi tierra natal. Inmediatamente me fuí a casa del tio, situada en la plaza: una vieja criada me recibió diciéndome que su patron se hallaba en Talca y no llegaría hasta el dia siguiente.—«Pero su merced está en su casa», me dijo al terminar la buena vieja, introduciéndome en un aposento que juzgué ser el comedor. Lejos de contrariarme, aquella noticia me hizo pensar que podria, con mas libertad, recorrer los bellos sitios de aquel lugar

que mil veces habia oido describir por mi tio en sus viajes a Santiago.

A la mañana siguiente, en efecto, apenas rayaba el sol salí por el Este de la poblacion, subiendo la pequeña colina que baja a la playa del mar.

No estrañes, me dijo Ismael, interrumpiéndose, que me detenga en estos detalles: conservo aun tan vivas las emociones de aquéllos dias, que siento un triste placer contártelas habiéndolas guardado por tanto tiempo en mi memoria.

Sobre esa hermosa colina, continuó, tendí con ávido placer mi vista sobre el rio que por muchas leguas se divisa, contemplando las lejanas velas de las lanchas que siguen o suben su corriente. Miré por primera vez de mi vida el mar que se esplayaba majestuoso ante mis ojos sorprendidos, y sentí, por primera vez tambien, ese vago terror que se apodera del alma en la contemplacion de la inmensidad. La húmeda y fresca brisa que, jugando con mis cabellos, refrescaba mi frente; el ronco ruido de las olas que venian a estrellarse en la arenosa playa, esparciendo por todas partes su alfombra de blancas conchas; la niebla que velaba a lo lejos los horrores del ajitado mar; los pájaros que pasaban rosando con su blanco pecho las espumosas crestas de las hondas; todo aquel cuadro grandioso, nuevo para mí, llenando de pavor mi alma, retenia mis ojos fijos en él bajo el imperio de una estraña e irresistible fascinacion. Y luego al verme solo, al contemplar mi porvenir, tan incierto como

el horizonte sombrío que ante mí se desplegaba, volví hácia otro lado la vista, cerré por un momento mis ojos bañados en lágrimas y ahogué con trabajo un suspiro que exhalaba mi pecho acosado de repente por un pesar desconocido. ¡Estraña condicion de ciertas almas superticiosas! el dolor dominaba tronchando en un instante mis venturosos proyecto! En vano miré despues la risueña poblacion con sus verdes arboledas; envalde busqué en las hermosas riberas del Maule la fresca impresion que el campo me habia prometido: las sombras que acababan de bajar a mi alma estendian su fúnebre manto sobre el pintoresco paisaje que por todas partes se estendia a mis piés. Aquel silencio, aquella soledad que dos horas antes buscaba con ardor, traian a mi espíritu amargos presentimientos que, como una bandada de aves misteriosas, cernian sus alas en torno de mi frente, nublando a mis ojos el risueño sol de la mañana y helando mi sangre como en vista de un inminente peligro.

Por un violento esfuerzo me arranqué de aquel letargo, y despues de despedirme del mar, de la plateada franja del rio, de todo lo que al llegar habia saludado con entusiasmo, bajé precipitadamente la colina y atravesé el pueblo con paso acelerado hasta llegar a la casa del tio. El buen hombre estaba allí, y dormia, segun me dijo la criada, para reparar la mala noche pasada en la lancha. Fuíme entonces al cuarto que se me habia destinado, y registrando en mi maleta hallé ese libro que Zimmermann ha sellado con la poesía de su alma: *La Sole-*

dad. En el estado en que me habia puesto mi paseo, recorrí sus pájinas con el placer que todo lo triste nos participa, cuando creemos encontrar un eco a las quejas de nuestro corazon. Aquellas líneas donde, a su pesar, se divisa la melancolia de su autor, cuadraron tan bien con la tristeza que comenzaba a invadirme, que me hallaba ya a mil leguas de Constitucion, retirado en alguna aldea alemana, a orillas del Rin, lejos de mundanas tormentas, cuando oí la voz de mi tio que preguntaba por mí y al mismo tiempo le ví entrar al cuarto y estrecharme entre sus brazos con el mas sincero cariño. Luego vinieron los informes sobre todos los de la familia, despues de lo cual me dijo:

—Temo que hayas elejido un mal lugar para paseo, si es que miras las cosas bajo el punto de vista de la diversion,

—Mi principal objeto, contesté, ha sido buscar el temperamento, porque en mis últimos estudios mi salud ha sufrido mucho.

—Es cierto, dijo él, te encuentro flaco.

—De manera, continué, que es necesario que Vd. no se inquiete por diversiones para mí.

—No importa, el restablecerse no impide divertirse, me dijo golpeándome el hombro; pero, como tú sabes, vivo retirado y solo tengo amistad aqui en una casa donde voi a jugar mi malilla: ven conmigo esta noche y te distraerás un rato.

—Pero tio, dije, yo no entiendo una palabra de malilla.

—Tanto mejor, conversarás con las niñas que no juegan.

—Ah ¡hai niñas? pregunté animado ya con la visita.

—Sí, hai dos.

—¿Y..... qué tales son?

—Esta noche las verás y me dirás tu opinion, dijo sonriéndose mi tio.

Nuestra conversacion rodó luego sobre otros asuntos.

Mi tio, alejado de Santiago desde algunos años, se informó de todos los cambios, de todos sus amigos y de todos los negocios: durante dos horas no hizo él mas que preguntar y yo nada mas que responder.

La noche llegó por fin, y a las ocho nos pusimos en marcha hácia la casa donde debia mi tio presentarme: durante el camino me habló de las personas que íbamos a ver.

—Las niñas son dos, me dijo, y principio por lo que mas puede interesarte, aun cuando quieras hacerme creer que tienes tendencias de misántropo.

—Le aseguro que no me siento con vocacion de galan, le dije; sin embargo que esperaba impaciente la descripcion de aquellas flores provincianas.

—No importa, exclamó él, eres hijo de Eva y tarde o temprano te enamorarás.

—De manera que V. piensa que es un mal al que todos están sujetos, como las viruelas, por ejemplo, dije yo.

—Eh, eh, ciertamente; a menos de haber inoculacion del antídoto.

—No importa, dije viendo que estábamos a

punto de separarnos del asunto principal y de mas intereses; vamos a las niñas.

—Pues bien, continuaré: la primera, es decir la mayor, es viuda, tiene diez y nueve años y de su matrimonio un hijo; es bellísima y de esmerada educacion: se llama Laura.

Aquí mi tío hizo una pausa, como para dejarme reflexionar sus palabras. Yo repetí en silencio el armonioso nombre, poetizado por los desvelos de Petrarca, y sentí latir mi corazón con una alegría semejante a la de los niños que se preparan para ver una función de teatro. ¡Laura! repetí, sintiendo, como el Rafael de Balzac, que aquel nombre poseía una estraña fascinación. Una mujer de diez y nueve años, viuda y bellísima, me dije, ¿no es una magnífica promesa para el corazón, uno de esos ángeles que invocamos a toda hora, nosotros los enamorados del amor?

Estas primeras impresiones, naturales en el alma como el llanto que vertemos al nacer, las mas espontáneas del corazón, no se borran jamas de la memoria. Un solo nombre de mujer disipaba mi tristeza y mi fatiga, para mostrarme todas las riquezas de uno de esos poemas imposibles; castillos en el aire donde depositamos nuestro tesoro de devaneos. Con la arrogante petulancia de la juventud me creía ya en posesión de un nuevo porvenir, y con la coquetería tan natural en los que aspiran a ser amados, pensé con orgullosa satisfacción en mis grandes ojos negros, que tanto regocijaban a mi madre, dando gracias al cielo por una belleza que hasta entonces me habia parecido inútil.

—¿Y la otra? pregunté despues, queriendo disimular mi preocupacion.

—La otra es soltera, me contestó él; es bastante donosa, pero mui lejos de igualar a su hermana: se llama Florentina.

Mi tio hizo aquí una nueva pausa que no produjo el mismo efecto que la anterior: mi eleccion estaba ya hecha.

—¿Y siempre han vivido ellas en Constitucion? pregunté.

—No siempre, contestó mi tio, Laura reside con su hijo en Valparaiso, a donde Florentina va por dos meses todos los años, viviendo aquí los diez meses restantes al lado de su padre.

—¿Y el padre, qué clase de hombre es?

—Hombre mui severo, por el cual sus hijas tienen mas bien respeto que amor. Por lo demas, es amigo de la plata como todo hijo de vecino y desea encontrar un marido rico para su hija soltera.

—Habiendo dos mujeres bonitas, dije, no debe ser Vd. el único visitante de la casa.

—Casi el único, porque sin contar con dos viejos que no figuran mas que en la malilla, no viene a la casa otro hombre mas que el hijo de un comerciante pobre de este puerto, llamado Adriano.

—Siendo pobre, observé, no debe ser mui bien recibido.

—Por el padre nó; mas por las niñas con mucho cariño.

En esta conversacion llegamos a la casa y penetramos en una gran sala, en la que habia

cuatro hombres y las dos niñas de que habia hablado mi tio.

—Señorita: mi sobrino Ismael, dijo mi tio presentándome a Laura; la esperanza de la familia, añadió sonriéndose para aumentar mi turbacion.

Las dos hermanas me hicieron un saludo seco-ofreciéndome una silla. El jóven que mi tio habia dicho llamarse Adriano me saludó tambien con marcada frialdad.

La acojida no era, por cierto, alentadora, y el golpe dado a mi amor propio demasiado fuerte para que yo no resolviese pronto reponerme de aquel jaque recibido en mi primera visita. Mas apenas me senté, mis ojos se fijaron sobre Laura. Mi corazon, nuevo en la vida, lo olvidó todo; disipóse mi disgusto, y sin cuidarme de los otros la examiné con ávido empeño. Vestida con esa tela llamada *barés*, que presta a las mujeres el aspecto flotante y vaporoso de las sílfides; con sus abundantes cabellos simétricamente peinados; con sus lánguidos ojos de celestial dulzura, Laura me pareció superior a las creaciones de mi cerebro, una de esas mujeres revestidas por su belleza de un carácter distinto a las demas y que solo nos es permitido contemplar en silencio, sin alzar jamas hasta ellas nuestra humilde veneracion. Imposible me pareció que sus delicadas mejillas, que sus lábios húmedos, que su altiva frente de reina hubiesen podido ser profanados par las caricias de un hombre. Segun mi deseo, cambié la bella viuda en la casta vírjen de un santuario, en la

flor de un bosque ignorado, donde ni los rayos del sol podían penetrar. Sentada sobre un sofá y reclinada sobre el brazo con ese abandono voluptuoso, propio tan solo de ciertas mujeres que saben, llenas de recato, tomar mil actitudes de desesperante coquetería, me puse a ver en Laura el sueño de mis veladas, la juguetona maga que se divertía en turbar mis estudiantas tareas, la idealización de mis delirios bajada del cielo para recompensarme con usura mis primeros sufrimientos. Mirándola, creí aspirar el perfume de su aliento, creí sentir bajo mis dedos el suave contacto de sus cabellos, y la blancura de su cuello me produjo una sensación semejante a la de un vahido de cabeza, sintiendo humedecerse mis ojos cual si experimentase una alegría inesperada y violenta.

Laura notó tal vez la admiración pintada en mi semblante, porque sus mejillas, de una suave palidez, se cubrieron de un ligero encarnado, y para sustraerse a mi obstinada observación me dirigió la palabra, hablándome con naturalidad sobre las mil frivolidades que componen casi siempre la conversación de las personas entre quienes no reina aun la confianza. Yo la oía, admirando el timbre de su voz, que removía una a una las más delicadas fibras de mi corazón; contemplando, arrobado de placer, sus blancas manos de uñas transparentes; su delgada cintura de muelle flexibilidad; besando, con la imaginación, sus grandes ojos y suspendido a su sonrisa con religiosa concentración. Su lenguaje despertó en mi pecho una

multitud de emociones diversas; bellos atributos de una alma vírjen que por primera vez se mece al cadencioso compas de los cariños del amor. Con la sencillez de la verdad y movido por la mas tierna confianza referí a Laura mi vida estudiosa y melancólica, mis indeterminadas aspiraciones, mis largos pesares y mis fugaces alegrías. Ella me escuchaba con placer, sonreía con ternura a la sombría descripcion de mi carácter, y aprovechándose de algunas palabras que con vaguedad habia yo pronunciado sobre estudios de música

—¿Toca Vd. el piano? me preguntó.

—No, casi nada, contesté; he querido aprender a cantar y el tiempo me ha faltado.

La conversacion rodó entonces sobre la música, haciéndome descubrir en Laura la misma educacion, la misma sagacidad de espíritu que desde sus primeras palabras me habia cautivado. A instancias mias tocó en el piano varias cosas de gusto, revelando la mas acabada ejecucion, y me exigió despues que cantase algo, lo que ejecuté con la vehemencia de un hombre que quiere impresionar a su auditorio.

—Tiene Vd. una lindísima voz, me dijo, cuando terminé acompañado por ella.

El elogio me llenó de orgullo, haciéndome levantar la frente para recibir la aprobacion de todos. Mi posicion en aquella sociedad era ya mui distinta de la que al llegar me habia cabido: el jóven, que tan friamente me saludó al entrar, pareció aun mas contrariado con mi triunfo y permaneció silencioso en medio de los elogios que los otros me dispensaban. Lue-

go, me dije al salir y como reasumiendo mis ideas, mas se debe esperar de un romance bien cantado que sobre la adquisicion de mil noches de estudio.

Durante la vuelta, mi tio me habló sin cesar de las combinaciones de su malilla, mientras yo caminaba a su lado oyéndole en apariencia y mui distante de comprenderle. Mi espíritu entraba en los preliminares de la gran batalla del amor, e instintivamente yo reunia mis fuerzas para el ataque. En la noche, las paredes de mi cuarto recibieron mi confianza, contada con todo el fuego de la impresion reciente. Al llegar me habia sentado junto a la mesa apoyando en mi mano derecha mi frente abrasada: mis ojos se detuvieron sobre el libro de Zimmermann que en la mañana habia leído. Le abrí por casualidad en el noveno capítulo, y apenas hube leído estas simples palabras: «La paz del alma en este mundo es la suprema felicidad» una incrédula sonrisa se dibujó en mis labios—Alto ahí, señor solitario, esclamé; difícil, mui difícil me parece que con *el murmullo de las cascadas, el frescor de los bosques y los suspiros del viento*, se puedan satisfacer en el corazon las exigencias de las pasiones; y luego, sin pasiones ¿qué seria del hombre? produciria alguna idea? quién asegura que habria virtud?—En dos horas, como ves, mi corazon amante de la simplicidad, se habia trastornado para vagar en esos espacios imaginarios siempre poblados de hermosas mujeres, a todas las cuales yo sustituí a Laura multiplicada por mi entusiasmo, como las luces que

divisa un beodo con el único consuelo de un candil. ¿Qué mas tenia yo que tal infeliz, al ponerme a iluminar mundos enteros con la incierta luz de una remota esperanza?

No obstante todo esto, en la noche dormí profundamente.

VI.

A la mañana siguiente salí en silencio de la casa para no ser oído por mi tío y me dirigí a la misma colina que el día anterior habia visitado. ¡Ah, cuánto el inmenso panorama de un grato recuerdo de mujer puede transformar nuestras ilusiones ópticas! Los mismos objetos que me habian entristecido, me sonreian alegremente, invitándome a esas sentidas confianzas que hacemos a la soledad cuando acariciamos una impresion que quisiéramos prolongar. No ví en el mar mas que un fiel confidente de las almas solitarias y sentí que el ruido de sus olas, al venir espumeantes a estenderse en la arena, hablaba a mi corazón ese lenguaje amigo que nos engolfa en interminables repeticiones de la idea querida. Todo habia dejado su ropaje de duelo para tornarse en festiva complacencia; un nuevo y espléndido horizonte abrió sus puertas a mi fantasía mostrándome los deslumbrantes mirajes con que el amor engalana los desconocidos campos del porvenir; mi memoria, con el fuego de la juventud, detallaba los brillantes tesoros de la belleza de Laura y me hacia escuchar en el alma, recojido en mí mismo, el melodioso acento

de su voz argentina. Entonces, para prolongar mi ilusion, entoné el romance que habia cantado en su presencia, cual si mi voz hubiese podido llegar hasta ella, enviándola en cada nota los torrentes de amor que de mi alma desbordaban.

Las diez de la mañana me sorprendieron en aquel lugar, antes que hubiese sentido la marcha de tiempo. Bajé la colina, alegre como Juan Jacobo cuando encontró la vincapérvinca, deteniendo mi vista en cada paisaje para relacionar su poesia con la poesia de mis nuevos sentimientos.

Durante el almuerzo, mi tio notó mui luego mi alegria; descubrimiento que lo hizo sonreirse como si leyese en mis ojos lo que pasaba en mi corazon.

—Creo, me dijo, que el temperamento te hará mucho bien, pues ya veo en tu semblante un cambio completo.

—Total, mui completo, murmuré inclinándome para ocultar mi turbacion y tomando un trago de té.

—Dime ¿estás contento con tu visita de anoche?

—Muchísimo, contesté; por cierto que no me figuraba hallar en Constitucion tan escojida sociedad.

—¿Lo dices por el piano? preguntó él sonriéndose.

—Eh, no, por las niñas, contesté.

—Me parece escusado preguntarte cuál de las dos te ha gustado mas, dijo mi tio.

—¿Por qué? exclamé con esa hipocresía que

tomamos para ocultar nuestras impresiones; hipocresía que en tal caso puede llamarse el pudor del sentimiento.

—Porque te creo hombre de mui buen gusto, y con tu cara puede mirarse mui alto.

Aquel cumplido a quema ropa me hizo ruborizarme, con lo que mi tío se puso a reir de mui buena gana: despues, serenándose, me preguntó:

—¿Ningun amorcillo has dejado en Santiago?

—Ninguno; jamas he visitado, le contesté.

—Tanto peor, tanto peor, dijo dos veces meneando la cabeza.

—No veo el mal, observé admirado de aquella desaprobacion.

—Pues yo lo veo, y voi a decírtelo, exclamó mirándome fijamente. Te hablaré con franqueza: esto no puede dañar entre un tío que quiere de veras a su sobrino, y éste, que jóven y sin esperiencia, puede como un ciego, estrellarse contra el primer obstáculo que se le presente.

—¡Jesus! qué tono, exclamé riéndome.

—No te rias, te hablo sériamente, dijo él: en primer lugar, Laura te ha gustado.

—Como a Vd., como a todos, me parece.

—No, no, cuando digo te ha gustado, quiero decir, te ha preocupado anoche y hasta ahora.

—¿Eso cree Vd.?

—¡Cáspita! seria necesario ser ciego para no conocerlo.

—Vamos, convengo en ello.

—Muy bien; pero esto no es todo: Laura es joven, viuda y rica.....

—Tanto mejor, interrumpí.

—De consiguiente, prosiguió él, es un bellissimo partido para un abogado en yerba, que por suma total de haber, obtiene esperanzas.

—Creo que no es poco, cuando éstas son buenas.

—No lo niego; sí, son buenas. Pero amigo, el bufete es un dios caprichoso, como que es hijo de la fortuna y del crédito, dos divinidades esencialmente inconstantes. Casarse con Laura, hé aquí la gran victoria.

—Pero, tío, exclamé, Vd. viaja a carrera tendida. ¡Qué lójica, Dios mio! ¿quién ha hablado de casamiento?

—Diré, si gustas, de otro modo: lo bueno sería hacerse amar por ella.

—En fin así.....

—Bueno; hé aquí el busilis de la dificultad. Las personas que han visto a Laura en Valparaiso cuentan que jamas se la encuentra ni en bailes, ni en paseos, y que parece empeñarse en huir de la sociedad: dicen que vive completamente sola.

—Es muy extraño en una mujer hermosa.

—De aquí puede inferirse que una niña bellissima, viuda de un hombre a quien es notorio no amó nunca y que de tal manera se aísla, tiene algun motivo para huir de los hombres, y por consiguiente, del amor. Sin duda algun misterio de su vida pasada la obliga a negarse a dar la felicidad a ninguno de sus numerosos adoradores. Por otra parte, acabas

de confesarme que visitas por la primera vez, lo que me hace ver que te hallas espuesto a enamorarte buenamente, con la lealtad de tus años, y despues de mil suspiros tendrás que retirarte, cuando menos sentando como principio incontestable que las mujeres no tienen corazon, por la sencilla causa de que no habrás podido hacerte amar por una de ellas.

—En tal camino de suposiciones, le dije, Vd. puede ir a parar mui lejos.

—No hago mas que partir de una hipótesis, como casi siempre se procede en todo raciocinio; a menos que prefieras lo que los matemáticos llaman *prueba por el absurdo*.

—Lo que mas absurdo me parece, tio, es suponer que yo haya de enamorarme, y dado caso que así fuese, que debia desesperarme en caso de desgracia.

—Sin duda, exclamó él, te desesperarás. Ademas, semejante *fiasco* en tu primer ensayo amoroso, te haria necesariamente aparecer ante la sociedad en que vas a vivir como un hombre vulgar que no ha tenido la agudeza suficiente para hacerse valer. Pretendes a una mujer rica y no la alcanzas, te arruinas. «Es un tonto» dirán los unos, «un infeliz» dirán los otros, y estos títulos, ahuyentando a los litigantes, despueblan espantosamente el bolsillo.

—¿Y el motivo de ese aislamiento? pregunté sin hacer caso de las reflexiones de mi tio; Vd. que es amigo viejo de la familia debe conocerlo.

—Nada, absolutamente nada, contestó él. Como hasta ahora no habia visto en Laura mas que una mujer bonita, me contentaba con

oir lo que se dice, y no habria vuelto a pensar en ello si tú no hubieses venido.

—¡Ah, bah! exclamé, queriendo afectar esa indiferencia que a cierta edad hacemos alarde de tener; yo estoy mui lejos de enamorarme.

—No afirmo lo contrario; pero vámonos con tiento. El amor como toda pasion es una pendiente resbaladiza: ¡cuidado con el primer paso!—Créeme, Ismael, a tu edad sobre todo es un juego espantoso, en el que jamas apostamos por parte, sino arrojando todo nuestro capital al primer convite con lamentable confianza. Un pobre jóven no debe dejarse embriagar por esas sirenas de mirada de ángel y corazon de mármol. Además, es necesario de que cuentes con que hai ciertas mujeres que se aman demasiado a sí mismas para tener lugar de dedicarse a otra pasion: ¿y si Laura es de ellas? O tambien puede querer demasiado a su hijo para darle un padrastro, ese vampiro de los hijos ajenos en beneficio de los propios.

—Oh, no, exclamé; cómo puede haber en ella nada de lo que Vd. piensa.

—Sea como fuere, contestó mi tio, ella hu-ye de los hombres; faerte motivo para no ponerse en su camino.

VII.

Despues de comer me fuí a la playa, elijiendo para sentarme una roca de mucha elevacion, desde donde tenia un magnífico punto de vista. La conversacion de mi tio me habia preocupado de tal manera que solo ví cuando

se hallaban mui próximas del lugar que yo habia tomado, a Laura y Florentina que pasaban a caballo por la playa, acompañadas por Adriano, el jóven que habia visto en la casa la noche anterior. Hícelas un saludo, al que contestaron con amabilidad, y luego las ví alejarse y perderse poco a poco de vista, con lo que yo me hallé distraido de mis meditaciones, deseando con ansia ver llegar la noche para hacer mi segunda visita.

Laura tenia ya mil veces mas prestijio ante mis ojos como todo lo que parece estarnos vedado. Huir la sociedad hallándose dotada de una belleza que por todas partes debia brillar eclipsando a las otras, me pareció un misterio que yo debia investigar, puesto que por una de esas mudas protestas que hacen los hombres que principian a amar, habia jurado ya unir mi destino con el de ella, aun cuando fuese yo el único contrayente.—Pues bien, yo lo sabré—esclamé cuando aun divisaba a lo léjos el elegante cuerpo de Laura, graciosamente sentada sobre su caballo, proyectarse en el horizonte amarillento de la tarde. Aun divisaba flotar la pluma de su negro fieltro, cuando por una mirada de indefinida pasion la enviaba las solemnes protestas de mi amor naciente que, con los nuevos obstáculos, cobraba mayores proporciones. Despues, como era mui natural, pensé, y no sin cierta inquietud, en aquel jóven, que parecia íntimamente ligado a ellas por la familiaridad con que por ambas era tratado, y por uno de esos impulsos del corazon que nos atrevemos a llamar

presentimientos, sentí una secreta aversion contra el que de antemano creí mi rival, resolviendo observar sus acciones como si me hallase con derecho de hacerlo.

En la noche, mi tio y yo nos fuimos a la casa, donde se me hizo una recepcion mucho mas afable que la noche precedente. Laura me dirigió la palabra así que me hube sentado junto a ella, hablándome de las bellezas del lugar con un entusiasmo que revelaba un corazon mui accesible a todo noble sentimiento. —Imposible que esta mujer no sea capaz de amar, me decia a mí mismo, mientras ella me describia con rara suavidad los mas hermosos lugares del puerto.

—Vd. va a creer que soi una romántica consumada, me dijo al terminar; pero puedo decirle a Vd. con franqueza que la causa de mi entusiasmo es que de los doce meses del año, los dos que aquí resido son los mas felices.

—No obstante, en Valparaiso, repliqué queriendo traer la conversacion a un terreno mas personal, hai muchas diversiones, y para una persona jóven debe ser el lugar mas agradable de Chile.

—¿Vd. no ha estado nunca allí? preguntó ella.

—No.

—Es un lugar fastidiosísimo, repuso.

—Me han hablado, sin embargo, dije obstinado, de bailes a bordo, paseos y reuniones particulares.....

—En cuanto a eso, le confesaré que soi mui

poco amiga de diversiones. Aquí vivo con mi hermana, salgo con mas libertad y sin estar sujeta al espionaje con que tantas personas se complacen en rodear a las mujeres.

Mil preguntas se agolpaban a mis lábios; mas no me atreví a hacerlas temiendo rayar en indiscrecion: contentéme, pues, con aquella respuesta y me quedé pensativo, afectando la mayor indiferencia del mundo, cuando a cada instante Laura me parecia mas bella, y a medida que mas hablaba con ella, su influjo sobre mí aumentaba en creciente progresion.

Vestida con su natural elegancia en aquel lugar tan apartado, adornada con los atractivos de una brillante educacion, realzada por un talento poco comun, sentia yo por momentos que Laura podria ejercer en mi voluntad el mas despótico imperio, y calculaba, con la sonda que mi tio habia puesto en mi mano, la profundidad del abismo en que, cerrando a propósito los ojos, estaba decidido a sumirme. ¿No es en efecto una de las mas hermosas abnegaciones de la juventud el concentrarse en un solo pensamiento, acariciarlo aun cuando sea huérfano, preferir sus agitaciones a la paz de la indiferencia, y hallarse pronto a dar su jenerosa sangre, por una mujer que ignora tal vez el magnífico holocausto? Mi corazon entero volaba hácia ella con fuerza irresistible, pues llevado de esa vanidad que nos hace creer que el cielo toma parte en nuestras miserias, me dije, por la milésima vez en una hora, que Laura habia sido creada para tornar el hastío de mi vida en la inefable felicidad de los que

encuentran su paraíso en la tierra. Su incomparable hermosura reasumía perfectamente para mí los diseminados tesoros de las caprichosas deidades creadas por mi cerebro después de una de esas tardes en que volvía solo a mi pobre cuarto, habiéndome paseado en la Alameda, y cuando flotaban confusas en mi espíritu las mujeres que acababa de ver, elegantes, hermosas, risueñas, desdeñando arrojarme una mirada, ánjeles de un paraíso cuyas puertas me estaban prohibidas. ¿No era bastante todo esto para hacerme perder la razón y consagrarla mi alma?

En la noche canté varias cosas, cediendo al vivo deseo que ella me manifestaba, y entre ellas el romance de *l'Éclair* que un francés me había enseñado en Santiago y al que Laura pareció cobrar particular afección. Al retirarme me dijo—hasta mañana—con un acento que me hizo estremecer de alegría.— ¡Ah! exclamaba en el camino, esa voz debe ser la más suave música, diciendo: «sí, yo te amo!»

Dos semanas se pasaron así sin que yo notase en Laura el menor cambio: siempre la misma sonrisa en los labios, la misma mirada cariñosa, la misma voz de una armonía particular, mientras que mi pasión crecía con espantosa rapidez. Muchas noches al entrar a mi casa, y cuando me hallaba libre del dominio de sus ojos, tachaba de injusto al cielo por no haber puesto corazón en una de sus obras más perfectas, atribuyendo a falta de sensibilidad la constante indiferencia de Laura. En

medio de mi desesperacion me preguntaba con espanto si los cálculos de mi tío deberian cumplirse, con lo que mi ánimo, naturalmente temeroso, me hacia creer que me hallaba bajo el dominio de una terrible fatalidad: luego con ese instinto de celos que jermína en el fondo de todo amor grande, recordaba que Laura tenia frecuentes conversaciones con Adriano, que casi siempre se hallaba a su lado.—Pues bien, lucharemos si es necesario, me decia forjando en mi cabeza mil proyectos locos, devorado por esa fiebre que escita el ánimo en la duda. Y cuando habia recorrido toda la escala del sentimiento, desde las doradas esperanzas hasta la punzante desesperacion del desconsuelo, desde el tierno idilio de enamorados suspiros hasta la desgarrante elejia de ahogados sollozos, comenzaba a escribir desatinadas cartas que al dia siguiente rompía con desprecio.

Un acontecimiento imprevisto cambió repentinamente la escena.

Dos noches se pasaron sin que yo fuese a la casa de Laura; dos noches durante las cuales me encerré obstinadamente so pretesto de un fuerte dolor de cabeza. En la tarde del tercer dia me hallaba sentado en mi roca favorita, tratando de burlarme de mí mismo para cortar el mal que me destrozaba y proponiéndome dejar aquel lugar que tan funesto presajaba serme.—En Santiago, pensé yo, al cabo de un mes, trabajando dia y noche, todos estos pezares, pasados al dominio de los recuerdos, me aparecerán sin duda como la memo-

ria de una noche de embriaguez, de la que al día siguiente nos avergonzamos: estas orjías de mi cerebro, abundantes en pesares cuanto mezquinas en alegrías, consideradas a través del tiempo y la distancia me harán sonreír de lástima por mi debilidad y tal vez alegrarme orgulloso de mi fuerza. Allí nada me hablará de ella y luego la necesidad es un cruel maestro y yo tengo necesidad de estudiar.—Al fin de este monólogo de niño fanfarron, que cree en el poder de la voluntad, sentía un secreto pesar apoderarse de mí con la sola idea de no ver mas los paisajes del puerto, confidentes de mi amor y mis pesares; y entre las razones que el espíritu nos suministra cuando el deseo nos inclina a algo, tachaba de cobardía mi resolución, como esos detractores del suicidio que pretenden que hai mas valor en vivir que en romperse el cráneo de un pistolazo.

Sin duda la noche me habria sorprendido en aquella indecision si no hubiese divisado venir a lo léjos a Laura y su hermana, acompañadas como siempre por Adriano: mis proyectos de viaje se desvanecieron solo al verla; agolpóse mi sangre al corazón que latía con estremada violencia, y con la rabia en el pecho juré permanecer en Constitucion hasta estar persuadido que no era amado por Laura.

Entre tanto ella, Florentina y Adriano avanzaban hácia mí. A distancia de una cuadra, Laura que marchaba adelante dobló un recodo de la playa, formado por un montesito de arena, y apenas habia dado la vuelta una

bandada de graviotas, asustada con la presencia repentina del caballo, se levantó con estrépito, pasando sobre la cabeza de Laura: encabritóse el caballo con aquel movimiento y bajando despues las manos emprendió tan veloz carrera que yo sin tener el tiempo de reflexionar, y olvidando la altura de la roca en que me hallaba, me dejé caer de ella sobre la arena y tuve la suerte de hallarme en pié para sujetar el caballo desbocado. Laura dió un grito al verme caer y cuando, teniendo por la brida el caballo, la presenté mi mano para bajarla.—¡Qué imprudencia, Ismael, me dijo, exponerse con tanta temeridad!—Esas palabras, pronunciadas con la mas profunda conmocion, me estremecieron de placer: su mano que estrechaba dulcemente la mia, por efecto del miedo tal vez; sus bellos ojos que se fijaban en los míos, húmedos de emocion y de espanto, todo me turbó de tal manera, que permanecí mudo algunos instantes, absorto en contemplarla y perdido en ese limbo de completo olvido en que nos arroja el destello de las miradas queridas.—Creo que será mas prudente bajarme, dijo ella rompiendo el silencio; y apoyándose apenas en mi hombro se deslizó hasta tocar el suelo, rozando mi frente con los flotantes bucles de sus cabellos.

Florentina y Adriano llegaron al galope algunos momentos despues: los caballos fueron enviados a la casa con un hombre que pasaba por allí: Adriano ofreció su brazo a Florentina y marcharon delante de nosotros. Laura y yo hicimos en silencio los primeros pasos,

como dos personas que temen entablar una conversacion no sabiendo por donde principiar. Parecíame oír aun su dulce voz, repetida por los ecos de mi alma con la alegre vibracion del amor, y sentíame a tal punto turbado que temia me traicionara el movimiento de mi sangre en la parte de mi brazo que tocaba con el suyo. Como Scévola, habria podido poner mi mano en un brasero ardiendo con tal que hubiese sentido a mi lado su afanosa respiracion, sobre mi brazo el muelle contacto del suyo apoyándose a veces a mi corazon, obligada por las asperezas del camino. Por no separarme de ella, por recibir como entonces sus inquietas miradas, hubiese querido arrojarme en medio de las aguas y apurar en un abrazo de moribundo los deleites que acaso siempre me negaria el porvenir. Andando así, mi sangre circulaba en torrentes de fuego.—¡Ella te amará! me decian las brisas del mar, depositando al pasar en mi oído sus húmedos cariños; y esa brillante predicción, enjendrada por mi deseo, la repetian las aves marinas que pasaban sobre nosotros a buscar sus nidos ignorados; decíanla también las blancas olas con su eterno murmullo, y las campanas del pueblo que tocaban la oración, habían cambiado para repetirla, en sonidos alegres, su lúgubre clamor. Mis ojos, alucinados con la violenta conmoción de mis sentidos, la veían escrita sobre la suave arena de la playa, en las antiguas rocas de musgosa vestidura; adentro del mar, en la niebla que velaba el infinito, en las floridas colinas que nos enviaban sus tesoros

en ondas perfumadas. Nuevo Adan, me hallaba en el espléndido paraíso del sentimiento, llevado allí por la mano de Dios, con el alma casta, como un seno de virgen, fecundo terreno donde las flores del amor debían alzarse con gallarda lozanía.

Marchando al lado de Laura sin decirle nada, sentía mi corazón engolfado en las aguas tempestuosas de un mar de infinitos placeres, verdadero elemento de alegres riberas donde el corazón se deja arrullar por las hadas, dormido en el seno de esa beatitud inefable que se apodera de nosotros, cuando por una rareza inaudita nos creemos poseedores de una felicidad completa. Sin encontrar palabras propias para expresar mi arrobamiento, la decía sin articular una voz, en un lenguaje de poderosa elocuencia, el corto poema de mi amor, fecundo en emociones si bien corto en acontecimientos felices; contábala mis abundantes y poderosos sentimientos, la eterna duración de mi constancia, detallándola los primores del santuario de mi alma, donde ella reinaba como divinidad.

—Muy admirador de las bellezas de este lugar parece Vd., me dijo Laura, como inquieta de nuestro largo silencio; creo, añadió, que es la segunda vez que le he visto sentado en esa roca.

—Es cierto, contesté, Vd. tiene una memoria feliz, es la segunda vez.

—Cuánto me alegro que este lugar le agrade, exclamó ella.

—Nada más natural, repliqué; esto es tan

nuevo para mí, pobre estudiante que durante largos años he tenido por único horizonte las cuatro paredes de mi cuarto, que oyendo hablar a Vd. en noches pasadas sobre las magnificencias de este suelo, me he dado a contemplarlo con todo el entusiasmo que verdaderamente infunde.

—Vd. quiere atribuirme un mérito que no poseo, dijo ella; poco habría valido mi exaltación si Vd. no se hallase aquí tan desocupado que toma este pasatiempo como cualquiera otro; por ser el único que se presenta tal vez.

—Sobre esto no disputaremos, dije yo; Vd. tiene su opinión, y gustándome demasiado la mía, prefiero no discutirla. Además, añadi después de un corto silencio, al dejar mi aislamiento y a medida que tomo posesión de la vida ordinaria, veo que para ciertas personas sensitivas, llamando así a aquellas en que toda impresión produce un eco prolongado, los placeres de la naturaleza deben formar una segunda religión.

—¿Y Vd. se cuenta entre esas personas? preguntó Laura.

—Tengo ahora esa pretensión, contesté, y Vd. misma, que con tanto entusiasmo me ha hablado de este puerto ¿no encuentra que nuestras tendencias panteístas se hallan justificadas con los goces purísimos que la naturaleza nos vuelve en cambio de nuestro culto? Donde el alma esplaya sin temor la voz de sus aspiraciones; donde los objetos que nos rodean se asocian placenteros a nuestras alegrías y pesares; donde a cada sentimiento nuevo que al-

borea en nuestro pecho, ella responde con una nueva caricia; donde podemos, en fin, confiar en cuanto sentimos, ¿no debe ser esa la patria de la parte inmaterial de nuestra esencia? sobre todo, cuando vivimos solos y creemos con acendrada fé en ese mundo de magníficas fantasías que llamamos amor?

—Sin duda, dijo ella sonriéndose, para un misántropo.....

—¡Para un misántropo! repetí helado ante aquella sonrisa que me hacia desplomarme desde la altura en que me hallaba, al suelo glacial de la realidad: ¿quién ha dicho que yo lo sea?

—Su tío de Vd.

—Bah! exclamé tratando de darme una tranquilidad de que me hallaba mui distante, mi tío llama tal vez misantropia las vacilaciones naturales en un jóven que duda de sí mismo.

—Por ser jóven Vd. no debe dudar, replicó Laura; pasados los afanes de los estudios, Vd. es dueño de la vida; ¿por qué como a tantos no ha de serle propicia? Hai algo que le impida para siempre ser feliz?

—Oh! no, nada en verdad.....

—Tal vez mi pregunta llama una confianza que no tengo derecho de exigir.

—Tal confianza me honra sobremanera, contesté conmovido.

Y por cierto que aquellas preguntas, hechas con su mas suave inflexion de voz, me daban terribles tentaciones de declararle mi amor, mas el orgullo y la timidez me hacian fuerte

contra ellas. Parecióme un pobre espediente estallar con una declaracion, cuando, presumiéndolo mejor, sus palabras indicaban solo una amistad delicada y sincera.—Decirla que la amo, me dije, será pedirle la limosna de su amor cuando ella se adelanta a ofrecermelo solo consejos amistosos. Y luego, pensé, ¿qué triste figura la de un hombre que toma al vuelo palabras insignificantes para decir, estoi triste, consuélame Vd., Vd. debe corresponderme porque yo la amo.

—Si algo hubiera en mi vida que mereciera ser confiado a una persona amiga, añadí despues de estas reflexiones, se lo referiria a Vd. con la mas franca sinceridad.

—Y entonces, ¿por qué desalentarse?

—Acaso no podré explicarla lo que yo mismo no comprendo. Hai estados del alma, durante aquellos momentos de incierto pesar, cuando divisamos el porvenir como un campo estéril, mientras que quisiéramos fecundizarlo con el aliento que nos anima, que son aciagos para el corazon y que nos hacen sentir ese inexplicable deseo de soledad, aspiracion indefinida que causa el primer desarrollo de las pasiones: en estos instantes hai hombres que solo aislándose respiran con holganza, así como hai otros que piden sus consuelos a la embriaguez.

—Los hombres son inexplicables, murmuró ella.

—Ademas, continué, es una locura creer que un hombre jóven se aparta de los otros para nutrirse de pesares: es el efecto de una co-

queteria del corazon, que se complace en usar de sus facultades para formarse placeres estraños: la fantasía tiene predileccion por estos apartes de mistericas melancolias, y se propone crear lo que la casualidad se niega a darle. Por medio de ella, yo, por ejemplo, me hago el amante feliz de una mujer que ni sabe tal vez que la he mirado con amor, y me vuelve a mi antojo cuanta sensibilidad he prodigado por ella.

—Con tan cómodo sistema no dudo que un hombre pueda hacerce ermitaño, dijo Laura riéndose.

—¡Y cómo encontrar, exclamé yo, el modo de llevar a cabo uno de esos amores imposibles que todos soñamos, en los que la pasion nace espontáneamente y que no necesita de mas declaracion ni juramento que una mirada?

Laura no contestó: hubiérase dicho que estudiaba el modo de huir toda conversacion que hiciese referencia al amor.—¡Ah! mi tio debe tener razon—volví a pensar, sintiendo que de súbito me abandonaban las avanzadas esperanzas que algunos momentos antes me formara. Como todo el que ánsia ver coronados sus deseos por un éxito feliz, yo fluctuaba de la esperanza al desaliento y de éste a la esperanza, cual si a cada latido de mi corazon debiera experimentar alguna de estas dos sensaciones. Por momentos arrepentido de haber dejado escaparse la primera ocasion, me deban terribles deseos de declararla mi amor con la violencia de un arranque desesperado, arro-

jándola mi corazón para ver si pisoteándolo me decía: «sí, mi pobre Ismael, yo también te amo.»

Estos primeros furiosos del amor, cuando en vez de un vasto campo donde esplayar el exceso de nuestras pasiones, hallamos el limitado corazón de una mujer que las mira cuando más como materia de pasatiempo, gastan nuestras sensaciones hasta el punto de hacernos egoístas o sarcásticos: pasada la aurora del alma, si así puede llamarse el estado en que se reflejan en ella las primitivas bellezas de nuestras prendas morales, el hombre calcula sus impresiones, no queriendo poner de su parte más de lo que en cambio de ellas pueda dársele; luchador experimentado, economiza sabiamente sus fuerzas para oponer siempre una resistencia que le permita vencer. Mas, como te decía, yo no me hallaba en ese caso: como un niño que se desespera de no poder asir la imagen de la luna retratada en un estanque, yo lanzaba imprecaciones al cielo, porque no era correspondido por la primera mujer de que se me había antojado enamorarme: hacerme amar por Laura me parecía ya una empresa superior a mis fuerzas; mi espíritu, cansado de inventar expedientes, y mi corazón, laso por lucha tan desigual, abandonaban el campo llevándose un triste despojo de cansancio y desconsuelo.

Al llegar a la casa me despedí de Laura pretestando un dolor de cabeza. Descontento de todo y de mí mismo, subyugado por mi amor, sin más perspectiva que el aislamiento,

este sombrío refugio de las almas heridas, sentí la necesidad de verme solo para reasumir con cruel satisfaccion las torturas que me desgarraban y poderlas saborear a mi antojo en la espantable embriaguez de la desesperacion.

—¿Por qué se va Vd.? me preguntó Laura con ese acento que nos hace creer que inspiramos interes.

—Me siento mal, contesté, es tal vez un efecto del aire de la playa.

—Si es así, dijo ella, sentiria infinito incomodarlo.

—¡Ni una sola instancia para hacerme quedar! me dije al partir retorciéndome de cólera los brazos. ¡Dos palabras de afecto me habrian hecho tan feliz! Pues bien, exclamé como para tomar una venganza de mi debilidad, me condeno por ocho dias a no verla, y si pasado este término no hai nada favorable, dejaré este lugar.—Y al formar esta resolucion creí sentir ese descanso que los criminales deben experimentar despues de la absolucion relijiosa de su falta.

Cuatro dias solamente pude luchar contra mi deseo, cuatro eternos dias, durante los cuales quise con un trabajo asiduo, con largas y vagabundas marchas, acallar en mi pecho la vibrante voz del amor, sofocar la víbora nacida en mi seno para destruirme. Dando por disculpa a mi tio la necesidad de recibirme de abogado a mi llegada a Santiago, me entregué a los libros con esa rabia con que los hombres acosados por un remordimiento bus-

can en los vapores del vino el olvido de su fatal idea: mi remordimiento era la pérdida de mi tranquilidad y mi indiferencia por el santo deber que me habia impuesto de llegar a ser el sosten de mi familia. Mas, despues de haber luchado cuerpo a cuerpo con mi fantasma, despues de evocar a Laura por uno de esos conjuros que el amor desesperado encuentra en su propia impotencia, y de haber arrojado a su faz glacial, con sangriento reproche, mi palpitante corazon, torturado, aflijido, implorando amor como un hidrópico imploraria el agua; despues de contarla con resignada dulzura los sufrimientos de un corazon huérfano, que vanamente aspira a confundirse con otro corazon amante en los arrobadores deleites de un primer amor; despues de llorar, ora como el niño que ha perdido su único y querido juguete, ora como un hombre a quien arrancan por fuerza su última esperanza: dejé mi cuarto, abandoné mis fastidiosos volúmenes y pasé un dia entero perdido en los campos, cantando al borde de una fuente, como los enamorados pastores los fieros desdenes de sus tiranas Filis.

Una sensacion nueva para mí, y que aumentaba mi pesar en aquellos dias, fué la que me produjo la insensibilidad de todos los objetos que me redeaban, pues en nuestros primeros sufrimientos morales quisiéramos ver por todas partes las muestras de la desolacion que nos aqueja. Tantas floridas colinas, los verdes bosques de misteriosa enramada, las aguas cristalinas con su eterna corriente, todos

Los testigos de mi profunda pena, permaneciendo sordos a mis quejas, me hicieron pensar con espanto en la soledad de la muerte. ¿No es en efecto una terrible imájen del olvido, el tranquilo curso del sol, el aspecto igual de la naturaleza que parece desdeñarse de tomar parte en nuestras miserias? El hombre que de ordinario abriga la pretenciosa creencia de pensar que Dios se cuida de sus locas agitaciones, al sentirse agoviado por una de esas aterradoras melancolías que una vez en la vida a lo menos se apodera de nosotros, turbando el equilibrio de nuestras facultades, se sorprende al ver que sus jemidos no encuentran un eco amigo en las demás obras de la creación: nuevo Titan, pretende escalar el cielo llevando a cuestras el peso de su angustia, y creyendo conmover al Omnipotente al mostrarle su parte de dolor que siempre juzga desmedida.

El quinto día flaqueó mi resolución, y por uno de esos argumentos capciosos que encuentra el espíritu para hacernos seguir el camino que en realidad deseamos, me convencí que me estaba haciendo a mí mismo una guerra absurda; olvidé mi propósito y me fuí en la tarde a la casa de Laura, que salía con su hermana, acompañadas ambas por su tío.

—Temia que Vd. estuviese enfermo, me dijo Laura cuando la hube ofrecido mi brazo, aunque su tío me aseguraba lo contrario.

—Sí y nó, contesté; ningún mal físico he tenido en efecto, y aun creo que mi salud se ha mejorado.

Laura se quedó algunos momentos pensativa como luchando con la curiosidad

—En tal caso, me dijo, su enfermedad ha afectado tan solo la parte moral. Y diciendo esto, sus miradas buscaron mis ojos animados por una estraña espresion.

—Es verdad, contesté alentado por aquella mirada, solo mi corazon y mi cabeza han sufrido.

—¿Y por qué? preguntó ella con voz suave, haciéndome temblar con su aliento que rodo tibio sobre mi mejilla.

—¡Ah! la razon es mui simple y fácil de explicarse, dije, si Vd. me permite hablarla con franqueza.

—¡A mí! con mucho gusto, exclamó ella afectando una admiracion desmentida por el temblor de su voz.

—Es imposible que ignore, Laura, dije yo, que Vd. me ha inspirado un amor profundo: mis acciones lo han dicho bien claro: un amor como este, que debe por su espontánea lealtad elorgullecer a la que es capaz de infundirlo, no puede revestirse ni de los tímidos subterfujios de un alucinamiento de muchacho, ni de la forma aprestada de un galanteo especulativo: nace verdadero, se estiende sobre todas las facultades y reclama imperioso la correspondencia que le es necesaria. ¡Ah! Vd. me encuentra brusco en mi franqueza, añadí viendo que ella queria interrumpirme; ¿qué quiere Vd.? Al decirla esto, cedo al movimiento del corazon que llamamos presentimiento y al influjo de tan fuerte deseo de ser

amado, que, por su propia vehemencia, ha llegado a convertirse en esperanza. Si quisiera darla una idea del desórden que este amor invencible, y hasta ahora desesperado, ha producido en mí, no acertaria sino a hacerla una pintura mui pálida que prestaria mui falsa idea de mis sufrimientos: ademas, si Vd. no me ama, la relacion de pesares a que involuntariamente ha contribuido no haria mas que fastidiarla.

Cesé de hablar, falto de aliento por el esfuerzo supremo que acababa de hacer. Laura me miró con aquella espresion de anjelical interes de la que solo puede darnos una idea la vista de un niño que cansado de buscar vanamente el modo de hacer sonar una caja de música encuentra por casualidad el secreto del mecanismo. Ademas hubiérase creido que mis palabras influian directamente sobre ella, porque a medida que hablaba, la presion de su brazo sobre el mio era mas pronunciada, y apoyándose así me dejaba sentir los acelerados latidos de su corazon.

Mientras marchábamos, habiamos llegado a la cima de un pintoresco cerrito, cubierto de flores y verdura: allí nos destuvimos ambos como si hubiésemos querido poner a la naturaleza entera por testigo de aquel instante solemne en la vida de toda criatura.

—A mi vez, dijo Laura, quiero hablarle con la franqueza que Vd. acaba de invocar. Por razones que Vd. me dispensará que calle, me encuentro en la singular posicion de no deber escuchar el amor de nadie y huir las ocasiones

en que como cualquiera mujer me sintiese arrastrada por un amor involuntario: por una fuerza superior a las mias no he huido de Vd., ¿no es decirle que el amor nos ha sorprendido a la vez? Mas, creeria faltar a la sinceridad dándole mas esperanzas que las que debo, por lo que me parece mas acertado limitarnos a esta explicacion. Gran falta seria ademas alimentar un amor imposible entre Vd. y yo....

—¡Ah! ¿y por qué imposible? pregunté interrumpiéndola.

—Esto es lo que le he pedido callar, contestó Laura. Partiendo de este principio, continuó, sera mejor que vivamos como hasta ahora: como simples amigos.

—Una pregunta, exclamé, ¿tiene Vd. algun compromiso?

—No, dijo ella, ninguno.

—Entonces, continué, pongo al cielo por testigo que en adelante mi vida la pertenecerá a Vd. completamente.

—¡Cuidado! dijo Laura sonriéndose, Vd. está ya prevenido.

—Bien lo sé y acaso por esto puede Vd. dudar de mi constancia: un término ilimitado para quien desea la realizacion de su felicidad con la vehemencia del verdadero amor, no dudo que podria desalentar a cualquiera; mas creo haberla dicho que amo por la primera vez, de modo que mi vida pasada viene necesariamente a reasumirse en este amor. ¿Una pasion sin recuerdos no debe alimentarse de esperanzas? ¿y quién ignora que en esta materia la confianza en el porvenir infundiria per-

severancia al espíritu mas inquieto? Yo salvo la distancia y me creo feliz: con esto viviré.

—Siento oírlo hablar así y no seguir mi consejo, me dijo ella con seriedad.

—¿Por qué quiere Vd. privarme de una felicidad tan natural y únicamente mia? dije yo. Mi corazón renace al soplo de una nueva vida, y creo que por largo tiempo podré idealizar el amor, la mas idealizable de nuestras pasiones.

—No, mejor seria renunciar a todo, insistió ella pensativa.

—¿Por qué ha de sernos imposible, repliqué, reducir un sentimiento jeneroso a los hermosos límites de un placer meramente moral y contemplativo? Dos corazones que se aman, añadí con la ciega fé del entusiasmo, ¿no pueden infundirse mutuamente bastante fuerza para salvar las mezquinas barreras del materialismo? Además yo seré silencioso, recojiéndome a gozar en mi alma únicamente sin traicionar en nada mi pasión: la crítica nada tendrá que decir y Vd. se hallará a salvo de todo juicio.

Laura me dió las gracias por una de esas miradas que para los amantes encierran un poema de delicias; y ella apoyada sobre mi brazo y yo embriagado en contar los latidos de su corazón, recorrimos aquellos sitios pintorescos pidiendo tal vez al mismo tiempo a los campos algo de armonioso como la sensación que acariciábamos.

Yo sentí por primera vez la grata alegría que resuena en el alma cuando en-

cuentra por fin el eco cariñoso, buscado largo tiempo: ella se anuncia en el corazón acompañada de un pomposo cortejo de innumerables felicidades que nos regalan con sus festivos conciertos, brillando a nuestra vista no ya como huérfanas creaciones de un cerebro loco, sino como las lujosas realidades que la suerte regala a veces con ciega profusión. Ese amor misterioso que jermína bullendo sin cesar en los corazones jóvenes, cobra su verdadera forma, se refleja y comunica a todo nuestro organismo, cuando llega a concentrarse en algún corazón de mujer que responda con amante solicitud a sus esquisitas modificaciones: la singular sensibilidad femenina, unida a la vigorosa concepción, al estenso sentimentalismo del corazón de un hombre, les presta el aroma de su poesía, infundiéndoles sus abnegadas virtudes. Como las notas desacordes que revelan sin embargo su armonioso poder, las facultades del hombre resuenan con admirable cadencia, apenas un amor de mujer las centraliza en un solo sentimiento, engalanado por ella con mil poéticos atributos.

Como era de esperarlo, las escenas de aquella tarde introdujeron un cambio total en mis ideas. Por el influjo de tan repentina alegría me creí predestinado a la felicidad, así como dos horas antes me daba por el más desgraciado de la tierra: entonces alcé mi frente con el orgullo que Napoleón debió manifestar después de la victoria de Marengo, pues me creía dueño del mundo. ¡No es en efecto un

don verdadero del cielo la facultad que posee la mujer querida de darnos lo que ella misma ignora poseer? A la edad en que el amor es cuestion de vida o muerte; cuando la irradiacion de nuestras pasiones difunde la aureola de los ángeles en torno de la mujer amada; cuando a manera de los antiguos caldeos, que en el desierto se guiaban por las estrellas, todos creemos que la mujer es la única constelacion que pueda mostrarnos la senda de la felicidad; cuando amamos, en fin, como poetas, con el alma, una lijera presion de manos, las miradas furtivas que son el atributo de un amor primero, las tibias caricias de la satisfaccion, forman los límites del mundo poblado por nuestra fantasía, y bastan para transformarnos completamente.

Las pocas palabras de Laura, un tanto frias, analizadas a la luz de la razon, me parecieron en aquel momento todo lo que un hombre podria desear para creerse en la felicidad suprema. En la noche me mostré alegre y complaciente, y a no ser por el temor de despertar sospechas, hubiera de buena gana abrazado a mi tio, al padre de Laura, a los jugadores de malilla, a todos, en fin, como el que llega a su patria despues de un largo destierro. Laura, con su amor, ¿no me volvía a la patria de mi alma que, por la lei de la trasmigracion, la creia yo habitadora en otro tiempo de aquel paraiso de alegría?

A peticion de ella canté el romance del *l'Éclair*, con todo el fuego de mi amor, que brotaba de mi corazon en ondas de armonía,

pues me hallaba, como dicen, en el sétimo cielo, y era tal mi olvido de todo, que solo al despedirme noté la ausencia de Adriano, que invariablemente se hallaba allí todas las noches: preguntando a Laura el motivo de aquella ausencia, me contestó por vagas palabras, a las que por el momento no presté atención.

—Parece, señor sobrino, me dijo mi tío al retirarse a su cuarto, que navegamos en el río Tierno con viento en popa.

Sin contestar directamente le dí las buenas noches y me fuí a mi cuarto, donde varias veces me sorprendí riendo como un idiota.

VIII.

Bien podrás figurarte que aquella noche no dormí. El amor verdadero, el amor completado por la correspondencia, el que vibra a la vez en dos corazones, haciendo en ambos resonar la misma melodía, se enseñoreaba en mi alma trayéndome sus ajitados y deliciosos insomnios, y como el lobo que juega con un cordero antes de devorarlo, este amor se apoderaba de mí para destrozarme con un solo golpe. La felicidad parece también, como el dolor, tener el don de hacer eternas ciertas horas, pues no obstante mi alegría, la noche me parecía interminable, y cuando la luz de la aurora principiaba apenas a divisarse, me levanté y abrí la ventana de mi cuarto para confundir con el canto de las aves, con el concierto de las hojas mecidas por la brisa de la

mañana, el himno de gracias que mi corazón elevaba hacia Dios.

En la tarde volví a la playa a sentarme sobre mi roca predilecta; pero esta vez tomé la precaución de llevar un caballo para acompañar a Laura si pasaba por allí. En efecto, a la media hora la ví aparecer con Florentina y Adriano, y montando sobre mi caballo me fuí a reunir a ellas. A mi llegada las dos niñas se hallaban en una conversacion muy animada con su joven amigo; mas bien pronto quedé solo al lado de Laura.

—Ismael, aquí me ha salvado Vd. la vida, me dijo ella cuando pasábamos por el lugar en que habia detenido su caballo.

—Vd. me ha pagado su deuda con tanta usura, la dije con un acento que revelaba mi profunda pasión, que mas bien yo debo recordarlo por la felicidad que me ha traído.

Laura por toda respuesta puso el dedo sobre su boca a la manera de la heroina de Rob-Roy.

—Mucha crueldad seria, la dije, imponerme silencio sobre esta materia.

—Creo, dijo ella sonriéndose, haber concluido con Vd. tratados de silencio mútuo sobre ese punto.

—Bien está, Vd. puede callarse, repliqué, porque en cuanto a mí veo que es un esfuerzo imposible. Los enamorados, Laura, son como los devotos que siempre invocan al santo de su devoción especial: nosotros debemos precisamente hablar del poder supremo a que obedecemos, so pena de decírselo en alta voz a las paredes de nuestro cuarto. Por lo de-

mas, ¿no me he sometido con heroico valor a la condicion de esperar ilimitadamente?

—Es cierto y por ello le doi a Vd. mil gracias, contestó Laura, mirándome enternecida.

Entonces la repetí con la porfia propia de los que aman, los innumerables juramentos de mi amor inestinguible, contentándome con la aprobacion de sus ojos. Tantas reiteradas protestas ¿nacen del temor de nuestra fragilidad o del deseo de infundir en la que amamos una pasion igual a la nuestra? Tal vez de uno y otro: ello es cierto que oyendo la conversacion de dos amantes se creeria que los juramentos son la moneda con que compran el afecto, tal es el empeño que ponen en ofrecerlos aun cuando ninguno dude de la constancia.

Despues de llegar en nuestro paseo-hasta cerca de la Piedra de la Iglesia, ese lugar rodeado de tan misteriosa poesia por la tradicion popular, abandonamos la playa, y al llegar a la calle donde se hallaba la casa de Laura, Florentina y Adriano se reunieron a nosotros. El jóven se acercó a Laura y ambos hablaron en voz baja algunos instantes, despidiéndose aquel y desapareciendo al galope: al llegar a la casa hice otro tanto, volviéndome a la mia para estar solo y detallar a mis anchas la agonizadora felicidad que me enloquecia.

El mundo para mí, en aquellos momentos, se habia revestido de su manto de rosa, ropaje que solo pueden divisarle, o los niños en esa edad en que el mas gran pesar se desvanece con la expectativa de un pasatiempo, o los

enamorados, seres sublimes que en cada suspiro quieren gastar la fuerza de toda la existencia para gozar con mas plenitud de sus frájiles tesoros. Como los antiguos caballeros me sentia con alientos de conquistar mil laureles para ponerlos a las plantas de mi dama, y en mi loca alegria me figuraba que el mundo entero debia participar y contribuir a mi felicidad. A dos pasos me aguardaba el mas terrible golpe que en tal disposicion de espíritu podia dárseme: mi tio me esperaba.

—Bajo mi cubierta, me dijo presentándome un papel, tu padre te ha enviado esta carta.

El tono de mi tio me hizo temblar, llenándome de funestos presentimientos que por mi mal debian realizarse: la carta me anunciaba una grave enfermedad de mi madre, llamándome a Santiago.

Ah! tendré que dejarla, pensé al momento, con ese sordo egoismo con que el hombre enamorado pesa cuanto puede serle contrario, y al considerar aquella exclamacion, ví con espanto que el amor en los corazones nuevos es una barrera de granito ante la cual se estrellan con agotada fuerza los afectos mas santos de la vida. Dos lágrimas quemantes rodaron sobre mis mejillas encendidas por la fiebre, que, con la rapidez del rayo, ataca a los hombres colocados en una alternativa desesperante. Inmediatamente se operó en mi espíritu una de aquellas metamórfosis, hijas tan solo del amor, transiciones instantáneas que sacuden el corazón circundándolo de sangre hirviente que lo sofoca, o abandonándolo

al hielo de un fatigoso desaliento: los celos, espantoso desorden del cerebro que Shakspeare ha personificado en el cobrizo rostro de Otelo, despertaron en mi pecho, con envenenado aliento, la horrible falanje de sospechas que dormitan en el fondo de todo corazon y que acuden entonces como los demonios el dia del sábado: pensé al momento en las frecuentes conversaciones de Laura con aquel jóven que desde el dia de mi llegada miré como un enemigo; recordé la coincidencia de los paseos a la playa con la interrupcion de las visitas de Adriano y el aparte de ambos al separarse en la tarde. Todas estas reminiscencias se presentaron a mi memoria iluminadas por el rojizo resplandor de esa hoguera que la rabia enciende en los que al ver desvanecidas sus creencias, se consideran heridos en su orgullo. —¿Qué otro motivo, me pregunté, puede haberla obligado a sufrir mi amor sino el miedo de un enemigo? Además, sus palabras, su fingido misterio, ¿no me revelan una mujer que, temiendo desesperar, acepta a medias por no comprometerse demasiado?

La lójica ciega y violenta del amor, que siempre tiende hácia la exajeracion, me mostraba a mis propios ojos como el juguete de una intriga burlesca, en la que Laura me prometia su corazon como se dá un dulce a un niño incómodo para hacerlo callar: si mi tio no hubiese entrado en aquel instante, tal vez siguiendo la resbaladiza pendiente de mis raciocinios, habria llegado a persuadirme de haberla oido jurando amor a mi rival.

—De modo, me dijo mi tío, como siguiendo el hilo de una conversacion interrumpida, que tu madre se halla enferma de bastante gravedad.

—En efecto, contesté sombrío, por la carta que he recibido parece un ataque sério.

Entre tanto, salíamos de la casa dirijiéndonos a la de Laura.

—¿Piensas marcharte luego? preguntó mi tío.

—Tan pronto como haya proporcion, le contesté.

—Ya me he informado, añadió él, y me dicen que en una lancha que vuelve a Talca mañana se puede conseguir pasaje.

—Entonces, exclamé con un suspiro, me iré mañana.

Mi tío, advertido sin duda por el laconismo de mis respuestas, no volvió a hablar, de modo que casi todo el camino lo hicimos en silencio.

Llegado a la pieza en que todas las noches nos reuníamos, mi primer cuidado fué colocarme junto a Laura, lo que conseguí mui fácilmente.

—¿Qué hai en Vd., me preguntó ella, que desde esta tarde ha cambiado completamente?

—Es que al separarme de Vd., la dije, no creía que me aguardaba una doble desgracia...

—¿Qué ha sucedido? exclamó Laura interrumpiéndome y palideciendo notablemente.

El tono y la exclamacion calmaron como por encanto mis sospechas: al contemplar sus ojos llenos de solícito interes creí que una hora antes me hallaba loco.

—Una carta que al llegar a casa he reci-

bido me anuncia una enfermedad séria de mi madre, la que me llama encarecidamente a su lado: mañana debo salir para Santiago.

Me callé un momento esperando una respuesta; mas Laura sin contestar bajó los ojos, donde creí divisar fujitivas lágrimas.

—Vd., Laura, proseguí, comprenderá cuánto sufro con este viaje inevitable, que me arrebató la felicidad cuando apenas entraba en posesion de ella. Herido por otra parte en uno de los afectos mas delicados: el amor a los padres, que desde los primeros años de la vida se anida en nuestro pecho, me hallo verdaderamente sin fuerzas contra tamaña desgracia.

—Tal vez, dijo ella, no sea mas que una enfermedad pasajera y en tal caso Vd. puede volver.

—Imposible, la dije, tengo allí mas de un deber que llenar: Vd. sabe que mi familia es pobre, añadí lleno de orgullo y confianza en mis fuerzas.

—Y sé tambien; Ismael, replicó Laura, que Vd. es noble y que su pobreza será corta mientras Vd. sea su apoyo: Vd. es jóven y tiene un inmenso porvenir; váyase y cuente siempre con nuestros recuerdos.

La voz de Laura, al decir estas últimas palabras, me pareció comprimir los sollozos que anudaban su garganta; sus lábios temblaban levemente y sus mejillas se cubrieron de palidez.

—Vd. me ofrece un triste consuelo, la dije con amargura; con la seguridad de su amor me alejaria alegre porque iria acompañado de

una esperanza; la memoria no hace un gran esfuerzo en recordar las personas que se han conocido, y es fácil cuando no se ama brindar la amistad que cumple con la política: por otra parte, Vd. habla en nombre de todos y yo he venido a despedirme de Vd. sola.

—Ah, Vd. es cruel, exclamó Laura con los ojos llenos de lágrimas y un acento que resonó en mi corazón como una música divina: Ismael, añadió, yo también sufro; pero sé que hemos de vernos bien pronto.

—¡Cómo! pregunté admirado.

—Si Vd. no puede salir de Santiago, me lo hará saber escribiéndome a Valparaíso: ¿qué puede oponerse a que sea yo la que vaya hacia Vd?

—Ah, exclamé lleno de gozo, ¡Vd. me ama! ¡mil gracias!!

Fué todo lo que mi corazón, rendido por tantas emociones, pudo decir para espresar su enorme agradecimiento, mientras que mi mayor deseo era por entonces arrojarme a sus plantas para besarlas de rodillas.

Las frases, como la que Laura había pronunciado con resuelto y decidido tono, aquellas que revelan arranques de abnegación sublime, revestidas por las mujeres con el sello de su dulzura y delicadeza peculiares, arrojan la luz de un nuevo día en el alma del hombre que por primera vez las oye. Cuanto Dios ha puesto en nuestro pecho de noble y elevado, todo despierta a esa voz mágica, como los que duermen el sueño eterno deban levantarse a la voz del ángel de la resurrección. Y en efecto, cuan-

do amamos ¿no creemos que el amor es la verdadera resurreccion de los goces de que Dios privó al hombre por su primera falta?

Ademas, el hombre que en su primera passion olvida que la mujer es una criatura terrestre; que la diviniza con el ardor del entusiasmo, haciéndola cobrar las proporciones, si no de un ángel como ordinariamente se dice, al menos de un ser mui superior a su naturaleza; el que como un fanático adora hasta las prendas que visten a su querida: ¿con qué uncion deliciosa, con qué ferviente recojimiento debe recibir las palabras que lo elevan a la altura de su ídolo? con qué inefable bienestar debe recibir sus miradas amorosas, gotas de fecundo bálsamo destiladas sobre las tostadas flores de su amor para hacerlas exhalar su perfumada riqueza?

Laura y yo hablamos largo rato, olvidados de los demas, confiados en el porvenir, como los niños que piensan en el dia domingo. Llegados a la playa mágica de la felicidad despues de las inciertas oscilaciones que preceden a todo amor; ávidos de aprovechar las pocas horas que nos restaban, penetramos con planta firme y sin inútiles subterfujios, en el pais de los sabrosos proyectos, de los castillos en el aire, de las gratas aunque repetidas protestas. Allí nos ostentamos mútuamente los tesoros sin cuento de nuestras pasiones; siempre juntos, siempre marchando unidos en las rejiones del idealismo, como dos aves errantes que atraviesan el espacio para perderse entre las nubes. Ella se mostró tal como mi imagina-

cion la habia engalanado, iluminando su admirable belleza física con los resplandores de una alma grande, dotada admirablemente de sensibilidad, pasion y dulzura, dotes que la mujer que ama posee con refinada perfeccion. Sus palabras respiraban el abandono enamorado, la confianza infantil que depositan las mujeres en el que han hecho dueño de su corazon, y parecia que hubiese esperado aquel momento para fascinarme con los prodijios de un amor vastísimo que estendia su amante prevision sobre mis dias venideros como queriendo borrar la memoria de mis pasados sufrimientos.

—Aun cuando no puedo unirme con Vd. por lazos que colmarian mis aspiraciones, me decia sonrojándose, mi amor lo seguirá por todas partes.

Y cuando yo trataba de indagar aquel misterio, ponia maliciosamente el dedo sobre sus labios, recordando mis promesas de ciega submission.

Por otra parte, mi caprichoso espíritu se acomodaba tan bien con la union moral de nuestros corazones, que sin insistir en mi intento y atribuyendo su discrecion a un capricho de su sexo que se desvaneceria con el tiempo, me entregaba, con toda la voluptuosidad de la confianza, a los arrullos cariñosos de la felicidad, salvando el tiempo que no debia verla; descontando mi amor, como se descuenta una letra de cambio para percibir mas pronto el efectivo, y poniendo en tan resbaladizo terreno la natural credulidad de un novicio. Su mirada, como los alegres rayos del sol de

la mañana, disiparon el hielo de mis negras sospechas, y con la prontitud con que en algunas imaginaciones se suceden la mas distintas perspectivas, divisé de nuevo, surjiendo de los presentimientos fatalistas que me asistian al llegar a Constitucion, un panorama distinto de mi vida, luminoso y festivo como un dia de primavera.

—En adelante, Laura, mi porvenir depende de Vd., la dije al despedirme. Miro nuestro amor como un vínculo sagrado, libre de mezquinas preocupaciones y al abrigo de los vulgares contrastes de la distancia y el tiempo. Como creo no poder salir de Santiago, cuento con su promesa.

—No faltaré, me contestó ella, estrechando con amor la mano que la presenté para decir-la adios.

Estas fueron las últimas palabras afectuosas que oí de su boca; palabras que me daban fuerzas para sobrellevar los males de la ausencia, la que consideré como un tiempo de prueba a que el destino queria sujetarme por haberme dado tan completa y repentina felicidad.

Solo al despedirme de las demas personas que se hallaban en la sala noté que mi tio se habia retirado. Tomé mi sombrero; dirigí a Laura una mirada en la que por última vez la juré un amor invariable, y salí con las lágrimas en los ojos, sintiéndome ya desfallecer con la idea de no verla al dia siguiente.

IX.

Ismael se detuvo algunos instantes y continuó:

—La luna brillaba aquella noche con todo su esplendor melancólico: en mi estado, sentí muy pronto ese misterioso halago que ejercen sus rayos sobre los que sufren: con un suspiro la referí mi abatimiento. Maquinalmente me detuve delante de la casa de Laura; pues los que aman quisieran, al separarse, repetir al infinito sus adioses; mas pasados algunos minutos de muda contemplacion volví a tomar con tardo paso el camino de la casa de mi tío.

No bien habia andado una cuadra cuando divisé un hombre que marchaba hácia mí. Siendo muy estrecha la calle y hallándose iluminada por la luna, el desconocido no podia ocultármeme: a poca distancia de mí aquel hombre pareció vacilar; detúvose un segundo y prosiguió su marcha; luego cuando se halló enfrente de mí volvió el rostro en direccion opuesta para evitar mis miradas; mas aquel movimiento no fué tan rápido que me impidiese conocerlo: era Adriano, el jóven cuya ausencia de casa de Laura me habia llamado ya la atencion.

La curiosidad, o mas bien, los celos me hicieron inmediatamente tomar la decision de espíarlo. En casos como aquel la turbada imaginacion solo divisa el fin sin cuidarse de los medios. Para ejecutar mi plan, seguí andando sin aparentar sospecha alguna, y cuando hu-

be perdido de vista a Adriano corrí hasta dar vuelta por un callejon a espaldas de la casa. Llegado a la esquina avancé cautelosamente la vista y ví la calle desierta; pero despues de mas prolija investigacion divisé en la parte oscura de la calle un bulto que trataba de ocultarse en la entrada de una puerta: enfrente, las luces que arrojaban las ventanas principiaban a desaparecer.

Así esperé una media hora, escuchando el menor ruido, con el corazon palpitante y suspendida la respiracion como para ayudar mejor a mi vista: por fin, las luces se apagaron completamente y todo quedó en el mas profundo silencio.

Un momento despues, la sombra se desprendió de la muralla y avanzó hácia la casa de Laura con señales de tímida precaucion, deteniéndose y parando el oido al menor movimiento de la calle: la puerta se entreabrió silenciosamente y la sombra penetró en el interior dejándola siempre abierta. Al momento salí de mi escondite, avancé al mismo lugar, y sin hacer el menor ruido me deslicé marchando a tientas hasta la puerta del cuarto de Laura que de antemano me era conocida: mirando por la hendidura de la llave divisé luz en el interior de la pieza, y el ruido de voces apagadas llegó confusamente a mis oidos.

No cabia duda ante tan terrible testimonio. ¡Laura me habia vilmente engañado! La mas violenta cólera se apoderó de mí en aquel momento, y a haber cedido al primer impulso de mi indignacion habria derribado aquella puer-

ta para confundir a Laura con mi desprecio y saciar en Adriano la sed de venganza que me devoraba. Felizmente la reflexion vino a mi ayuda: me decidí a esperar la salida de Adriano y vengarme sobre él de las amarguras que bebia; y aprovechándome de la oscuridad de un estrecho pasadizo que encontré a mi derecha, me puse a salvo de ser sorprendido y esperé.

Describirte lo que por mí pasaba en aquel fatal momento seria imposible. Pintarte el tumulto de encontradas y borrascosas sensaciones que en mi pecho se sucedian sin cesar, la cólera, el desprecio, la desesperacion que me ajitaban, seria ponerme otra vez bajo el dominio del horrible desórden moral que por grados se apoderaba de mi cerebro. Felizmente aquella tortura duró solo un instante; mi atencion fué llamada por el ruido de una puerta que se abria, y apenas me hallaba oculto sentí los pasos de una persona que marchó hasta llegar a la puerta del cuarto. Allí el recién venido hizo lo mismo que yo habia hecho: observó por la hendidura de la llave y enderezándose de repente dió un fuerte golpe a la puerta, que sin embargo no cedió a tan vigoroso ataque.

Un gran ruido se dejó oír en el interior de la pieza, como de personas que huian con precipitacion, y al mismo tiempo la voz del de afuera mandó imperiosamente abrir la puerta: aquella voz era la del padre de Laura. Un sudor helado discurrió por todo mi cuerpo y creí hallarme próximo a perder la razon; tan fuertes eran los latidos de mi sangre en las

sienes. Pasados breves instantes, la puerta se abrió dando paso al viejo que penetró de un salto en el aposento.—Un hombre habia aquí: ¿quién era?—esclamó con voz atronadora. Por única respuesta se oyeron los sollozos de Laura, que puesta de rodillas ante su padre levantaba las manos en actitud de súplica.

Yo, colocado al exterior, y como he dicho en la oscuridad, distinguia perfectamente las personas, gracias a la puerta que habia quedado de par en par.

Sin duda aquel cuadro abundaba en una terrible poesia. El viejo estaba de pie, con una pistola en la mano: sus ojos centelleaban de ira; sus facciones descompuestas por una contraccion espantosa, anunciaban mas bien el furioso delirio de un loco que la rabia vengativa de un hombre cuerdo. A sus plantas, bellísima en su dolor, con la pálida frente alzada al cielo y las mejillas lívidas anegadas en abundantes lágrimas, Laura habria hecho el mas acabado modelo para una dolorosa. Ante aquel imponente episodio de un drama en que yo, espectador y actor a la vez, veia perdida la tranquilidad del porvenir, la sangre pareció abandonar todo mi cuerpo, afluyendo en ondas quemantes hácia mi destrozado corazon: en mis oidos zumbaba un ruido semejante al de las abejas; mis piernas temblaban como las de un paralítico, y mis párpados, ajitados por sacudimientos nerviosos, me hacian ver a Laura y a su padre como dos sombras fatídicas nacidas en una horrible pesadilla.

El cuadro duró solo un momento.—Dí,

¿quién habia aquí? por dónde ha huido?—volvió a preguntar el viejo rechazando con aspereza las manos suplicantes de su hija.--Perdon, perdon,—murmuró tan solo ella, cayendo desfallecida, y yo al oír su voz que una hora antes me colmaba de amor, y que implorando piedad cegaba mis creencias, devastaba mi pecho arrojándome al infierno de la venganza, quise maldecirla, y viendo que la garganta se negaba a dar paso a mi rabioso anatema, me puse a correr hácia la puerta para huir de todo y aturdirme.

Corrí sin detenerme hasta la casa de mi tío, penetré en el interior, a oscuras, con la lucidez de un sonámbuio y me arrojé en mi cama, con la cabeza entre las manos: ¡lloré cinco horas!..... era casi un niño todavía!

El destino, velándome las puertas del mundo al que llegaba con una alma vigorosa, con las inmensas aptitudes de que me hallaba dotado para gozar, me ofrecia en cambio del luminoso recinto de la dicha, el sombrío caos de la desesperacion donde los pesares acosan el espíritu hasta hacerlo gozarse en su amargura. Como a un estoico, no me quedaba mas recurso que negar el dolor y presentar a los demas un semblante risueño para vivir en paz; una frente altiva para evitarles la miserable limosna de la compasion.

En nuestros primeros pesares somos absolutos, quisiéramos que la humanidad entera nos pagase bien caro la herida abierta en nuestro corazon por una sola persona! La amarga misantropia, la que se sustenta de

ódio y lanza en torno suyo sus atroces imprecaciones, se apodera de los que por vez primera sufren un desengaño acerbo, los avasalla haciendo por sus venas circular la hiel de su ódio, así como puestos en contacto con una máquina eléctrica el fluido se esparce por la sangre que despide chispas a la proximidad.

No obstante mi dolor inmenso, mi deseo no era morir: la fiebre del suicidio ataca solo a los mui fuertes o a los demasiado débiles: yo queria vengarme. Como Anibal, jurando ódio eterno a los romanos sobre el pálido cadáver de su padre, yo juraba eterno rencor a la humanidad sobre los miserables despojos de mi porvenir destrozado; sentia el atroz deseo de presentar por todas partes mi rostro taciturno; de convertir en venenoso sarcasmo los afectos de la vida, de reirme de ajenos dolores para ofrecer al mio un holocausto de consuelo; sentia la ardiente necesidad de palpar las miserias sociales para arrojarlas la beja de mi espíritu escéptico, y helar en los lábios la sonrisa de los amantes, presentándoles el espinoso reverso de la medalla del amor. A la temprana edad en que me hallaba, léjos de buscar en algun sentimiento relijioso el bálsamo de mi desventura, blasfemé de Dios con impio coraje, y aparté de mí todo consuelo con el orgullo de los que sufren por primera vez; no me quedaba mas recurso que esta triste venganza, a mí, loco amante de un dia, a quien una mujer daba el horrendo privilejio de maldecir el mundo y escarnecer la virtud. En mi corazon, el soberbio edificio de mi ventura no era mas

que ruinas; mi alma, viuda de la poesía de sus creencias, semejaba a las cuevas donde solo resuenan los alaridos de las fieras ruidoras: su eco era lúgubre y amenazador; y en mi espíritu la razón vacilante no iluminaba a mi funesto ídolo, sino como esas lámparas cansadas que desfiguran con sus inciertos rayos la imájen de la devoción: hacinadas en él las sombras de mi dolor violento, mi memoria lloraba y mi razón se estremecía al desquiciarse.

El viaje fué penoso, porque luchábamos contra la fuerza de la corriente. Insensible a las bellezas del suelo, mi vista despreciaba los pintorescos panoramas del campo, al paso que mi imaginación lloraba en cada árbol, en cada rama la alegría desvanecida: vasallo del dolor, yo, como los esclavos que viven soñando en la libertad, debía dirigir todas mis ideas hácia la felicidad que no podría alcanzar. Con la fiebre, mis ideas cambiaban con prodijiosa rapidez: todo era incoherente, todo encontrado y sin aliño. La vista de algunos pobres pastores me inspiró violentos deseos de abrazar aquella vida miserable, casi salvaje, pero libre de preocupaciones angustiosas: en un momento caí en la eterna manía de los filósofos y me puse en mi interior a exajerarme la inocencia de semejante vida sin pensar que para vivir en su agreste tranquilidad necesitamos o haber nacido en ella o cambiar nuestro ambicioso corazón por el de aquellas jentes bienaventuradas, despojándonos de la hiel de nuestra ambición. Además, el paroxismo del dolor es como la calma de los mares que encubre las fu-

rías de las olas inquietas: mi calma, durante el viaje, semejaba mas bien a la demencia que al abatimiento de un infeliz: el menor incidente debia hacer estallar mi amargura.

Llegado a Santiago, y despues de las primeras efusiones del cariño filial, estremado en mí como todo afecto, caí en una de esas apatías profundas, inaccesibles al consuelo y en las que por la porfiada contraccion de todas las facultades, un hombre jóven se olvida del campo del porvenir, para entregarse con toda su alma a los recuerdos; ese espejo májico en que la vejez se complace en ver pasar las escenas siempre felices de los tiempos perdidos. Al volver a mis tareas científicas, miré mis libros con hastío y horror—Acaso sin ellos, pensé entonces, y abandonándome a la ignorancia, mi corazon no habria contraído tan violentas necesidades.—Ese deseo, esa sed de amor, que a fuerza de sentirla la creemos innata en nuestro ser, no es acaso mas que un sentimiento bastardo enjendrado por nuestras lecturas y por otras ideas que estando aun niños adquirimos!

Como esos pájaros heridos, que van a ocultar en los bosques su desesperada agonía, yo me aparté de todos, huí de mis amigos de colegio y me negué con porfia a aceptar los pasatiempos que mi padre se esmeraba en proporcionarme, obstinándome en permanecer en mi cuarto dias enteros, sentado sin movimiento, sujetando mi frente en una mano y mirando siempre al cielo, ese refujio de las almas doloridas. Aquella soledad, poblada de las som-

bras errantes de mis crueles recuerdos y la falta de alimentos a que voluntariamente me habia condenado, hicieron declararse en mí una de esas misteriosas enfermedades, que, sin dolencia fija, minan poco a poco las mas robustas constituciones. Los médicos la llamaron consuncion. ¿Qué puede la ciencia contra los dolores morales? Aplicándome remedios para dar vigor a mi cuerpo, se estrellaban contra la oculta barrera de mi melancolía; de modo que al cabo de dos meses yo me moria lentamente como esas niñas feas que languidecen consumidas por alguna pasion solitaria.

Una noche mi padre me anunció que habia resuelto mandarme a Europa.—Creo, me dijo, que el mejor remedio para tí será un viaje largo, en ese pais donde hallarás mil pasatiempos. Mi fortuna, añadió al ver que yo iba a hacer una observacion, ha mejorado considerablemente, de modo que puedo ofrecerte una pension, que aunque escasa, se aumentará sin duda dentro de mui corto tiempo.—Despues de estas palabras se retiró manifestándome una alegría en la que yo estuve mui léjos de creer.

Tres meses despues de aquella conversacion me encontraba en Paris, ocupando un cuarto redondo en una de las calles del cuartel latino, llamado pintorescamente la Bohemia. Sin relacion alguna de amistad, y contando solo con mis modestos recursos pecuniarios, me entregué, durante los primeros meses, a la vida estudiosa y observadora de esa clase de viajeros que Sterne ha comprendido bajo el nom-

bre de *viajeros curiosos*. Recorrí monumentos, jardines y museos; visité y contemplé el lujo de la civilización, la riqueza de las artes, los esfuerzos inauditos de la industria; asistí a los cursos públicos de historia y astronomía, dedicando a las ciencias gran parte de mi tiempo. En estas ocupaciones, que yo abrazaba con una especie de delirio, mirando a Chile desde tan léjos y luchando contra la necesidad, la hidra de las grandes capitales europeas, logré poner a mi espíritu en tal movimiento, que pasaba horas enteras sin pensar en Laura, pareciéndome mi amor como una de esas terribles pesadillas que dejan en el alma un hostigoso desaliento.

Un año despues de mi llegada a Paris recibí una carta de mi padre en la que me anunciaba el brillante estado de su fortuna y me enviaba una fuerte remesa de dinero: con tan sólida palanca pude elevarme desde el fondo de mi pobre cuarto de la calle Mazarin hasta el centro del lujo y la disipación: alojéme en un suntuoso departamento en la calle Laffite, tomé coche y abracé por fin esa vida de elegante calaverada en la que precipitándose tantos jóvenes en busca del placer encuentran a poco andar la ruina y el deshonor. Durante noches enteras de un juego arruinador en el que jamás me abandonaba la buena suerte, en los paseos, en los teatros, en la roja llama del *punch* al que pedia muchas veces el olvido, en todas partes, en fin, la vaporosa figura de Laura acudia con desesperante puntualidad. Como siempre sucede, eché de menos

mi cuarto redondo, mi vida oscura y virtuosa, mis desvelos científicos que muchas veces me dieran la tranquilidad si no el olvido: mi almohada recibió las ardientes lágrimas que, en medio de la noche, vertían mis ojos, cuando mi fatal memoria me trazaba con admirable verdad las primeras escenas de mi amor malogrado: los lujosos muebles de mi habitación fueron testigos de mi deplorable miseria y oyeron el desgarrante jemido de mi pecho que lamentaba su orfandad: con la vida mundana había vuelto a despertarse en mí la sed de un amor puro y noble, el sueño de la juventud; y desgraciadamente para mí, todas las mujeres de la creación se reasumían en Laura!

Hasta entonces, insensible al placer, yo había conservado la castidad de mi alma, no por virtud, sino como ciertos individuos que, ignorantes de un bien que poseen, se abstienen de gastar porque se creen arruinados. Un día, al mirarme al espejo, con la indiferencia de un hombre sin esperanzas, observé con espanto la profunda traza del dolor en mi semblante: el tinte rosado de mis mejillas había desaparecido, para dar lugar a una palidez enfermiza; un círculo sombrío rodeaba mis ojos, y la frente había perdido la tersa brillantez de la juventud.—Al diablo la tristeza, exclamé frenético, paseándome a largos pasos, como para huir del recuerdo que porfiado me perseguía. Al diablo el amor, yo solo quiero placeres y olvido.

X.

En la tarde de aquel día, después de haberme vestido con marcado esmero, entré en mi coche y me hice conducir al Palacio Real. En la puerta del café de los «Hermanos Provenzales» me encontré con un joven que había conocido en mis últimas correrías; muchacho alegre, perteneciente a la numerosa cofradía de los vividores. Al verme se acercó con la sonrisa en los labios.—Me dará Vd. gran placer acompañándome—le dije al saludarle, mostrándole un lujoso saloncito donde había una mesa preparada. Allí nos instalamos e hicimos una alegre comida en la que yo intenté mil esfuerzos para ponerme al nivel de mi festivo convidado que desplegaba su imaginación sobre mil materias diversas, sazonando sus observaciones con el fuego picante del carácter francés. Mui pronto llegamos a las actrices a la moda.

—¿No conoce Vd. a Aglaé, de la ópera? me preguntó él.

—Nó, ¿y Vd.?

—Mucho, contestó, y es necesario que lo presente a ella. Figúrese Vd. una mujer magnífica: diez y ocho años; ojos azules como una heroína de leyenda alemana; frente mas candorosa que la de una vírjen; un verdadero demonio vestido de encajes, de blondas y de gasa. Tiene un jarrete flexible y sólido como un caballo de raza y os hace piruetas de las que, como los relámpagos, nublan la vista. A

esto debe Vd. agregar un cuerpo aéreo y resbaladizo como un pescado, unas manos tan albas como su cuello y el pié de una aristocracia insolente. No sabré decirle a qué país pertenece; mas lo cierto es que posee la gracia particular de las mujeres de los distintos climas; con mas un tacto delicado y esa adorable pillería que no puede aprenderse sino en París y entre la jente de bastidores.

«Un acontecimiento reciente, dijo despues de breve pausa, y mui conocido del mundo elegante, basta para dar a conocer el temple de su carácter. Hé aquí el hecho: dos príncipes, uno italiano y otro ruso, naciones que producen príncipes como si tuviesen almácigo, se disputaban hace dos meses, despues de la representacion de *Roberto el Diablo*, el honor de darla el brazo para conducirla hasta su coche. Aglaé, dejándolos en la disputa, salió acompañada de un jóven médico sin clientela ni títulos de nobleza, pero hermoso como el Apolo; mientras que el altercado de los nobles extranjeros continuó hasta citarse para el dia siguiente en Vincennes, y esto en presencia de todos los que habíamos ido a saludar a la reina de la noche.

»El encuentro tuvo lugar en efecto a la mañana siguiente: los adversarios se batieron a espada y ambos resultaron heridos, con lo cual los padrinos juzgaron el honor suficientemente lavado. En la noche del mismo dia Aglaé tuvo recepcion en su casa, hallándonos allí a las nueve casi todos los testigos del incidente de la noche anterior y por supuesto el

jóven médico, que era el favorito. A las nueve y media la puerta dió paso al príncipe ruso, que penetró en el salon con un brazo pendiente del cuello.— Ya ve Vd. que en nada tengo mi vida cuando se trata de una de sus miradas—la dijo en voz baja, siendo oído solamente por los que se encontraban muy cerca.—Precisamente, monseñor, contestó la bailarina en voz alta para ser oída por todos, hace un momento hablábamos de su desgracia con el doctor mi amigo, que Vd. vé, y me aseguraba que Vd. cometería una imprudencia imperdonable permaneciendo por mas tiempo en Paris con una herida tan peligrosa, diciéndome además que solo el clima frío de San Petersburgo podrá serle provechoso; pues aquí corre el riesgo de gangrenarse.—El doctor se inclinó afirmando aquellas palabras, mientras que Aglaé se habia acercado a él pasándole un plato con dulces. Todos nos miramos con la risa en los labios, y el ruso halló por conveniente tomar su sombrero y salir arrojando a la jóven y al doctor una mirada furibunda.

»Media hora despues el lacayo anunció a su Alteza italiana que llegaba con una mano envuelta en un pañuelo de batista. Despues de lo ocurrido con el ruso, todos nos quedamos en silencio esperando la nueva despedida.

—»¡Cómo, exclamó Aglaé, ¿vuestra Alteza es tan amable que olvida sus dolencias por verme?

—»Vd. sabe que por sus ojos daría toda mi sangre, contestó el italiano inclinándose con fanfarronería.

—»Mil gracias, dijo ella. Le estimo a Vd. tanto mas esa galantería, cuanto que si Vd. no ha perdido mas sangre que la de esta mañana, debe quedar un buen repuesto.

»Es de advertir, me dijo el jóven frances, que su Alteza es gordo y redondo como un macarron de su pais y morado como una betarraga.

—»¡Cómo! exclamó él, ¿créé Vd. que no me he batido?

—»¡Oh! mui léjos de eso, replicó Aglaé, y debo añadir que el doctor, mi amigo que Vd. vé, que no solo entiende la terapéutica sino que es un profundo político, nos aseguraba hace un instante que el lugar de un hombre del temple de Vd., no es en Paris, donde el valor se enerva, sino en su pais para conspirar contra el Austria.

—»¡Ah! Aglaé, dijo él, Vd. me despide!

—»¡Os enseñó el camino de la gloria! exclamó la bailarina con el acento de Rachel en los *Horacios*.

»Un momento despues su Alteza desapareció.»

—Vd. me da mil deseos de conocerla, dije al jóven, cuando hubo terminado su anécdota.

—Nada mas fácil, me dijo él; esta noche se representa *Roberto el Diablo* en la Grande Opera; si Vd. gusta puedo presentarlo allí.

Una hora despues nos hallábamós en el patio de la ópera, ocupando lo que allí llaman poltronas de orquesta.

Llegado el baile, en la escena del cementerio, y cuando las bailarinas de segundo órden

hubieron ensayado sus seducciones sobre Roberto que llega a sustraer el ramo de oliva, vi aparecer una jóven vaporosa, vestida de flotante gasa, ágil y aérea como una vision encantada.—¡Agláé! me dijo al oido el frances cuando ella apareció. ¿Cómo la encuentra Vd.? añadió cuando la bailarina, con gracia inimitable, se hubo acercado mas hácia las luces.

—¡Oh! bellissima! le contesté.

Y en esa respuesta habia tal turbacion que el jóven vividor me miró con sorpresa un instante, volviéndose despues hácia el proscenio con la presteza de un hombre que no quiere perder un solo movimiento. Yo por mi parte no miraba sino que devoraba con la vista. Por una de esas caprichosas fantasías del espíritu, que tal vez no puedan esplicarse de otro modo que por el sistema de la *crystalizacion* de Estendhal, hallé entre la jóven y la imájen de Laura una semejanza tan prodijiosa que mi vista se nubló por un momento y hubiese caido por tierra a no estar sentado en la poltrona.—¡Laura! dijo mi alma que ignoraba toda armonía que no fuese la de ese nombre repetido a todas horas, y en uno de aquellos retrocesos de la imaginacion, rápidos como la electricidad, volví a la tierra de mis amores, a la callada soledad del puerto; al mundo donde vagaba de continuo mi alma herida. Agláé, durante mi extásis concluyó su paso con estrepitosos aplausos de los concurrentes.

Mi fatal recuerdo, que surjia de en medio de la pompa de la representacion, como para convencirme que en mí todo, menos mi amor,

habia muerto; esta punzante reminiscencia, a la que en vano trataba de sustraerme, se apoderó de mis sentidos con tan tiránico imperio, que durante toda la ópera no ví mas que a Laura en Aglaé. Mas mi ilusion se habia modificado sobremanera. No ví en la jóven, como viera en Laura, la dulce realizacion de un ensueño de adolescente, sino que divisé en ella las infernales promesas de un placer abrasador. Aquella niña flotante, deslizándose sobre el suelo como una exhalacion; aquella deidad viva, flexible, centellante de belleza y de amor, mas seductora que las ninfas del bosque sagrado, tratando de seducir al enamorado Renaud, me inspiraba el deseo de apurar en un beso de sus lábios toda la vida que me restaba. Ante su presencia desaparecieron para mí todas las mujeres de la sala; no ví mas que a Aglaé o mas bien a Laura; ¡pero radiante de la fatal hermosura que debió entrever San Antonio en sus desesperados combates! Sin embargo del tiempo que habia trascurrido, quedaban aun en el fondo de mi pecho tan poéticos proyectos engañados, reprimidas tan infinitas y palpitantes aspiraciones, que en aquel momento mi espíritu se asia de un engaño fugaz para crearse nuevas esperanzas, cual si desvanecida la ficcion hubiese de caer en un abismo mas tenebroso que aquel del cual por una triste alucinacion habia logrado salir.

Terminada la ópera, el jóven frances me condujo al interior del escenario donde se hallaba la famosa bailarina rodeada de los nu-

merosos admiradores de su belleza. Ella estaba sentada sobre una silla, como una reina en medio de su corte; vestida aun de silfide, y con sus lindos brazos cruzados sobre el pecho.

—Aglaé, la dijo el frances, la presento al Sr. D. Ismael S.—Un millonario americano que debe tener alguna mina de diamantes, añadió cuando yo me inclinaba para saludarla.

—El señor no tiene necesidad de tantas recomendaciones, dijo la bailarina.

Mui luego entablamos una conversacion, en la que Aglaé hizo alarde de agudeza y coquetería. Por su semejanza con Laura me hacia estremecer.

—Mañana, me dijo al tiempo de despedirme, tendré el mayor gusto en verlo, ¿hasta mañana?

—Con gran placer, contesté estrechando la blanca mano que me presentó.

Al siguiente dia acudí puntual a la cita; porque sentia cada vez mas imperioso el deseo de aturdirme y borrar con pasajeros amores el que me avasallaba sin tregua.

Aglaé me recibió en una pieza amueblada con todo el lujo parisiense. Allí todo tenia el perfume de la mujer feliz; todo se hallaba envuelto en esa atmósfera tibia que arrulla los sentidos con cariñosa voluptuosidad: cerradas las persianas y sueltas las rosadas cortinas, mitigando la fuerza de la luz, solo dejaban reinar en aquel nido de maga una sombra de delicioso misterio. Aglaé, vestida de blanco, co-

mo muchas veces habia visto a Laura, estaba reclinada en un sofá.

Las sombras esparcidas en la estancia, el traje de la bailarina, y mas que todo, la perpetua concentracion de mis facultades que en cada mujer bella me hacia encontrar el retrato de mi recuerdo, me turbó de tal suerte que cuando me hallé al lado de Aglaé sentí en mis oídos un murmullo confuso y ante mi vista un velo opaco que desfiguraba los objetos. Luego en un arrebató irresistible besé con pasion sus manos, murmurando con los ojos húmedos de emocion.—¡Ah! Laura, amada mia!—Aglaé dió un salto asustada y sin duda creyéndome loco al oír mis estrañas palabras pronunciadas en castellano.—Caballero, me dijo con la dignidad de una reina de teatro, creo que Vd. se equivoca.—Solo entonces y al ver la actitud indignada de la jóven conocí el completo desvío de mi imaginacion y caí a la realidad desde lo alto de mi ilusorio capricho.—Dispénseme Vd., la dije con sentimiento; ha sido un momento de alucinacion a los que me encuentro sujeto por bien tristes acontecimientos de mi vida.—Yo lo perdono con toda mi alma, me dijo ella volviendo a sentarse a mi lado y pasándome con timidez su blanca mano.—Vd. es buena, la dije, y me permitirá que otro dia venga a hacerme perdonar mi pasajera locura.—No, no, exclamó Aglaé, quédese Vd., está ya perdonado.

Quedéme en efecto, y contèmplé con indiferencia los tesoros de gracia y coqueteria que

ella, tranquilizada por mis palabras, se empenó en desplegar en favor mio. Su franca sonrisa me helaba el corazon.

El último ensayo que me quedaba que tocar para destruir en mi pecho las raíces de mis amargos recuerdos, me mostraba, como todos los anteriores, la impotencia de los esfuerzos ante un corazon herido en su amor primero, en medio de su virgen inocencia. Debilitada mi voluntad con los empeños de tan larga lucha, se doblegaba convenciéndome de que el amor que resiste a la ausencia y al desprecio es una fatalidad a la que es fuerza resignarse; y la triste luz de la esperiencia me mostraba, por fin, que mi pasion habia tomado el carácter de una de esas enfermedades crónicas, que, resistiendo a todo remedio, nos llevan al sepulcro cuando quisiéramos principiar de nuevo nuestra vida.

Sin embargo, todos los recursos no se hallaban agotados aun: quedábame Dios, al que mi alma aislada tornó con reverente ternura; quedábame la dulce relijion, en la que mi espíritu enfermo se arrojó como un apóstata que vuelve al seno de sus antiguas creencias. La piedad relijiosa del niño, adormecida por las borrascas del corazon, renacia de en medio de las tristezas del hombre, presentándose como el único consuelo: ella, al fin, si no borró de mi pecho la imájen que en él se enseñoreaba, me enseñó al menos a perdonar y a convertir mis pesares en melancólicas alegrías porque en ellos concentré mi existencia, ya que el olvido fuera imposible. En esta disposicion de áni-

mo di la vuelta por Europa mas tranquilo si no mas consolado, visitando los templos con preferencia a los paseos y espectáculos, buscando a Dios en todas partes y esperando tal vez que la profundidad de mi mal no tardaria en procurarme el eterno reposo!

En este viaje empleé un año entero.

De vuelta a Paris y atacado por una verdadera nostalgia, me despedí, contento de la Francia y regresé a Chile con la idea de vivir retirado en el campo, huyendo de todo trato social. Al mes de mi llegada a Santiago, cediendo a un deseo mui natural, me puse en marcha para Constitucion: al pisar su suelo, mi corazon latía como si fuese a ver a la Laura de mis primeros amores. Visitando aquellos lugares, con la profunda veneracion de los recuerdos, me sentí renacer a la vida, y por un raro capricho de mi dolor, creí que aun me estaba reservada la felicidad: cada roca, cada arbusto, cada colina conmovian mi alma mil veces mas que las grandezas del viejo mundo.

En Constitucion supe que Laura se habia establecido en Rancagua despues de la muerte de su hijo. Me vine aquí, animado de un sentimiento inesplicable, uno de los fenómenos mas raros del amor; pasion que sin embargo no escasea en contrastes: deseaba huir de Laura, y cedia al poder que hácia ella me arrastraba: para disculparme ante mi propio juicio, me dije que iba a verla por última vez.

La ví, por fin, y me sentí abismado por el recuerdo del juramento que, con toda la verdad de mi alma, la hice en los primeros dias

de nuestro amor: ¡la amaba aun y debía amarla siempre!

Desde entonces mi vida ha sido uno de esos silenciosos poemas que se desarrollan solo en los corazones mui tímidos o mui melancólicos, para los cuales la mujer amada alcanza las proporciones de un ser superior, al que rinden su misterioso y acendrado culto, sin jamas pensar en asociarse a su destino, ni en ser amados como ellos, los infelices, soñaron en el curso de sus aspiraciones. No obstante, mi corazón que debia recorrer todas las faces del sentimiento, no se detuvo en el amor contemplativo que se sustenta de vagas esperanzas y espera en la casualidad, esta Providencia de los desgraciados. Mis tres años de sufrimiento agotaron la resignacion, y al ver a Laura despues, la amé con la rábía concentrada de un criminal que se hunde en el abismo de la maldad, habiendo tal vez cometido involuntariamente su primera falta: a esto se unian mis lágrimas vertidas por ella, mis esperanzas tronchadas por su mano; mi vida, en fin, sacrificada miserablemente, y como esas madres sublimes que aman a sus hijos en razon de los pesares que las causan, mi pasión se convirtió en una especie de fanática idolatría sellada por el peso de mi desgracia.

Pocos dias despues de mi llegada a Rancagua supe que Laura no habia vuelto a casa de Clara despues de mi primera visita: esto destruyó mi último recurso; pues esperaba que viéndome se justificase. Al mismo tiempo noté el amor de Elisa, la deliciosa criatura que co-

noces. Llena de pureza, me entregaba su corazón, animada de ese raro desinterés con que algunas mujeres dedican en silencio su vida a un hombre que tal vez no las conoce. No queriendo engañarla me retiré como sabes de casa de Clara, hasta la noche de la tertulia en la que has visto el efecto que produjo mi romance. ¿Ha sido el grito de la desesperación arrependida o el lamento de una alma inocente? ¿cómo saberlo? Por más que haya buscado en mi espíritu los medios de justificarla, me ha sido imposible borrar de mis recuerdos la terrible escena de Constitución, y no queriendo poner a nadie en el secreto de mi corazón me he abstenido siempre de informarme ni oír nada que tenga relación con ella....

XI.

El desenlace de esta historia, ocurrido poco tiempo después de los acontecimientos que llevamos referidos, permite al autor apartarse de la escena y describir sus incidentes, ora en su conjunto, ora en partes separadas, sin necesidad de ceñirse a determinado suceso.

Un mes después de la tertulia de Clara, la flor de la sociedad rancagüina se hallaba preocupada por una sola idea. La estrecha unión que necesariamente debe reinar en sociedades donde todos los individuos pertenecientes a la misma esfera se hallan ligados por lazos de parentesco o por viejas y cotidianas relaciones, explica perfectamente la facilidad con que cualquiera noticia se hace el tema general de

las conversaciones de un pueblo. Una de esas voces que se ignora de donde parten y que, como una bomba incendiaria, caen en medio de las familias para preocupar todos los ánimos, habia hecho sospechar, lo que en la crónica casera equivale a una certidumbre, que Ismael, cediendo al amor de Elisa, proyectaba unirse a ella en corto tiempo, -y esta noticia, comentada con la prolija escrupulosidad de las jentes ociosas, acojida como un hallazgo en una poblacion escasa de acontecimientos, aumentada y correjida segun las versiones de cada uno, importaba nada menos que un brillante porvenir para la bella Elisa, la mas hermosa flor del verjel rancagüinõ, cuyos padres debian ver en aquel matrimonio la mano de la Providencia repartiendo sus dones en premio de la virtud, segun algunas devotas de la ciudad, o una mina de pesos fuertes, como decian los viejos especuladores que atribuian a Ismael una fortuna colosal.

No obstante, la jente investigadora no olvidaba la escena que habia puesto fin a la tertulia de Clara, y concluia de ella que Ismael se ocupaba tan solo de Elisa para derrotar las investigaciones de los curiosos y hacer olvidar las relaciones que necesariamente debia tener con Laura. En esta barrera venian pues a estrellarse todas las consecuencias despues de estar basadas en mil hipótesis mas o menos probables.

Una lijera ojeada sobre los personajes de nuestra historia nos servirá para conocer mejor los incidentes que prepararon su desenlace.

Ismael, despues de la tertulia de Clara, hallando en cada acontecimiento una prueba del crimen de Laura, resolvió curarse sirviéndose del principio de la homeopatía.—El amor de Elisa, pensó el jóven, adormeciendo con su tierna solicitud el dolor de tan profundas heridas me abrirá tal vez un campo nuevo, creándome nuevas esperanzas.—Y sobre esta base, cimentada en una simple suposición, pretendió Ismael levantar el nuevo edificio de su felicidad, dejando al tiempo el cuidado de reparar las pérdidas de su vida. Desde aquel día se le vió visitar la casa de Elisa con asidua constancia, dando márjen al rumor que circulaba de su próximo enlace.

La pobre niña recibia las visitas de Ismael como un enfermo recibe al médico en quien ha puesto su fé: el jóven reasumia para ella todas las delicias de la vida, y en medio de su exaltada abnegación habria tal vez renunciado a su amor si hubiese visto en él uno de esos hombres felices que parecen destinados a vivir cien años: ella amaba la frente pálida de Ismael, la concentrada melancolía de sus ojos, el poema de callados sufrimientos que revelaban sus enflaquecidas facciones. En el casto fervor de su alma, habia concebido una de esas resoluciones sublimes, propias casi de las mujeres y que han inspirado a los santos y a los mártires de todas clases: juró consagrar su vida entera a Ismael, aun a costa del sacrificio de sus aspiraciones: ¡la hermosa niña amaba con el alma!!

Sobre esta resolución, regada con las lá-

grimas de un amor desgraciado, Elisa principió su tejido de proyectos para volver la alegría al jóven, y entonces tambien principiaron a hacerse mas frecuentes las visitas de éste y con ellas mil inefables esperanzas arrullaron su corazon convidándola a la dorada ventura de ser correspondida en su amor. Su espíritu abrazó con tanta mas vehemencia este porvenir facinador, cuanto que logrando así realizar sus deseos de hacer feliz a Ismael, podia para ello ofrecerle su corazon: un tesoro abundante de sublimes atributos.

Por otra parte, Ismael, sin responder precisamente a sus deseos, se mostró como un hombre que acepta el amor que se le ofrece: habló de un modo vago de sus antiguos pesares mostrándola el deseo de abrazar una nueva vida. Un mes corrió de esta manera: Ismael combatiendo una melancolía mal disimulada; Elisa en una horrible incertidumbre.

Hácia este tiempo, Ismael se ausentó de Rancagua con el pretesto de pasar algunos dias en una hacienda vecina cerca de un amigo. Elisa entonces solo sintió el vacío inmenso de aquella separacion y calculó con horror la magnitud de su amor y de su sacrificio. Con esta circunstancia sus dudas se cambiaron en tristes certidumbres y el lenguaje del jóven la pareció de la mas completa frialdad; nublóse tambien el fugitivo sol de la alegría, y por una de esas reacciones del que aunque dispuesto al sacrificio ve fallidas sus esperanzas, sintió mucho mas dura la mision que se habia impuesto.

Al segundo día de su partida, Ismael recibió la carta siguiente, escrita en medio de terribles vacilaciones:

«Ismael: mucho he combatido con mi voluntad antes de resolverme a escribirle, y este paso, reprehensible ante los ojos de las preocupaciones de la sociedad, lo justifica mi conciencia por ser el único medio de que puedo valdarme para calmar la ajitacion que me destroza y vivir con la idea de alguna realidad, preferible mil veces a la duda. Además, me valgo de un medio, y acaso el único, por el que puedo hablar con libertad. Creo, Ismael, que Vd. no ignora cuánto le amo: mi amor es un sentimiento convertido en relijion; aceptado como un decreto del cielo; resonando en mi alma a todas horas como la voz de alguna vocacion poderosa que domina con absoluta tiranía; es, en fin, mas de lo que yo alcanzaria a describir: un amor de todos los instantes.

»Me parece tambien que para comprenderme seria necesario ser mujer o experimentar esa alegría abrumadora que me domina cuando siento sus pasos, cuando oigo su voz y cuando recibo sus miradas. Todo esto compone para mí una felicidad incalculable: en la mañana es mi porvenir y a él se ciñen mis aspiraciones; en la noche es mi pasado y en él se reflejan mis recuerdos queridos. ¡Ah! si el corazon limitase alguna vez sus deseos o tuviese en cuenta la timidez y la desconfianza del espíritu! Mas despues de connaturalizarnos con un amor aislado y cuando creemos invariables nuestras resoluciones, cedemos a su in-

flujo irresistible y nos preguntamos en silencio cuántos deleites debe difundir en la existencia ese pobre amor siendo correspondido!

» Aunque le escribo temblando, Ismael, me creo muy dichosa de decirle lo que de viva voz no habria tenido fuerzas para articular. Por el género de educacion que recibimos y mucho por nuestra propia naturaleza nos condenamos a callar todos nuestros sentimientos respecto de los hombres: he aquí el misterio de tantas pasiones desgraciadas, nacidas contra la fuerza de la voluntad muchas veces y funestas casi siempre: aparecen solitarias, se desarrollan en silencio sin mano amiga que las dirija o reprima y esparcen despues su melancólica sombra sobre el alma que creyó vivir de sus frutos y se contrista con el hielo de su abandono.

» Por mucho tiempo he podido, como le he dicho, resignarme solamente a mi amor; tal vez por la sorpresa de la completa transformacion que este sentimiento introduce en toda nuestra organizacion moral. Hasta ahora he recorrido un mundo lleno de dulzura aun en la tristeza que a largos tragos he bebido; la falta de otra alma, compañera de la mia en esta venturosa peregrinacion, ha sido suplida por la novedad del viaje, por la sensacion inevitable de lejanas esperanzas y por la pereza misma del alma, que se detiene a recibir las caricias de los primeros rayos de la pasion, como esas mariposas que siguiendo a su pareja se detienen solas y extienden sus alas a los cariños del sol. Por desgracia esto no ha

podido durar. Su ausencia ha destruido mis propósitos de resignacion, y el temor de perderlo se ha hecho oír sobre las demas consideraciones. En vano he combatido, en vano me he dicho que según las leyes sociales, al escribirle, Ismael, rompia con mi delicadeza de niña. El olvido de mí misma, este deprecio de lo que mas tememos la mujeres ¿no es un tributo sincero, ofrecido a despecho de la opinion? Sobre todo no he cedido sino a mi propia conviccion, sin cuidarme de ajeno parecer e impulsada por la fuerza tenaz que, desde que amo, ha cobrado mi voluntad. Mi corazon tímido hasta ahora se ha trasformado por Vd. en un centro de resoluciones enérgicas.

»Cuento tambien con que Vd. sabrá calificar el paso que doi, sabiendo que sin pretensiones de ningun jénero, cedo solo al irresistible deseo de aproximarme a Vd. y de llamar hácia mí su pensamiento. Mui léjos estoi de creer que Vd. pueda divisar una súplica en esta carta.—*Elisa.*»

Despues de enviar esta carta, escrita como dijimos en medio de terribles vacilaciones, no obstante la aparente tranquilidad que sus palabras manifestaban, Elisa se vió presa de la febril inquietud que ataca a los que esperan con temor. En la tarde habíase sentado cerca de una ventana frente a la puerta de calle. Atenta al menor ruido, sondeando con la vista las sombras de la noche que sucedian a las del crepúsculo de la tarde, su dulce rostro retrataba perfectamente el choque tempestuoso de sus encontradas sensaciones, tan pronto ri-

sueñas y cariñosas como tristes despues y sumerjidas en la angustia de las dudas. Su corazon era el teatro de un drama, el mas hermoso de la vida segun un hábil escritor, donde cada sentimiento hablaba su verdadero lenguaje, y cada pasion, revistiendo su forma verdadera, hacia resonar sus vibraciones por todos los ámbitos de ese estenso y armonioso recinto que llamamos alma de mujer.

En este momento sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada de Marcos, quien despues de saludar se colocó a su lado.

Marcos, el filósofo práctico que hemos conocido al principio de esta historia, habia sentido desvanecerse su estudiada indiferencia y sus frias doctrinas por el influjo dominante de su amor contrariado. Su afecto por Elisa se habia convertido en una pasion verdadera, desde que la niña, resuelta a sacrificarse por Ismael, le habia cerrado las puertas de toda esperanza. En su calidad de enamorado y egoista y obedeciendo tambien a la intolerante lei del amor propio, Marcos se propuso desde entonces impedir el enlace de la jóven con su antiguo camarada. Para ello puso en juego toda su actividad y sus recursos, sirviéndose de la intriga casera, del rol de enamorado sentimental, del influjo de Clara sobre Elisa, de todo, en fin, de lo que ciertos hombres echan mano para doblegar la contraria fortuna. Mas al cabo de un mes de obstinada lucha solo logró persuadirse que el amor de la niña era inalterable.

Elisa. desde la entrada de Marcos se habia

cubierto con esa máscara de disimulo que la mas inocente niña sabe emplear en caso de necesidad: sus ojos se fijaban con distraccion aparente en la puerta de la calle.

—Elisa, dijo Marcos, rompiendo el silencio, hace un mes Vd. se habria tomado la molestia de dejirme la palabra.

—Vd., respondió ella, tiene siempre algun reproche que dirijirme y sin embargo ¿no he sido franca? Le he ofrecido mi amistad, Marcos, una amistad sincera que ninguna circunstancia hubiera podido alterar, Vd. la ha rechazado porque es de aquellos que pretenden que una mujer puede dirijir las inclinaciones de su corazon y amar segun el capricho. ¿Acaso le he engañado con alguna esperanza?

—No, Vd. no me ha engañado en eso; pero no ha tenido la franqueza de decirme que amaba a otro.

—Es cierto, dijo Elisa, en eso he faltado. Pero, añadió sonriéndose con ironía, Vd. debe dispensarme esta falta. ¿Crée Vd. que un hombre, por solo amarnos, debe recibir nuestras mas íntimas confidencias? Pues si es fuerza decirlo, le confesaré que amo y amaré siempre a Ismael.

—¡Un hombre que ama a otra! exclamó Marcos palideciendo de despecho.

—Bien lo sé, replicó ella con admirable tranquilidad. Cuanto Vd. pueda decirme no me hará desistir de mi propósito. Es un sentimiento que constituye la parte mas risueña de mi vida: lo que otra llamaria tal vez un sacrificio, yo lo acepto como la mayor felicidad,

y sé mui bien que para consagrarle mi vida no necesito ni su amor ni su asentimiento. Ello será si Vd. quiere una ofrenda callada, estéril tal vez, sin beneficio alguno para él, sin ventaja tampoco para mí: ¡qué importa! Al amarlo no he calculado sobre el porvenir; he cedido al amor como entramos a la vida: sin reflexion.

—Diga Vd. locura y no amor, exclamó Marcos con la rábia de un hombre que pierde un tesoro a tiempo que reconoce su inmenso valor. ¡Hermoso porvenir, por cierto, el de una vida de suspiros!

—Para mí, le respondió Elisa, la mujer que no se olvida de sí misma no ama. Si obtengo algun dia el amor de Ismael seré mui feliz; pero ya vé Vd. que me hallo resignada a lo contrario.

—Tan duro sacrificio podria cambiarse en una felicidad pacífica, dijo Marcos con timidez.

—¿Cómo? preguntó ella admirada.

—Mui fácilmente, prosiguió Marcos, y para esplicárselo me permitirá algunas observaciones.

Elisa inclinó la frente en señal de afirmacion.

—En primer lugar, dijo él, Vd., al sacrificarse, jóven como es, ignora que tales ofrendas, dirigidas a una persona indiferente, solo sirven para dar pábulo a su orgullo y no llegan jamas hasta su corazon.

—Vd. sabe que no pretendo tal cosa, exclamó Elisa interrumpiéndole.

—Bien está, replicó Marcos; pero Vd. ignora que cuando hai de por medio otro amor, como sucede ahora, los tributos, léjos de agradar, fastidian soberanamente.

—¡Oh! dijo ella ruborizándose.

Marcos, por su parte, sintió que atacando el orgullo habia dado con el punto vulnerable.

—Es una verdad, dura como todas las verdades, continuó sin cuidarse de la aflixion de Elisa. La mujer que conoce que fastidia con su amor a un hombre, no podrá por orgullo continuar mostrándole semejante afecto: de manera que es necesario callarse y aparentar una indiferencia que no existe. De aquí una de esas melancolías que devastan el alma y apagan con prodijiosa rapidez el brillo de la belleza.....

Marcos calló un momento para observar el efecto de sus palabras: la niña movió su labio inferior con soberano desprecio.

—Cada lágrima, prosiguió él, surca por el alma a la par que por las mejillas una traza indeleble. Un mes ha trascurrido apenas y ya se lleva contado un siglo de sufrimiento. Despues viene la indignacion y tras ella la indiferencia, horrible como un ataque de nervios, porque sin dolor declarado hai un malestar insufrible, y el malestar para las almas amantes equivale a una perpétua agonía. De este modo puede llegar el mas amargo de los momentos que puede tener una niña.....

—¿Cuál es? preguntó Elisa viendo que Marcos se detenía.

—El deseo de casarse cuando la época se ha pasado, respondió él.

Elisa se puso a reir con tal franqueza que Marcos sintió su sangre convertirse en hielo.

—Pero hasta ahora, dijo ella despues de reirse largo rato, nada de esto me dice el medio de remediar el mal.

—Mui fácilmente, contestó Marcos, Vd. debe adivinarlo.

—En verdad que nó, dijo ella.

—Sin embargo, replicó Marcos con esa obstinacion de los que están persuadidos de la eficacia de un empeño tenaz, sin embargo Vd. conoce la profunda sinceridad de mi amor: mi vida consagrada a este objeto esclusivo la haria bien pronto olvidar ese capricho. Ademas Vd. colmaria el deseo de sus padres.....

—Mis padres, dijo Elisa, consideran mucho a Ismael.

—Porque ignoran sin duda su pasion por Laura.

—¡Su pasion! exclamó la niña con impaciencia y cayendo en las reflexiones que Marcos esperaba suscitar con aquella palabra. ¿Quién puede asegurar lo que Vd. dice? preguntó despues; todos hablan sobre mui vagas conjeturas.

—No tan vagas, observó Marcos.

—¿Hai quien lo sepa a punto fijo? preguntó ella temblando.

—Sí, yó, dijo Marcos con firmeza.

La niña entonces, léjos de reirse, palideció espantosamente.

—¡Oh! Vd. puede equivocarse, articuló con voz apagada.

—No pretendo ser infalible; mas por ahora creo no equivocarme: existen pruebas.

—¿Puede Vd. dármelas?

—Sí.

—Pues bien, hágalo Vd.

—¿Y entonces?... preguntó Marcos.

—Entonces cambiaré de resolucion, dijo Elisa turbada.

XII.

Como todos los que aman sin ser correspondidos, Elisa habia conservado hasta aquel momento, bien oculta en el fondo de su corazon, y tal vez sin confesárselo a ella misma, la esperanza de obtener algun dia el amor de Ismael. Esta luz incierta en medio a las tinieblas del porvenir, brilló con mas cercano fulgor desde que el jóven venia diaramente a su casa. Las últimas palabras de Marcos, aumentando la agitacion de su alma con las vacilaciones de su espíritu, acrecentaron tambien sus deseos de conocer las relaciones entre Laura e Ismael, pues sintió que en ellas estaba la respuesta de su destino.—Si se aman aun, todo está perdido, repetia por la octava o décima vez calculando la última promesa de Marcos.

En este momento, un lijero ruido interrumpió los racionios de la niña, llamando toda su atencion hácia la puerta de calle: una sombra, al parecer de un hombre, atravesó dos

veces el espacio de la puerta, detúvose un instante y desapareció. Elisa, que seguía los movimientos de aquella sombra, salió silenciosamente de la pieza en que se hallaba dirigiéndose a la puerta de calle: a su vuelta, el mas indiferente observador hubiera podido leer en su semblante las muestras de una ajitacion mal reprimida.

A las once de la noche, Elisa leía la carta siguiente, despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta de su dormitorio:

«Su carta, Elisa, me ha puesto frente a frente con mi verdadera situacion que a todo trance he querido olvidar. Intimamente conmovido por ella, me he vuelto a preguntar las causas de un largo dolor que Vd. ignora, diciéndome que Dios me ha enviado hácia Vd. para ofrecirme una nueva vida en la que mi alma podria recobrar su perdida alegria, mi espíritu sus fuerzas y su juventud agotadas.

»La hablo, Elisa, con la mas pura sinceridad: cada una de sus palabras, cada frase de Vd. donde se refleja su alma, han sido para mí lo que para un viejo los recuerdos del tiempo que ha pasado: lloré sobre esos renglones con el llanto del que vé escapársele lo mas divino de la vida: un amor cifrado únicamente en la poesia y grandeza del corazon: un amor como el de Vd. en el que brillan la abnegacion y la verdad, dos virtudes mui raras en todo tiempo. He vuelto, como la he dicho, mi memoria al pasado para poder contar lo que me resta para el porvenir y me hallo mui pequeño ante su grandeza, mui pobres los fragmentos de mi

corazon para asociarlos a la lujosa riqueza de su alma.

»Como todos, Elisa, Vd. ignora que hai en mi vida un acontecimiento que sin cesar debe aflijirme; una historia dolorosa, con la que por nada querria empañar la diáfana limpieza de su inocencia: fué una horrible tormenta, demasiado borrascosa para un niño que debió plegarse ante su furia. Mi frente se ha alzado despues; pero ya mui débil y sombría a fuerza de inclinarse por el pesar: ¡tenia entonces veinte años! Desde ese dia, mi carácter, mi espíritu, mis gustos y mis sensaciones han cambiado necesariamente: mi corazon en esa lucha lo ha perdido todo, menos la triste facultad de sufrir. Contando con que Dios me hubiese dotado con la mas feliz organizacion moral, mui poco puede sobrevivir de las prendas del hombre en el que tan desgraciados hechos han borrado hasta la sombra del feliz de otros dias. Y este raciocinio, mui verdadero por mi mal, arroja sus amargas consecuencias sobre mi ánimo, privándome de toda esperanza, la mas vivificante sávia de la vida.

»Desde entonces tambien y con el transcurso del tiempo me he sentido inhábil para todo jénero de existencia que no sea la que el hábito de mis melancólicos recuerdos me ha formado; de modo que me encuentro en el caso de esos esclavos que renuncian a la libertad por la costumbre que han adquirido de obedecer: ¡tal vez no comprendo ya la felicidad!

»Créame, Elisa, que es mui duro empeño para una jóven el consolar un corazon que guarda

La traza de profundas heridas; mui tosco peso el de cargar con la obligacion de disipar los cuidados de una frente siempre sombría; de hacer resonar los acentos de la felicidad en el desierto de una alma herida en su juventud. La helada sombra del sufrimiento proyectaria su enojoso tinte sobre su corazon de ángel; el dolor es el mas contagioso de los males, por ser de nuestras facultades la que mas pronunciada poseemos. Vd., niña de abundante y escojida sensibilidad, creyendo en el amor como a su edad se cree en todo lo bello, querría de mis pesares tomar al menos una parte, y con ello faltaria a la mision pue Vd. tiene: Dios la ha formado buena, pura y hermosa, no para gastar esos dotes en un dolor ajeno, sino para unirlos a otro hombre igualmente favorecido y hacer una de esas parejas sublimes que realizan la verdadera union sobre la tierra. Cuatro años há yo habria podido ser cse hombre: perdóneme, Elisa, tan orgullosa reminiscencia. Entonces hubiera podido ofrecerla un corazon intacto, una alma jóven que ni el pesar, ni el placer habrian hecho vibrar; un pasado sin época alguna dolorosa, y un porvenir sin límites: el porvenir de un enamorado de veinte años. Mas, como la he dicho, desde aquella edad todo ha cambiado, o mas bien, amiga, todo se ha destruido.

»No concluiré sino pidiéndola una gracia: consérveme su amistad, Elisa; ya vé Vd. que habiendo andado mui lijero en la vida me veo llegado al término en que se prefiere la amistad al amor.—*Ismael.*»

Concluida la lectura, Elisa inclinó su frente agoviada por el peso de una resignacion dolorosísima: sus ojos recorrieron de nuevo las líneas fatales mientras que su imaginacion vagaba perdida entre mil pensamientos incoherentes: un llanto amargo, el llanto del alma sobre las muertas esperanzas, rodó abundante sobre sus pálidas mejillas.

Alzóse al cabo de larga meditacion, puso la carta en una pequeña caja y fué a arrodillarse ante una dolorosa colocada en la cabecera de la cama. Allí levantó hácia el cielo una de esas plegarias de sentido lenguaje, divinas preces que solo Dios entiende, y en las que, por un recojimiento absoluto, el alma eleva al trono del Creador sus quejas, sus gracias y sus aspiraciones. Su voz, como un lejano lamento, se perdió poco a poco, se ajitaron convulsos sus labios descoloridos, y con las manos suplicantes, oró por largo rato como si hubiese olvidado el mundo entero. ¡Pobre alma, viuda de terrestres esperanzas que tornaba al cielo la fuente de esperanzas eternas!

El resto de la noche fué para Elisa uno de esos suplicios morales en los que el corazon se multiplica para abrazar el dolor en todas sus faces.

.....

A la misma hora en que Elisa recibia la carta de Ismael, Marcos llegaba a casa de su hermana con risueño semblante, como un hombre que está a punto de hacer un buen negocio. Clara al verlo sentarse sobre el sofá opuesto al que ella ocupaba con su marido y

otras personas, se acercó hácia él dirijiéndole una mirada interrogativa.

—Por mi parte, dijo Marcos, en voz baja y como respondiendo a aquella pregunta, algo se ha avanzado.

Y diciendo esto inclinóse sobre el sofá con aire de satisfaccion.

—¿Cómo? preguntó Clara.

—Primeramente, prosiguió él, la he probado que sacrificándose hacia un solemne disparate.

—Y lograste convencerla?

—No del todo; pero la he hecho reflexionar sériamente, y de allí al convencimiento no hai gran distancia.

—¿Quién sabe! exclamó Clara moviendo la cabeza como el que tiene fuertes motivos de duda.

Marcos la miró esperando las razones de tal exclamacion; mas viendo que Clara se callaba,

—¿Cómo quien sabe? preguntó con admiracion cual si aquella duda le estrañara sobremanera.

—Sí, pues, contestó Clara: para hablar con seguridad seria necesario que Elisa te amase.

—Antes de la venida de Ismael creo que no la era indiferente, dijo Marcos.

—Mui bien; pero ahora, insistió ella.

—Ahora, Elisa vive bajo un capricho, alucinacion de la que saldrá mui pronto si tiene datos positivos sobre el amor de Ismael y Laura.

—¿Y tú la dijiste algo sobre eso? preguntó Clara.

—Ciertamente. Y la he hablado de ello como una cosa segura, prometiendo probarlo en caso necesario.

—Y ella, ¿qué ha dicho?

—Ha aceptado la propuesta.

—De modo que piensas revelárselo todo.

—Y ¿qué hacer? dijo Marcos con resolución.

—Haz como quieras, contestó Clara: todos los documentos están en mi poder.

—Entonces, dijo Marcos, voi a verlos. Buenas noches. Ah! exclamó volviéndose hácia su hermana, ¿cómo podré mostrarlos? Cuento contigo?

—Bien, dijo ella despues de reflexionar un momento. Haré prevenir a Elisa que tengo que hablarla y vendrá mañana sin falta.

—Bravísimo, exclamó él frotándose las manos con alegría. Buenas noches. Sabes, Clara, que creo cantar victoria mui luego?

—Y yo tambien, dijo ella, buenas noches.

Clara al responder de este modo estaba mui lejos de querer aludir al asunto de su hermano. Su idea favorita de reunir a Laura con Ismael la habia sugerido aquellas palabras, y deseando por otra parte evitar a Elisa las consecuencias de su amor, adoptaba los planes de Marcos como el único medio de sacarla de tan funesto error.

Al siguiente dia Elisa y Clara se hallaban solas en un cuarto de la casa de ésta.

—Elisa, decia Clara con el tono del mas afectuoso cariño, tú sabes que te quiero como a hermana y que por consiguiente tu felicidad me es tan preciosa como la mia propia.

—Bien lo sé, respondió Elisa alzando sobre su amiga sus bellos ojos, en los que se retrataba un profundo reconocimiento.

—Por esta razon, continuó Clara recibiendo con amor la mirada de la niña, debes permitirme que te hable con toda franqueza.

—Oh! hazlo cuanto antes. Pero sabes, Clara, añadió Elisa, que me asustas con tanta seriedad?

Y la sonrisa que trataba de imprimir a sus labios se helaba sobre ellos acusando su turbacion.

—Lo que voi a decirte no carece de gravedad, dijo Clara sonriéndose para serenarla. Hasta hoi, añadió, creo que en mí has tenido ciega confianza, ¿no es verdad?

—Sí, absoluta, exclamó Elisa.

—Yo, por debilidad tal vez, o por no creer oportuno desengañarte, te he dejado, sin consejos, entregarte a un amor sin esperanzas.

—¡Clara! tú tambien vas a hablarme contra él, dijo Elisa en tono de reproche.

—Tambien, mi vida, dijo Clara, y por qué no? Siendo tu mejor amiga, tu hermana por el corazon, ¿no debo mostrarte los escollos que por tu inesperienza no puedes ver? no debo decirte que sigues un camino errado cuando veo que te apartas del verdadero?

—Pero, dijo Elisa turbada, no veo....

—Bien está, replicó Clara; mas yo veo por tí y creo necesario hacértelo nectar. Debes saber que tu amor no es ya un secreto para nadie.

Elisa inclinó la frente como para ocultar las lágrimas que corrian sobre sus mejillas.

—Pero esto, continuó Clara enterneciéndose con la aflicción de su amiga, no es una falta mientras una niña se encierra en el silencio; mas lo que realmente es perjudicial es que amas sin ser correspondida.

—¡Y qué importa! exclamó Elisa, ¿dónde está el mal?

—En que pierdes todo a lo que una niña puede aspirar.

—Ah! no aspiro a nada, dijo ella suspirando.

En este instante Marcos entró a la pieza, y preparado como se hallaba para esta entrevista, se acercó hacia Elisa saludándola con marcada afabilidad. Ella interrogó a Clara con la vista como diciéndola que era necesario tomar otro asunto de conversacion; mas Clara pareció no comprenderla y Marcos tomó un asiento al lado de las dos jóvenes.

—Ayer prometí a Vd., dijo dirigiéndose a Elisa, convencerla con datos de cierta verdad a la que Vd. se negaba creer.

—¿Y? . . . preguntó ella temblando.

—Los datos están allí, dijo Marcos mostrando un legajo de papeles colocado sobre una mesa. Pero antes de mostrarlos me permitirá imponerla de todos los antecedentes.

—Estoi pronta a oirlo todo, contestó Elisa con resolución, cual si las fuerzas que la habian abandonado la acudieran en el momento decisivo.

—Pues bien, dijo Marcos, tratare de ser breve.

Hace poco mas de tres años que Ismael fué

presentado por un tío suyo en la casa de Laura, que se encontraba viviendo en Constitucion al lado de su padre y de una hermana llamada Florentina. Laura era viuda ya y tenia un niño, único fruto de su matrimonio, el que, como Vd. sabe, murió aquí de resultas de una calentura.

En la casa visitaba un jóven de veinte y cinco años llamado Adriano, hijo de un comerciante pobre del puerto.

Vd. ha visto a Laura y confesará, con todo el pueblo, que es admirablemente bella. Ismael, al cabo de quince dias se hallaba perdido de amor, y despues de haber devorado su pasion la comunicó a Laura, la que hallándose en los mismos sentimientos se encontraba sin embargo en circunstancias de no poder alentarlos.

—¿Y por qué? preguntó Elisa divisando en esto una esperanza.

—Por una razon que hace su elogio, contestó Marcos.

—Todos estos datos, dijo Clara, me han sido dados por Laura y he creido de mi deber hacer uso de ellos.

—La razon es esta, continuó Marcos. Su marido, que al casarse poseia una hermosa fortuna, murió como Colon, pobrísimo; y hai quienes aseguran que en vida pasó sus bienes al poder de un hermano suyo soltero, el que testó a favor de Laura y del hijo, mas con la condicion espresa de pasar toda la herencia a un convento de monjas en caso de que Laura contrayese segundo matrimonio: de este modo el viejo murió con la esperanza de condenar a

su mujer a perpetua viudez, so pena de dejar al niño en la miseria. Ismael ignoraba todo esto y Laura lo calló por una delicadeza estremada, contentándose con pedirle que esperase algun tiempo, mas sin divisar esperanza ninguna en el porvenir. Durante algun tiempo todo marchó bien, y acaso Ismael habria esperado con evanjélica paciencia si un acontecimiento imprevisto no hubiese venido a echar por tierra la paciencia del uno, las esperanzas de ella y la felicidad de ambos.

Hace un momento la hablé de un jóven llamado Adriano que diariamente visitaba en casa del padre de Laura: este jóven pretendia la mano de Florentina, pretension que cuadraba mui mal al padre susudicho, quien no veia en él sino el hijo pobre de un pobre comerciante, y no perdonó medio alguno hasta hacer interrumpir las visitas del pretendiente. Esta órden, aunque obedecida, fué calificada de intempestiva por ambos amantes, los que se hallaron reducidos a verse solamente en los paseos que las jóvenes solian hacer en la tarde, y a poco tiempo fué necesario interrumpir estos paseos por la cautelosa vijilancia del viejo. Con tales contratiempos la casa, antes alegre, se trasformó en un valle de lágrimas, y como nunca deja de suceder en casos semejantes, la separacion redobló el amartelamiento de los niños.

Adriano logró hacer llegar a manos de Florentina un billetito en el que como único espediente de salvacion la proponia el ser recibido en la casa despues que las visitas se hu-

biesen retirado: «Si Vd. me ama, concluía diciendo el ingenioso amante, sabrá obtener de Laura esta concesion en favor de nuestras desgracias. Estando ella presente mis visitas no serán sino un medio inocente de burlar la tirania que nos oprime y poner término a la penosa ausencia a que se quiere injustamente condenarnos.» Esto se pasaba un dia despues de la última entrevista, dia calificado por supuesto de siglo de amargura.

Despues de mil súplicas, Laura se dejó convencer y se convino en recibir al jóven en el cuarto de ésta; convenio que fué puesto en ejecucion desde la misma noche.

A la tercera o cuarta visita, y cuando los tres infractores de las leyes domésticas se creian seguros de no ser sorprendidos, oyeron furiosos golpes acompañados de la terrible voz del padre que mandaba abrir, acompañando a su órden la intencion manifiesta de echar la puerta por tierra. A esta voz Florentina corrió con Adriano hácia la pieza inmediata, haciéndolo escaparse por una ventana que caia sobre el huerto. Laura abrió la puerta cuando juzgó que Adriano habia partido, y tuvo el suficiente valor para arrostrar la cólera paterna en beneficio de su hermana; esperando mejor momento para esclarecer el hecho e interceder por ella. El resultado final fué el enlace entre Adriano y Florentina, que viven desde un año há en la mas completa felicidad.

—Hasta aquí, dijo Elisa, no veo cómo Ismael.....

—Voi a ello, dijo Marcos interrumpiéndola.

Ismael, quién sabe por qué medio, parece que tuvo conocimiento del suceso en la noche misma, y creyéndose burlado por Laura, abandonó a Constitucion en la mañana siguiente, pasó algun tiempo en Santiago, fué a Europa y ha venido, como Vd. ve, a fijarse en el mismo punto donde reside Laura; prueba evidente de que su amor no se ha estinguido.

—Es cierto, murmuró Elisa con el llanto en los ojos, y Vd. cree.....

—Yo creo, dijo Marcos juzgándose ya victorioso, que si nuestro amigo supiese la verdad del caso se arrojaría a los pies de Laura implorando su perdon, el que creo no será mui difícil de obtener.

—Ah, exclamó Elisa estremeciéndose, Vd. piensa que así sucederia?

Detúvose un momento pensativa y levantando despues la frente:

—Marcos, dijo, voi a pedirle un servicio que espero no me niegue.

—Lo haré gustosísimo, dijo él.

—Como Vd. me ha dicho, prosiguió Elisa, aquellos son los papeles relativos al testamento.

—Sí.

—¿Puede Vd. dejarlos en mi poder hasta mañana?

Marcos, sin contestar, tomó el legajo de papeles y lo puso en manos de Elisa.

—Mil gracias, dijo ella bajando la vista para ocultar sus lágrimas. Tambien le ruego que a nadie comuniqué lo que me ha dicho. Clara, añadió despues de breve pausa, ¿me acompañarás?

Sobre un signo afirmativo de esta, las dos salieron de la casa dirigiéndose a la de Elisa.

La pobre niña, agoviada por la revelacion que acabada de oír, marchaba apoyándose en el brazo de Clara, con la frente abatida por sus tristes ideas, henchido de sollozos el pecho, anudada por el llanto la garganta y combatiendo a duras penas las lágrimas que, mojan-do sus párpados se evaporaban allí por el esfuerzo de su heróica voluntad. La realidad, presentida por largo tiempo, se mostraba por fin, desarrollando ante su espíritu el árido cuadro de la abnegacion, bosquejado hasta entonces solamente en su alma e iluminado con el fulgor de una dulce aunque lejana esperanza; mas esta esperanza, desvaneciéndose a la par que sus dudas, dejaba en su pecho el horroroso vacío que deja todo afecto querido que se estingue, toda pasión que es fuerza arrancar violentamente del alma para arrojarla en el abismo del desconsuelo. Segura de su desgracia, Elisa deploraba la pérdida de sus dudas y miraba como días felices los que habian visto las lágrimas de su amor solitario!!

Clara entre tanto respetando el dolor de su amiga permanecia en silencio. Al llegar a las inmediaciones de la casa, Elisa levantó los ojos sobre Clara y estrechándola cariñosamente la mano:

— Mui en silencio hemos venido, dijo. Pensaba, Clara, en tus consejos y me decia que, fuera del interés que por mí tienes, es imposible que no hayas formado algun plan.

—¿Un plan? y sobre qué? preguntó Clara sorprendida.

—Sobre Laura, contestó Elisa; siempre me has dicho que era una hermana para tí.

—Es cierto, dijo Clara, quisiera verla feliz. Tú has visto que sufre con admirable resignacion por una falta de la que está tan inocente como tú y yo.

—Pobre Laura, murmuró Elisa reflexionando. Y dime, añadió, ¿ella ama siempre a Ismael?

—Oh, siempre, con delirio, contestó Clara.

Estas palabras hicieron estremecerse a la desgraciada niña, no obstante que esperaba tal respuesta. Ambas volvieron a quedar en silencio hasta llegar a la puerta de la casa.

—Pues bien, Clara, dijo Elisa, como si continuase la conversacion interrumpida, yo tambien tengo un plan.

—¿Y cuál es? preguntó Clara.

—Mañana lo sabrás.

—Por qué mañana y no ahora?

—Porque iré a tu casa en la tarde a ejecutarlo ¿me esperarás?

—Sí.

—Entonces, hasta mañana, dijo Elisa.

Y despues de un afectuoso abrazo las dos se separaron.

XIII.

Clara, al entrar a su cuarto vió a Marcos que la esperaba paseándose ajitado.

—¿Y bien, hermanita? preguntó al verla entrar, qué ha sucedido?

—Cómo que ha sucedido? preguntó ella a su vez; nada me parece. . . .

—Bien sé que no ha temblado, exclamó Marcos impaciente; pero en fin, Clara, tu has acompañado a Elisa hasta su casa.

—No lo niego, dijo Clara con tranquilidad.

—Y en el camino, continuó él, has hablado con ella precisamente.

—Mui poco; Elisa parecia mui abatida.

—¿Ah?

—Sí. Solo al llegar me dijo, entre otras cosas, que tenia formado un plan.

—Y ese plan, exclamó Marcos acercándose con curiosidad a Clara, tú lo conoces ¿no es así?

—Ni una palabra.

—Pero si ella no te lo ha comunicado tú debes al menos sospecharlo.

—Tampoco.

Marcos se paseó ajitado a lo largo de la pieza, sintiendo estrellarse su paciencia contra la inalterable tranquilidad de su hermana. Clara por su parte se callaba no queriendo alentar las esperanzas de Marcos, que a su modo de ver eran irrealizables.

Al cabo de algunos momentos Marcos volvió a pararse delante de Clara. Su frente se habia serenado, y sus labios, un instante comprimidos por la impaciencia, se habian desplegado, casi dibujando una sonrisa de satisfaccion.

—No estoi mui distante de creer que ese plan de que me hablas sea en favor mio, dijo interrogando a su hermana con esta reflexion.

—Difícil me parece, contestó ella.

—Ningun motivo tienes para pensar así, replicó Marcos, visiblemente contrariado con aquella brusca respuesta.

—Ninguno, pero tal es mi opinión.

—Clara, dijo él en tono de sentencia, reasumamos si mal no te parece; no hai como alumbrar lo que está oscuro para ver con claridad.

—Con mucho gusto, dijo Clara. ¿A ver?

—Para mí es indudable, prosiguió Marcos, que despues de lo que la hemos contado, Elisa se resolverá a renunciar a Ismael.

—Bueno, renunciará.

—Renunciando, y para calcular bien, contemos un mes de duelo. ¡Qué mas, caramba! con un mes de llanto hai para perder las pestañas

—Un mes; ¿y?

—Pasado este mes, como parece racional Elisa se resigna. Acuérdate que he dicho «se resigna.»

—Muy bien.

—Tras la resignacion viene el consuelo.

—¿En cuánto tiempo?

—En quince dias.

—Va mes y medio, observó Clara no queriendo salir de su propósito de no dar a su hermano ninguna esperanza.

—Despues de esto, continuó Marcos, Elisa verá casarse a dos de sus amigas que están de novias, como tú sabes. Una niña no puede ser indiferente a tan solemne ceremonia; de manera que al dia siguiente se levanta pregun-

tándose: ¿y yo que puedo hacer otro tanto, por qué no lo hago? El Ejemplo es tentador.

Clara contestó solo por una sonrisa al raciocinio de su hermano: su lógica la parecía de las mas curiosas.

—Creo que entonces, dijo Marcos, podré presentarme y luchar con ventaja contra cualquiera pretendiente, y en tal caso no veo por qué no he de recobrar mis antiguos privilegios.

Aquí Marcos se calló, esperando una respuesta; mas viendo que nada se le contestaba:

—Lo mas importante por ahora, dijo, me parece es tener algun indicio del plan que ha formado.

—Todo lo que yo alcanzo a ver, dijo Clara, es que Elisa debe saber que Ismael vuelve mañana.

—Ah, es cierto, exclamó Marcos; perfectamente: mañana me voi a recibirlo y de este modo sabremos algo.

Y diciendo esto se retiró persuadido de que al dia siguiente sabria cuanto deseaba.

En la mañana del dia tan esperado por Elisa y Marcos, Ismael se hallaba sentado en un sofá de su cuarto recorriendo las pájinas de un libro. Era la misma figura de poética melancolia que hemos visto al principio de esta historia: nada de ella habia cambiado, sino que sus mejillas perdiendo un tanto la enfermiza palidez que las cubria, estaban ahora animadas por un fujitivo encarnado que realzaba la belleza de su noble semblante, volviéndole la frescura de la juventud que las profundas heridas de su dolor le robaran a porfia.

Después de recorrer todas las páginas del libro, ora deteniéndose en alguna de ellas, ora pasando rápidamente sobre otras, el joven dejó caer el libro sobre el sofá, como fatigado de aquel pasatiempo, y sus ojos se fijaron sobre un punto invisible del espacio, en uno de esos reposos que toma la vista mientras la imaginación recorre con amante porfía los campos de la memoria o salta caprichosa por entre las sinuosidades del porvenir. Pero si algún observador hubiese contemplado su rostro, examinando su dolorida expresión, el abatimiento de su actitud, todo en fin lo que Lavater ha tomado por base de sus observaciones; ese observador habría conocido a primera vista que la imaginación de Ismael no estaba lanzada en el caos de lo desconocido, sino que, viendo sobre su frente las nubes que las enojosas ideas amontonan; descubriendo en la misteriosa quietud de los ojos la tenaz concentración del alma que quiere vivir en los días de antes, sufrir de los pasados dolores y cortar sus heridas para renovarlas; habría reconocido en él una víctima de los recuerdos.

Ismael se hallaba como siempre, frente a frente con sus pesares, olvidado del presente, y lo que es peor, desterrado de la patria del porvenir, que para todos guarda casi siempre alguna flor de preciosa fragancia. Se hallaba, por su mal, dotado de una de esas organizaciones privilegiadas, exclusiva en el placer y el dolor: para él, como para todos los que viven por el alma, la vida solo tenía dos faces, la una hermosa y radiante, como la salida del sol en el

verano, rosada como el prisma por el cual los adolescentes divisan el mundo; faz divina, que reasumia todas las modificaciones de la vida, todas sus riquezas, toda su lozania en una sola y vívida palabra: ¡el amor! Arida la otra, cual las amargas decepciones de la edad madura, sombría y helada por todas partes como una horrible pesadilla, vasta y estrecha, pero siempre triste y comprendida tambien en un círculo: la indiferencia.

Fuera de estas dos faces, a las que necesariamente deben circunscribirse las personas de que hemos hablado, Ismael no admitia ninguno de los términos medios, propios de las naturalezas vulgares: ni pequeños dolores ni mezquinas esperanzas, nada, en fin, de los que viven con el dia de hoy y la preocupacion de mañana. Su alma, vasta como el deseo, necesitaba, o un pasado para alimentar su memoria, o un porvenir para esplayar anchamente sus aspiraciones: por desgracia, la suerte le habia deparado los recuerdos que conocemos.

Largo rato habia permanecido Ismael en la actitud contemplativa en que lo hemos visto cuando unos golpes dados a la puerta le hicieron suspender sus reflexiones para decir, casi maquinalmente,

—Adelante.

La puerta se abrió, dando paso a Marcos que, con la sonrisa en los labios, vino a estrechar la mano de Ismael.

—En fin, dijo Marcos sentándose, parece que te has acordado que tienes por acá amigos que te desean.

—Y cómo has sabido mi llegada? dijo Ismael, respondiendo por una sonrisa al cumplimiento de su amigo.

—Mui sencillamente, contestó éste: tú dijiste, al despedirte, que volverias en esta semana.

—Mui bien; pero en la semana hai mas de un dia.

—Sí; mas yo para adivinar, he preguntado por tí desde el lunes.

—Marcos, exclamó Ismael golpeándole el hombro con cariño, eres sin disputa el mejor amigo.

—Vivo en esa persuasion, dijo Marcos con seriedad; pero no creia que volvieses antes del sábado, añadió despues de una lijera pausa.

—Y como ves, dijo Ismael sonriéndose, he llegado el jueves.

—Marcos hizo un lijero movimiento de impaciencia como si hubiese esperado otra respuesta que la que acababa de oír; púsose de pié y haciendo arder un fósforo encendió un cigarro. Entre tanto Ismael habia hecho lo mismo y recostádose sobre el sofá como para contemplar mejor el jiro ascendente del humo.

Marcos no pudo sustraerse a un pasajero movimiento de envidia al contemplar la magnífica belleza de su amigo y pensó con desaliento que en caso de tenerlo por rival estaba perdido sin remedio.

—¿Y?... dijo como anudando la conversacion, por qué te has vuelto tan pronto?

—Sabes, dijo Ismael, que te has puesto curiosísimo desde que no te he visto?

—Te hacia esta pregunta, dijo Marcos mor-

diéndose los lábios, porque tu vuelta corresponde con lo que yo pensaba.

—¡Ah! exclamó Ismael, sospechando que su amigo conocia ya el motivo de su viaje ¿cómo así?

—Mira, quiero ser franco contigo, replicó Marcos sentándose al lado de Ismael. Desde tu partida han ocurrido aquí algunos trastornos.

—¿Ah?....

—Sí. Tú no ignoras que desde la tertulia de mi hermana, todos tienen sobre tí una opinion.

—¿Cuál?

—La de que piensas casarte con Elisa.

Marcos al pronunciar estas palabras se sentia desfallecer.

—¿Yo? Ni lo he soñado, dijo Ismael fijando sobre su amigo sus ojos penetrantes.

—No sé; pero en fin esto ha sido la creencia de todos, replicó Marcos, respirando con mas libertad.

—Pues si es así, dijo Ismael, todos se han engañado.

—Vamos, confiesa una cosa, repuso Marcos acercándose a Ismael; Elisa te ha querido.

—No sé.

—Entonces, tanto mejor.

—¿Por qué tanto mejor?

—Porque ahora el viento ha cambiado y parece que Elisa renuncia a tí.

—¿Ola?

—Qué quieres, mujer al cabo.

—Pero hasta aquí, dijo Ismael, no veo dónde quieres venir con tus preguntas.

—Voi a decírtelo. Por ciertos antecedentes creo que Elisa desea hablarte.

—Bien puede ser, contestó con indiferencia Ismael, y ¿qué hai en ello de extraño?

—Hai que yo estoi mui interesado en esa conversacion.

—¿Sí?

—Mucho; y quiero hablarte como a un amigo: quiero mas, deseo que me aconsejes.

—Imponme del asunto y lo haré con vivo placer.

—Pues bien, Ismael, acabas de decirme que ni has soñado en casarte con Elisa.

—Mui cierto, y lo repito; no lo he soñado,

—Es decir que no la amas.

—No. Tengo sí por ella un profundo aprecio y en caso de necesidad la haria sacrificios como un verdadero amante: Elisa es un ángel,

—Perfectamente. Ahora óyeme: antes de tu llegada a Rancagua yo sentia por ella una aficion pacífica, amor tranquilo cifrado en su carácter y en sus prendas morales, y en las físicas tambien por supuesto. De este modo esperaba con paciencia la época de redondear mis intereses pecuniarios y ofrecerla mi mano. Mas despues este amor pasivo se ha cambiado en una verdadera pasion, tal como no me creí jamas capaz de sentir; mi amor se ha hecho sentir con la fuerza de las pasiones que se desarrollan tarde: se ha trasformado en locura y mil veces he tenido celos de tí.

Al decir estas palabras, Marcos estaba tan conmovido que Ismael ertrechó su mano para tranquilizarlo. Marcos prosiguió,

—Ahora, despues de una revelacion que yo mismo la hice y sobre la cual me ha exijido el mas profundo silencio, Elisa parece haber cambiado de opinion sobre mí; y sea realidad, o lo que mui bien puede ser, una esperanza forjada por mi cerebro, creo que podré volver a conquistar el afecto que antes me manifestaba.

—Ojalá, dijo Ismael; tu union con ella colmaria mis deseos. Sabes que soi tu amigo y por otra parte acabas de ver el aprecio que hago de ella; de modo que si algo puedo....

—Nada; pero deseo sí que despues de hablar con ella me digas tu opinion.

—Lo haré con todo gusto, dijo Ismael.

—Entonces, dijo Marcos levantándose, hasta luego.

Marcos salió e Ismael hizo otro tanto despues de media hora, tomando el camino de la casa de Clara.

Al penetrar en el aposento de ésta, el jóven se sintió desfallecer como si esperase una sentencia fatal; mas no obstante su turbacion no pudo detenerse en la puerta, pues una voz del interior lo invitó a entrar.

Al entrar Ismael vió a Elisa y Clara que lo esperaban y no pudo disimular su admiracion al notar la estremada palidez de aquella, palidez que Ismael atribuyó a alguna enfermedad.

El semblante de Elisa revelaba una de esas veladas de tormentos sin número a que están sujetos todos los que viviendo de sentimientos, sienten la pesada mano del infortunio caer sobre sus ilusiones para convertirlas en otras.

tantas heridas. Sus ojos conservaban aun el brillo de lágrimas mal enjugadas, su frente serena merced al imperio de una voluntad de hierro, una de esas voluntades que tal vez las mujeres solas poseen cuando se trata de hacer un sacrificio, acusaba, no obstante, mil dolores ahogados, mil esperanzas desvanecidas, innumerables esfuerzos salvados del abismo de la desesperacion. Mas al lado de tan melancólicas apariencias y modificando el sentimiento de su rostro descolorido, se podia ver en los ojos ese fulgor que la piedad sola presta al alma que lo trasmite, esa llama de resignacion divina que solo los corazones puros alcanzan a difundir al semblante: Elisa visiblemente confiaba en Dios.

Ismael se aproximó a ella y con sus hermosos ojos pareció cubrirla cariñosamente: Elisa se estremeció bajo tan poderoso magnetismo, y sintiéndose demasiado turbada se aventuró a decir:

—Le doi, Ismael, las mas sinceras gracias por su exactitud.

—Es, aunque de una manera mui débil, contestó Ismael, el único medio que se me ofrecia para demostrarla mi aprecio. Pero, añadió con solicitud, la encuentro a Vd. pálida; ¿ha sufrido Vd. algo?

—Oh, nada, exclamó Elisa levantando al cielo sus bellos ojos.

«Le decia, Ismael, añadió tras breve pausa, que le agradezco infinito la exactitud con que Vd. ha acudido, pues tengo mui importantes cosas que hacerle saber, habiéndome tomad»

durante su ausencia, la libertad de ocuparme de Vd.»

Ismael se inclinó dando las gracias y tal vez para ocultar la turbacion que se pintaba en su semblante.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Elisa, ¿sabe que me desesperaria si Vd. tuviese a mal lo que hago?

—Primeramente, replicó Ismael, mal podré censurar lo que ignoro del todo, y por otra parte tengo de Vd. mui ventajosa idea para pensar por un momento que haya podido hacer mal.

—Mil gracias; Vd. me ha tranquilizado, dijo ella sonriéndose con indecible tristeza, y necesito esta tranquilidad tanto mas, cuanto que voi a tocar un asunto mui delicado.

—A mi vez, dijo Ismael, confieso que este preámbulo me asusta.

—Comenzaremos si Vd. gusta por retroceder un tanto y trasladarnos al año 18....

—Mui bien, estamos en él, murmuró el jóven con voz apagada.

—En el verano de ese año, prosiguió Elisa, Vd. estuvo en Constitucion....

—Antes de pasar adelante, dijo Ismael interrumpiéndola, quiero invocar el testimonio de Clara, y ella podrá decirla, Elisa, que siempre me he negado a recordar aquella época.

—Mas yo espero que ahora olvidará Vd. esta repugnancia y me hará el favor de oirme, dijo ella con obstinacion; y notando que Ismael nada decia, continuó:

—En Constitucion Vd. conoció a una jóven hermosísima y viuda.

—Es cierto.

—Al cabo de poco tiempo Vd. la amaba, dijo Elisa con voz conmovida.

—Con locura, exclamó Ismael como si en ese momento fuese la primera vez que sus recuerdos evocasen aquella memoria.

—Sí, con locura, repitió la niña, pálida como un cadáver; ¿y ella?

—No lo sé.

—Ella tambien amaba con locura, prosiguió Elisa haciendo un esfuerzo supremo para articular aquellas palabras que su garganta comprimía porfiadamente.

—¿Pero entonces?... preguntó Ismael sin poder continuar.

—Pero entonces lo mostró mui mal, quiere Vd. decir ¿no es verdad?

Ismael dijo sí inclinando la cabeza.

—Y Vd. ignora que en aquel tiempo ella no podia disponer de su voluntad.

—Asi me lo decia siempre y yo sin insistir en averiguarlo me contentaba con creer; mas despues la reflexion ha venido y con la reflexion la duda: la confesaré que ahora me pregunto ¿cómo una viuda, con solo un hijo y disponiendo de una brillante fortuna no posee completa libertad?

—Pues bien, dijo Elisa, yo puedo aclarar esa duda, mui justa a mi entender.

Y al decir esto la niña abria sobre una mesa el legajo de papeles que Marcos la habia entregado,

—La respuesta esta aquí, añadió mostrando a Ismael una página escrita en papel sellado.

El jóven se aproximó y comenzó a leer.

—¿Un testamento? preguntó interrumpiendo su lectura a las primeras líneas.

—Sí, un testamento, repitió Elisa, léalo Vd.

Ismael volvió su vista sobre los papeles y siguió leyendo. A medida que avanzaba su semblante repetía los cambios de sus poderosas y distintas sensaciones: al terminar, su espaciosa frente se inclinó abatida por un dolor profundo.

—Oh, Dios mio, es cierto! dijo con amargo arrepentimiento, y como si hubiese olvidado la presencia de Clara y Elisa, dejó caer su frente sobre una mano, apoyándose con la otra sobre la mesa.

El mas profundo silencio reinó en la estancia durante algunos momentos.

Al alzar los ojos Ismael vió los rostros de las dos jóvenes bañados por copiosas lágrimas. Clara miraba a Ismael, mientras que el llanto que inundaba sus mejillas parecia mas bien que por el pesar, causado por un placer inmenso y repentino; mientras que Elisa inmóvil, cubria con sus párpados el raudal de lágrimas que anegaba sus ojos, fijando en el suelo la vista en actitud tan dolorida que parecia próxima a desfallecer. El abatimiento de su cuerpo mostraba bien claro que la infeliz Elisa, sucumbiendo al peso de su heroica abnegación, conoció que en aquel momento se despedia para siempre de cuanto puede hala-

gar al corazón, de cuanto infunde al alma sus misteriosos deleites, del amor en fin, que se esparce en ondas de ventura dorando el horizonte enriquecido por la esperanza. Mas de pronto su alma, semejante a ciertas flores que después de tronchadas esparcen mejor y más regalada fragancia, su alma, decimos, cobrando nuevo vigor, después de hallarse herida de muerte encontró en Dios la fuerza que la abandonaba y trajo nueva animación a sus desfallecidos espíritus: ¡esta lucha sublime había durado un solo instante.

Ismael, entre tanto, fijaba en ella sus asombrados ojos creyendo un sueño el desvanecimiento de su larga duda y considerando a Elisa como una aparición divina.

—Vd. me dispensará, dijo dirigiéndose a Elisa, si no he acertado a decir nada y aun a darla las gracias por el marcado interés que Vd. acaba de manifestarme. Gracias a Vd., vuelvo a la vida de antes, a la vida que durante tres años he abandonado por el doloroso martirio que me ha oprimido sin tregua. Vd., Elisa, me restituye la creencia borrada de mi alma por la acerada lima del dolor y me hace ver que solo he sido loco cuando he creído ser desgraciado. Ahora solo me resta un deseo, y es el darla a Vd. las más encarecidas gracias por lo que ha hecho; de decirle que mi alma guardará siempre el más profundo reconocimiento, y de volverle, si se puede, en afecto la parte de mi vida que Vd. acaba de darme.

Y al decir estas palabras Ismael estrechó

con fervorosa admiracion las heladas manos de la niña, cubriéndolas de mil lágrimas de ternura.

Al recibir tan ardiente manifestacion, Elisa sintió que toda su sangre, agolpándose precipitada hácia el corazon, parecia querer escaparse, rompiendo las venas que contenian su impulso; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó lentamente su vista sobre el jóven y pareció gozarse en las mismas palabras que la destrozaban, como esos mártires de la fé que sonreian a las devoradoras llamas de la hoguera.

—Como Vd. vé, dijo Clara para cortar tan dolorosa escena, Laura se hallaba ligada sin voluntad propia y condenada a huir mas bien el amor de Vd. so pena de dejar a su hijo en la miseria.

Ismael contestó solamente por un hondo suspiro.

—Hasta ahora, dijo Elisa recobrando un tanto su serenidad, solo hemos aclarado una parte del misterio: nos queda lo principal. . .

—Oh, dijo Ismael interrumpiéndola, es evidente que desvanecido mi primer error, éste arrojará su luz sobre los otros por impenetrables que parezcan.

—Lo único que debemos entonces hacerle saber, dijo Clara, es que Adriano y Florentina se han casado hace un año.

Ismael calló sintiéndose mui pequeño ante la jenerosa magnanimidad de Laura.

—Y en qué piensa Vd.? dijo Clara notando la nube que oscurecia la frente del jóven,

—Ah, Clara, exclamó él, Vd. que siempre ha sido la amiga, la hermana de Laura, Vd. que debe conocer sus pensamientos, dígame ¿seré perdonado?

—Estoi segura de ello, contestó Clara rebozando de alegría.

Ismael, despidiéndose apenas, salió precipitadamente de la estancia.

Apenas pasaba la puerta de la casa se sintió detenido por una persona que salía del interior.

—Ah, Marcos ¿eres tú! dijo al ver a su amigo.

—Te he esperado hasta ahora ¿y mi encargo? preguntó Marcos.

—Veme dentro de dos horas en casa, dijo Ismael estrechando la mano de Marcos y marchándose con precipitacion hácia la casa de Laura.

XIV.

Dejemos a Ismael en su precipitada marcha y volvamos a Laura, que la sucesion natural de los incidentes de esta historia nos ha hecho abandonar por algun tiempo, y para ponerla al nivel de los demas personajes de nuestra escena retrocedamos a la noche de la tertulia de Clara, dando una rápida ojeada al estado de su alma desde aquella época hasta el momento de la revelacion hecha por Elisa a Ismael.

Como han visto nuestros lectores, Laura siguió los movimientos de Ismael, que a ins-

tancias de Clara se preparaba a cantar. Las primeras notas de la voz del jóven, para ella de una armonia celeste, habian caido sobre su alma ulcerada por largos pesares vivificando sus recuerdos y alentando desterradas esperanzas. Laura vivió en los dias pasados con ese vigor con que el alma se reparte sobre todas las escenas felices de la vida recibiendo de cada una de ellas doble placer que el que entonces recibiera, pues a la ficcion del goce se añade el poder de embellecerlos a medida del deseo. El brusco cambio de palabras hecho por Ismael en el romance, y su voz vibrando con amargo reproche, la hirieron en medio del poema de sus reminiscencias produciendo en ella una de esas reacciones violentas que destrozan a los fuertes y que en las débiles organizaciones infunden el mas completo desaliento.

A tan funesto golpe sucedió un horrible despertar.

Laura, al cabo de poco tiempo, supo que las visitas de Ismael a Elisa se hacian mas frecuentes cada dia: con esta noticia, y la voz que por el pueblo circulaba del enlace de los dos jóvenes, sus últimas esperanzas principiaron a abandonarla. Clara fué para ella entonces el único consuelo, el solo corazon amigo donde saciar el deseo que todos los que sufren experimentan de confiar a otros sus pesares. La historia de su amor fué repetida a la amiga con toda la sinceridad y confianza del infortunio: sus aspiraciones fatalmente combatidas por su contrario destino; los horrores de

la ausencia y de la incertidumbre; las esperanzas de felicidad engañadas; toda la série de sus amarguras, en fin, fué confiada por ella de manera a hacer verter torrentes de lágrimas a su amante compañera.

Clara formó el plan de revelar todo a Ismael, y hemos visto que el éxito habia sobrepasado sus deseos.

Laura, prevenida de la marcha de los acontecimientos, esperaba a Clara con el ansia de un prisionero que desde el fondo de su calabozo alcanza a oír los gritos de los amotinados que intentan salvarlo: cada hora era un siglo para ella, porque cada hora encerraba un deseo. Por fin, Clara la anunció la entrevista que nuestros lectores conocen; mas sin poder comunicarla nada de positivo sobre ella. Esto hizo que cuando Ismael se despedía de Elisa, Laura habia pasado ya por las innumerables transiciones que ajitan al espíritu cuando se espera alguna decision importante. Su imaginacion habia subido penosamente la resbaladiza escala de las probabilidades, en la que a todo momento se está a riesgo de perder el equilibrio y perder el camino ganado a duras penas: su corazon, como una persona que vá ahogándose, se sumerjia en dolorosas dudas y reaparecia despues a la superficie segun el capricho de sus ajitadas reflexiones.

Cuando Ismael llegaba a la puerta de su casa, la jóven, sintiendo sus fuerzas agotadas en tan desastrosa lucha, se habia dejado caer sobre una poltrona, palpitante, pálida y abatida bajo el peso de sus azarosos cuidados.

Los nervios, esta alma física de la mujer, si nos es permitido llamar así la parte de su organizacion mas delicada e impresionable que tan poderosamente influye sobre las demas; los nervios, decimos, ejercian su imperio sobre el cuerpo agoviado, haciéndolo caer en una especie de letargo para el cual el sufrimiento pierde su terrible poder: una grande y completa alegría era solamente capaz de conmover en aquel instante sus agotadas sensaciones.

Entre tanto Ismael, al atravesar el patio de la casa creia ver en cada puerta la aterradora recomendacion escrita en las puertas del infierno del Dante. Su corazon se reprochaba como un crimen sus antiguas sospechas, y no obstante que Clara acababa de asegurarle que estaba de antemano perdonado, Ismael se decia que el amor de Laura no habria podido resistir a la dura y larga prueba a que habia estado sometido.

En esta disposicion de ánimo Ismael se presentó a la puerta del cuarto de Laura.

Esta, al oir el ruido de los pasos del jóven, como impelida por un choque galvánico, sus órbitas se dilataron estremadamente y su vista se clavó aterrorizada en la puerta: ésta se abrió y en el umbral de ella se presentó Ismael.

Ambos se contemplaron turbados y palpitantes, ajitados los pechos y contenidas las respiraciones por el vértigo de la incertidumbre; mas aquella vacilacion duró solo el espacio de un segundo, ménos tal vez: Laura tendió

sus brazos como buscando un apoyo, y el joven, con la velocidad del rayo, se precipitó hacia ella, sosteniéndola en sus brazos y murmurando a su oído:

—¡Laura! Laura mia!

Y estas palabras resonaron con acento de tan rendida y amorosa súplica, con tan suave y apasionada armonia, que la desfallecida Laura fijó en él sus grandes ojos como un niño que no comprende lo que oye, alzólos en seguida al cielo, cual si buscara en su alma el recuerdo de aquella voz melodiosa, y estrechando convulsivamente la mano de Ismael, exclamó con voz apagada pero cariñosa:

—¡Ismael! Ismael adorado!

CONCLUSION.

Cuatro meses despues de los acontecimientos que llevamos referidos, las puertas de la iglesia del Cármén-Bajo de Santiago se hallaban abiertas de par en par, y el patio de entrada ocupado por varias personas, en las que, observando los trajes, se habria podido conocer cierto aire de fiesta inusitado en un dia martes, dia en que pasó la escena a que convidamos al lector.

En la calle, a lo largo de la fila de álamos que bordan la vereda, habia varias calesas y dos coches, y en la puerta de la entrada se veian tres jóvenes, vestidos de riguroso negro, animados al parecer en mui interesante con-

versacion si habria de juzgarse por la accion de uno de entre ellos.

—Por mi parte, decia éste, jóven rubio, alto y revestido de ese sello de importancia que algunos parecen haber obtenido con patente de privilejio, por mi parte, señores, yo nunca pierdo una invitacion a monjío, pues estoi seguro, si no de divertirme, al menos de tomar el chocolate de monja, único en su especie.

—Pero entre tanto que éste llega, dijo otro de los jóvenes, cuéntanos algo sobre la novicia.

—Qué me preguntas a mí que nunca la he visto, contestó el que primero habia hablado; aquí está Marcos que la conoce segun creo, pues viene de Rancagua.

Y diciendo estas palabras señalaba con el ademan al tercer personaje del grupo que hasta entonces habia permanecido silencioso.

Marcos, al verse tan bruscamente interpelado cuando mas queria callarse, hizo maquinalmente un lijero movimiento de impaciencia.

—¿Yo? apenas la conozco, dijo turbado y palideciendo.

—¡Cómo apenas! exclamó el jóven rubio; me han contado que es mui amiga de tu hermana.

Marcos no dió respuesta alguna y afectó buscar con la vista a alguien entre los grupos que habia en el patio.

—Pero en fin, preguntó el segundo interlocutor, ¿es bonita? ¿es fea?

—Así, así, dijo Marcos continuando su finjida pesquisa.

—Si es fea, exclamó el rubio, está en su de-

recho y nadie irá a preguntarla los motivos que tiene para encerrarse. Si es bonita, ah, entonces las cosas varían: hai algo oculto, algun misterio que seria mui curioso saber ¿no es así Roberto?

—Ciertamente, contestó el segundo llamado por este nombre; y me han dicho, añadió, que hai algo como un amor desgraciado....

—¡Qué! chismes! exclamó Marcos.

—Poco a poco, replicó Roberto; la persona que me lo ha dicho es un su pariente que vive en Rancagua y que podemos llamar, pues desde aquí lo diviso.

Marcos bajó la cabeza petrificado con la amenaza del testigo; mas un coche que en aquel instante paró delante de la puerta vino felizmente a su socorro, pues dejando a sus dos amigos se dirigió a recibir las personas que en él venian.

La puerta del coche se abrió para dar paso a un jóven vestido con esmerada elegancia, el que ofreció su mano a una mujer que pareció no tocar el suelo hasta hallarse al lado de su compañero.

—Oh, oh, dijo Roberto, amigo Pedro, Vd. que es tan aficionado, aquí tiene una belleza de nota.

—Cáspita, lindísima, exclamó Pedro estirándose los cuellos con el mas consumado aire de fatuidad.

—Pero confiesa que el hombre no es menos en su jénero, observó Roberto.

—Tienes razon, contestó Pedro algo desconcertado, y dime, ¿tú los conoces?

—Muy poco, de vista solamente.

—Ese joven es su hermano?... su marido?

—Su marido.

En este momento el joven y la niña de que ambos hablaban, habian llegado al medio del patio y principiaban a tomar hácia la derecha, cuando Marcos, que se habia detenido un instante con sus dos amigos, les dijo indicándoles la direccion opuesta:

—Por aquí, Ismael.

Los tres entraron a una pequeña pieza: algunos momentos reinó entre ellos el mas profundo silencio.

—¿Y nada se ha conseguido? dijo la niña dirijiéndose a Marcos.

—Nada, Laura, contestó éste con tristeza; imposible ha sido hacerla cambiar de resolucion; siempre contesta que su deseo es irrevocable.

—¡Pobre Elisa! murmuró ella.

Los tres volvieron a quedar en silencio, hasta que viendo un gran movimiento entre las personas que allí habia salieron del cuarto y atravesando el patio entraron a la iglesia.

Los altares resplandecian con mil luces, y el incienso, en ondas perfumadas, jiraba en torno de las desiertas naves. Todos al entrar, preocupados con la ceremonia que esperaban, sintieron ese aire frio que baña el rostro cuando se penetra en los panteones. La triste idea del olvido heló todos aquellos corazones indiferentes un momento antes, y todos, dispersándose en diferentes direcciones, cayeron en ese recojimiento religioso, mezcla de adoracion a Dios,

de doradas reminiscencias y de temor a la muerte.

Nuestros tres amigos, Laura, Ismael y Marcos, se habian colocado en un lugar desde donde podian perfectamente ver cuanto pasaba.

La música se hizo oír resonando en todos los ámbitos de la iglesia con esa majestad que infunde al alma sus mas poéticos arrobamientos: una puerta lateral se abrió dando paso al cortejo de religiosas que conducian a la novicia al seno del Señor. Elisa venia en medio de ellas, con pálido rostro, alzados al cielo los hermosos ojos y vestida con toda la gala del mundo. Su frente, contraída por el inmenso dolor que hasta allí la condujera, no habia sin embargo nada perdido de su pureza, ningun odio habia aun empañado su tersa blancura. Era todavia el ángel del cielo que habiendo concluido su peregrinacion en el mundo, volvia al Paraiso de Dios con blancas alas y corazón purísimo. Todos los asistentes miraron con asombro el delicado rostro de Elisa, de suaves y amorosos contornos, de cútis fresco y aterciopelado; todos contemplaron con cariño el gracioso y flexible talle divinamente dibujado por su lujoso vestido, y todos pensaron tambien que la bella niña para condenarse a perpetuo e irrevocable enclaustramiento debia ceder al empuje violento de la desesperacion.

Algunos sollozos mal ahogados, sin duda de los padres y parientes de la novicia, resonaban lastimeros en los oídos de los asistentes, aumentando la solemne tristeza de aquella escena. Llegado el momento en que la novicia des-

pojándose de los mundanos atavíos los arroja de sí despidiéndose de la vida, Laura, Ismael y Marcos se miraron entre ellos, con los ojos henchidos de lágrimas y sintiéronse agotadas las fuerzas para continuar el tristísimo y silencioso adios que daban a su amiga. Los tres salieron de la iglesia, acompañando Marcos a sus dos amigos hasta el coche que los había traído. Después de despedirse de Laura e Ismael, contempló algunos instantes el carruaje que encerraba tanta felicidad y volviéndose después hácia la iglesia: «Vamos, dijo, seamos hombre hasta el fin.»

Y desapareciendo por la puerta ocupó de nuevo su lugar para ver terminarse la dolorosa ceremonia.

